

# Puedes darme un beso

CHRIS M. NAVARRO



EDICIONES **BABYLON**

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

©2019, Puedes darme un beso

©2019, Chris M. Navarro

©2019, Diseño de portada: Rubén Cambra (Representado por Ediciones Babylon)

Colección Amare, nº 26

Ediciones Babylon

Calle Martínez Valls, 56

46870 Ontinyent (Valencia-España)

e-mail:publicaciones@edicionesbabylon.es

<http://www.EdicionesBabylon.es>

ISBN: 978-84-16703-40-1

Printed in Spain

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

*Dedicada a todas las personas que están dentro del espectro autista, a quienes los neurotípicos solemos llamar «diferentes» solo porque no son como nosotros, sin darnos cuenta de que esa diferencia es lo que los hace especiales y maravillosos, porque son tan puros que no conocen la falsedad de quienes nos llamamos «normales», y solo saben ser sinceros.*

*Se viaja no para buscar el destino,  
sino para huir de donde se parte.*  
Miguel de Unamuno

*Chulilla, julio de 2017*

El autobús paró en la plaza del pueblo mientras Zoe observaba por la ventana la puerta del ayuntamiento. Cogió la mano derecha de su hija y la apretó, mirándola a los ojos mientras le decía: «Ya hemos llegado».

La joven dio un respingo y se soltó de su agarre; seguía enfadada con su madre por haberla sacado de su adorado Manhattan para llevarla a un pueblucho de mala muerte, en un país desconocido para ella y donde se suponía que pasaría el resto de su vida. Era inaudito y no lo podía aceptar; su madre había dejado a su «padre» para volver a su hogar, como ella decía, y hasta que le permitiera volver con él seguiría sin hablarle, de eso no le cabía duda.

—Vamos, hay que coger las maletas —instó Zoe a su hija, que no parecía querer moverse de su asiento.

—No quiero, no quiero bajar de aquí. No tenías que haberme traído. Te odio.

—Lo sé, lo sé. Venga, vamos, muévete —imperó la madre ignorando los comentarios de su hija, pues llevaba días escuchando lo mismo.

Consiguió que la adolescente se moviera y bajaron del autobús, tras lo que las recibió el calor infernal de pleno mes de julio.

A Zoe se le removieron multitud de sensaciones en su interior. Volver a casa era una decisión que le había llevado mucho tiempo poder tomar. Aspiró el olor de su pueblo y se sintió en casa como no lo había estado desde hacía dieciséis años. Demasiado tiempo. Esperaba que las cosas no hubiesen cambiado mucho por allí, que únicamente fuera ella quien lo hubiese hecho, porque necesitaba sentir el aroma de su hogar, el regreso a sus raíces, y olvidarse de todo, o al menos de casi todo lo que había vivido los últimos años.

No es que hubieran sido malos, simplemente se había cansado de vivir en un continente que no era el suyo, en una ciudad en la que la gente siempre iba corriendo; el país de las grandes oportunidades que a ella la había acogido, pero donde no había conseguido lo que en un principio imaginó. Siempre

pensó que si hubiese sabido lo que iba a pasar nunca se habría ido, pero después le dio tanta vergüenza volver...

Zoe sacó las maletas de la parte baja del autobús y le tendió una a su hija para que la ayudase a llevarlas. La chica la cogió con el morro torcido; miraba alrededor y solo veía casas blancas, calles estrechas y cuevas infinitas.

—Vamos, la casa de tu bisabuela no queda demasiado lejos.

—Genial —observó Helena, todavía mirando a su alrededor.

Zoe sonrió. Sabía que si su hija hacía un comentario positivo era porque de verdad lo sentía así, ella no conocía el sarcasmo y ese «genial» era lo mejor que le había dicho en los últimos días.

Helena sopló el flequillo que le caía por la frente y se dispuso a seguir a su madre, quien ya había empezado a andar, camino de la casa de su abuela.

Llegaron a una puerta marrón oscuro que resaltaba sobre la blanca fachada recién pintada de la vivienda, y Zoe tocó el timbre. No pudo evitar mirar de reojo la casa que había antes que la suya; tan solo una estrecha calle las separaba, y la vergüenza le había hecho agachar la cabeza durante los dos escasos metros que acababa de recorrer. El corazón le latía a tal velocidad que por un momento pensó que le iba a dar un jamacuco.

Esperaron unos minutos bajo los rayos del sol abrasador y volvió a tocar, deseando que su abuela estuviese en casa porque de lo contrario no habría sabido a dónde ir.

Unos turistas bajaban la cuesta con mochilas a sus espaldas, deportivas y trajes de baño. Zoe sonrió cuando por un momento recordó las tardes de verano en las que ella bajaba con su vecino Gabriel a darse largos baños en la zona llamada Charco Azul del río. El recuerdo de su mejor amigo le creó una sensación agrídulce que trató de quitarse de la cabeza cuando, de repente, se sobresaltó al escuchar abrirse el portón.

Una anciana de unos ochenta y tantos años se quedó paralizada en la puerta mientras observaba a las dos mujeres que tenía delante. Tras unos segundos en los que ninguna dijo nada, a la anciana le corrió una lágrima por la mejilla y emitió un sonido apenas perceptible por la emoción:

—Zoe, mi niña...

—Yaya...

Zoe se abalanzó sobre la anciana y la apretujó contra su cuerpo, aspirando el olor de la vejez que los años no habían podido pasar por alto en su abuela. Helena las miraba con el ceño fruncido. Seguía sin entender por qué su madre

había cambiado vivir con su marido en una casa enorme y lujosa en Manhattan, para hacerlo en una casucha que estaba claro que por muy recién pintada que estuviese, tendría unos cien años, y con una abuela a punto de perecer. Ella era así, no podía evitar pensar las cosas tal y como eran, sin intentar embellecerlas o ignorar lo obvio, como haría cualquier persona por no reparar en el sufrimiento.

Zoe rompió a llorar mientras le suplicaba perdón a su abuela, la mujer que la había criado y a quien le debía la vida; la misma persona a la que había dejado de lado durante los últimos dieciséis años y a quien sabía el daño que eso le habría provocado.

—Zoe, mi niña... —susurraba la anciana con lágrimas en los ojos—. Pasad, vamos dentro. Ya sabes que los vecinos enseguida chismorrearán todo lo que ven.

La anciana observó que llevaban maletas e interrogó con la mirada a su nieta.

—Yaya, he vuelto para quedarme, si no te importa —explicó Zoe con la cabeza agachada por la vergüenza que sentía.

—¿Cómo me va a importar? Llevo tanto tiempo esperando este momento... Creí que me moriría sin volverte a ver —respondió la abuela sin poder dejar de llorar.

—Yaya, por favor, no llores. Perdóname, te lo suplico.

—Te perdono, mi niña. Ahora ya estás aquí —aceptó la abuela—. ¿Y esta jovencita tan preciosa quién es?

—Es mi hija, se llama Helena. —Y dirigiéndose a la adolescente, añadió—: Ella es Candela. Dale dos besos a tu bisabuela.

La joven se acercó, más por obedecer a su madre que porque le naciese hacerlo, y cuando Candela la tuvo entre sus brazos, la apretujó contra su cuerpo y lloró sobre su hombro. Helena se retiró, molesta porque la había mojado, y su madre, que la conocía bien, le pidió a su abuela que le mostrase cuál iba a ser su habitación para que fuera a cambiarse.

—Una biznieta, y tan mayor... Zoe, ¿por qué tanto silencio? ¿Por qué no he sabido de ti en todos estos años?

—Yaya, deja que nos demos una ducha y hablamos, ¿vale? Estoy agotada y el viaje ha sido tan largo que estoy desubicada.

—¿Cómo que un viaje largo? ¿Pero de dónde vienes, hija mía?

—De Nueva York, yaya. Siempre he estado allí.

Después de que las recién llegadas dejaran las maletas en la antigua habitación de Zoe y se dieran una larga ducha, mientras la adolescente se quedaba tirada en la cama jugando con su teléfono móvil, la madre acompañó a su abuela al comedor, y con una taza de café delante empezó a contarle todo lo que había vivido los últimos dieciséis años.

—Primero que nada, quiero que sepas que Peter Coleman no me engañó, pero las cosas no salieron como imaginaba.

—Peter Coleman... —repitió Candela el nombre, tratando de recordar—. El director de cine, ¿verdad? Estabas empeñada en que te haría famosa, y durante años esperé verte de protagonista en cualquier película que viniera de Estados Unidos, pero eso nunca pasó...

—No, yaya, nunca llegué a rodar ninguna película. Tan solo he hecho algunas sesiones de fotos para alguna que otra revista, algún anuncio de detergente, compresas, pero poco más.

—Entonces, ¿por qué te fuiste tan lejos? ¿Cómo es que dices que ese tal Peter no te engañó?

—Porque su intención en principio era buena, la culpa la tuve yo.

—¿Tú? ¿Qué quieres decir?

—¿No has visto a Helena? ¿Qué edad te crees que tiene?

—No sé, hija, ¿trece?

—Tiene quince años, yaya. Cuando Peter se enteró de que estaba embarazada se enfadó tanto conmigo que me despidió, y la película que me había prometido se la dio a otra actriz.

—Entonces, ¿por qué no volviste al pueblo? ¿Qué has hecho todos estos años?

—Pensé en volver, no creas que no lo hice. Pero ya sabes cómo es la gente. Si hubiese vuelto embarazada todo el mundo habría pensado que Peter me había preñado y que luego no había querido saber de mí, que la ilusa de Zoe había vuelto con el rabo entre las piernas, fracasada; y por más que hubiera tratado de contar mi verdad, nadie me habría creído. Sentí vergüenza, muchísima, y hasta que han pasado los años no he conseguido sentirme lo suficientemente madura como para atreverme a regresar.

—¿Cuál es esa verdad, cariño?

—Que me fui embarazada de aquí. Peter jamás me puso una mano encima.

*Incierto es el lugar  
en el que la muerte te espera;  
espérela pues, en todo lugar.*  
Lucio Anneo Séneca

*Chulilla, junio de 1989*

—Rosario, ¿puedes quedarte a mi nieta un rato, por favor? Me acaban de llamar... La policía, ¿sabes?, y no... No sé qué hacer con la niña —rogó Candela con lágrimas en los ojos, tratando de disimular para que su nieta de seis años no la viese llorando.

—Claro, pero ¿qué es lo que ha pasado? —susurró la mujer, que miraba a su vecina con una mezcla de tristeza y curiosidad.

—Si no te importa, que pase la niña dentro primero.

—Claro, claro. —Y digiriéndose a la pequeña, la joven añadió—: Zoe, ve a la habitación de Gabriel. Está practicando piano, ve a ver cómo lo hace.

La niña entró corriendo en la casa gritando el nombre de su amigo, mientras la abuela le explicaba a su vecina que la policía le había comunicado que habían encontrado a su hija. No sabía cuál era su estado porque no habían querido darle explicaciones, pero se temía lo peor. Hacía semanas que no sabía nada de ella; la última tarde que pasó por su casa fue para pedirle dinero, borracha, y cuando se negó, empezó a insultarla y a amenazarla con llevarse a Zoe si no le daba lo que le pedía. Candela sabía que con su hija su nieta acabaría desnutrida como poco, que sería incapaz de mantenerla y mucho menos de darle una educación, cosa que ella, aunque tan solo contaba con su pensión de viudedad, sí hacía, y estaba intentando criarla lo mejor que podía. Candela le dio lo poco que tenía en casa y su hija desapareció sin ni siquiera preguntar por su pequeña, que por suerte estaba en el colegio y no había tenido que verla así. Desde entonces, ni una llamada ni una visita; ni rastro de ella.

Hasta hacía unos minutos, cuando el sonido del teléfono la había hecho despertar de la siesta y las palabras del policía en cuestión habían conseguido que todavía le temblara el pulso.

—Tranquila, seguramente estará bien. Y no te preocupes por la niña, aquí Zoe está en su casa.

—Lo sé, y no sabes cuánto te lo agradezco —la apremió Candela, asintiendo con la cabeza mientras veía cómo su vecina cerraba la puerta.



Un coche patrulla la estaba esperando para llevarla a Villar del Arzobispo, el pueblo pegado al suyo en el que habían encontrado el cadáver de su hija, tirado en un callejón.

Zoe entró en la habitación de Gabriel abriendo la puerta de golpe y dando un portazo tras ella.

—Hola, Gabiii —gritó.

El niño, que deslizaba sus manos sobre el piano acariciando las teclas mientras sus ojos leían la partitura que tenía delante, apretó los dientes y los ojos en señal de molestia.

—¿Jugamos a algo? —preguntó Zoe, sentándose en el pequeño trozo que restaba del butacón en el que estaba su vecino.

—No —contestó él, muy seco—. Quítate de mi butacón, estoy estudiando.

—Pero yo quiero jugar, ¿me dejas tocar el piano contigo?

—No, tú no sabes tocar el piano.

—¿Y tú sí? Halaaaa, ¿me enseñas lo que sabes?

—No, ¡¡vete de aquí!! —gritó el muchacho, rabioso porque esa niña de pelo enmarañado y enormes ojos color avellana lo ponía nervioso.

—Pero mi abuela me ha dicho que me tengo que quedar aquí, y si no jugamos a algo me aburriré —observó ella, levantándose del butacón y mirándolo mientras hacía pucheros.

Gabriel, sin quitar la mirada de la partitura, empezó a teclear el piano produciendo una bonita melodía.

—Halaaaa, ¡qué bien tocaaas!

—¡Cállate! Me desconcentras.

—¿Jugamos a que yo era tu profesora? A ver, empieza desde ahí —dijo la niña, señalando un compás de la partitura en el que había un silencio.

—En ese compás no hay que tocar.

—¿Por qué no?

—Porque hay un silencio.

—¡Qué aburrido!

—Vete de aquí, tengo que estudiar.

—¿Por qué? No tenemos cole por la tarde, ¿no te apetece jugar conmigo?

—No, no, noooo —gritó el niño—. Solo quiero tocar el piano para ser como Daniel Barenboim y poder debutar en la plaza del pueblo tocando como hizo él a la edad de ocho años. Estoy estudiando la pieza de Mozart con la que

debutó para ser igual que él, así que deja de molestarme y vete de mi habitación.

—¿Quién dices que tocó en la plaza del pueblo?

—No te he dicho que tocara alguien en la plaza del pueblo; te he dicho que Daniel Barenboim debutó con ocho años y que yo deseo hacer lo mismo. ¡Vete!

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Rosario tras abrir la puerta de la habitación de Gabi—. Gabriel, te he dicho mil veces que no cierres la puerta de la habitación.

—No me lo has dicho mil veces, y no la he cerrado yo —la rectificó el niño, todavía encolerizado por tener que soportar a su vecina.

—Yo solo quiero jugar con Gabi, pero él no quiere jugar conmigo —explicó Zoe, tratando de hacerle ver a la madre que su hijo era muy injusto con ella.

—Cariño, vente conmigo al comedor, veremos una película juntas, ¿vale?

—Pero yo quiero jugar con Gabi.

—Y no le llames así, se llama Gabriel —la regañó la madre mientras la cogía de la mano y la sacaba de la habitación de su hijo.

Dejó la puerta abierta, y a los pocos segundos escuchó el sonido de la melodía que el niño, a su corta edad, era capaz de producir con su piano.

Una hora después, Zoe y la madre de Gabriel estaban viendo una película cuando el sonido del teléfono hizo que Rosario se levantara del sofá de un brinco; lo había dejado olvidado en la mesa del televisor.

—Hola, Candela... Vaya, no sabes cuánto lo siento... Sí, claro, no te preocupes... Ven a por ella cuando puedas... De acuerdo, iré a tu casa a por las cosas del colegio y yo la llevaré mañana... De verdad, no es molestia. —Colgó el teléfono y miró a la pequeña—. Zoe, ve con Gabriel. Yo tengo que ir a tu casa a por ropa para llevarte mañana a la escuela.

—Pero Gabi no quiere jugar conmigo —se quejó la niña.

—Gabriel —la rectificó su vecina—. Lo que pasa es que Gabriel quiere ser un gran pianista cuando sea mayor, y le molesta mucho que le interrumpan cuando está estudiando piano, ¿acaso tú no sueñas con ser algo el día de mañana? De todos modos, le diré que tiene que jugar contigo, ¿vale? No te preocupes.

—¡A mí me gustaría ser actriz, bailarina, modelo y cantante! —gritó la niña, emocionada, intentando entender a su vecino.

—¿Y qué haces para conseguirlo?

—Emm... —Zoe se puso un dedo en el labio mientras pensaba qué contestarle a la mujer que la miraba con gesto aprobatorio—. ¿Quieres que cante?, ¿quieres escuchar cómo canto?

—Ahora no, cielo. Anda, ve con Gabriel.

La niña salió corriendo y entró en la habitación de Gabriel estrepitosamente, haciendo que el niño, que estaba jugando con su Nintendo, se asustase.

—Tu madre me ha dicho que tienes que jugar conmigo —le advirtió ella, antes de que Rosario pudiera obligarle a hacerlo.

—Todavía estás aquí —afirmó el niño sin mirarla a la cara.

—Gabriel, Zoe se va a quedar a dormir esta noche en casa. Le abriremos la cama de abajo, ¿de acuerdo? Ahora tengo que ir a su casa a por sus cosas. Juega con ella, por favor.

—¡Pero es que hace demasiado ruido! —refunfuñó el pequeño de seis años.

—Zoe, ¿puedes jugar con Gabriel sin ser demasiado escandalosa? —le preguntó Rosario a la niña, delicadamente.

—Sí, ¡claro! —gritó la pequeña.

—Uurrrgghh —gruñó Gabriel, cruzándose de brazos.

—Portaos bien, enseguida vuelvo.

Rosario salió de la habitación y dejó a los niños sabiendo que no tardaría más de diez minutos en regresar. Candela vivía en la casa contigua a la suya, solo separaba las viviendas un estrecho camino de piedra; incluso se podía ver la habitación de Gabriel desde el comedor de su vecina, por lo que en tan breve periodo de tiempo nada malo les podía pasar. Y menos en el pueblo.

Con el sueldo de piloto de su marido sabía que podrían haberse ido a vivir a cualquier sitio, haber salido del pueblo y haberse comprado una vivienda en cualquier zona residencial de la capital; pero desde que diagnosticaron a Gabriel, supieron que lo mejor sería quedarse en Chulilla. Los niños son muy crueles, y aunque no por vivir allí podrían proteger a su pequeño del mundo exterior, por lo menos habría menos peligros a los que temer.

Cuando volvió a entrar en su casa, se encontró con su marido subiendo las escaleras del garaje. La agarró de la cintura y la besó en los labios. Hacía dos días que no se veían y la echaba de menos.

—Hola, cariño, ¿cómo va todo por aquí? —preguntó Manuel a su esposa.

—Todo bien, mi amor, excepto... —Se mordió el labio y bajó la cabeza al recordar a la pobre niña—. La madre de Zoe ha muerto... Su abuela está en Villar del Arzobispo con la policía, al parecer la han encontrado tirada en un

callejón.

—¿Cómo? Pobre cría, no puedo ni imaginar la vida de nuestro hijo sin ti...

—A mí me da más pena Candela, era su hija y a los hijos se los quiere por encima de todo, hagan lo que hagan. La niña al fin y al cabo apenas conocía a su madre. Pero ahora va a tener que criarse quiera o no con su abuela, y la pobre ya tiene una edad... No sé cómo se las va a apañar.

—Pues igual que lo lleva haciendo todos estos años. ¿Gabriel está en su cuarto?

Zoe había salido de la habitación de Gabriel al escuchar el sonido de la puerta, ya que su vecino no compartía con ella la Nintendo y se aburría solo mirando cómo jugaba él, sobre todo porque ignoraba su presencia; ni siquiera la miraba a la cara. Al escuchar su nombre se quedó clavada en el suelo del pasillo, y cuando escuchó decir a Manuel que iba a ver a su hijo, corrió de nuevo hasta su habitación y se sentó, acalorada, en la única silla que había además del taburete del piano.

—¿Dónde está mi niño pequeño? —preguntó Manuel al entrar en su cuarto.

—Aquí —contestó Gabriel mientras dejaba la Nintendo a un lado de la cama, feliz porque había llegado su padre.

—¿Quién ha hablado? Yo solo veo un avión aparcado en su cama, ¡voy a pilotarlo! —Manuel cogió a su hijo con sus fuertes brazos y lo elevó por el aire; tras colocarlo de forma horizontal, empezó a hacer círculos por la habitación simulando que el cuerpo de Gabriel era un aeroplano.

—Yo no soy un avión, ¡bájame! —pedía el niño—. Soy tu hijo, no soy ningún avión.

—Oh, pero ¡qué ven mis ojos! —exclamó el padre, haciéndose el sorprendido ante la mirada atenta de la pequeña que estaba sentada en la silla—. ¡Pero si tengo también una avioneta! Hoy sí que voy a disfrutar. —Bajó un poco a su hijo para colocarlo sobre su cintura, sujetándolo con tan solo un brazo, y con el que tenía libre cogió a la pequeña Zoe de su cintura y, colocándola sobre el lateral que tenía libre en la suya, hizo como que volaba hasta que las fuerzas le faltaron, y dejó caer a los dos niños sobre la cama.

Zoe no podía parar de reír. Ya ni siquiera se acordaba de lo que había escuchado escondida en el pasillo. Solo tenía presente lo bien que se lo pasaba con el padre de Gabi y que esa noche dormiría allí, toda una aventura para alguien que nunca había salido de la casa de su abuela.

*No entiendes realmente algo  
a menos que seas capaz  
de explicárselo a tu abuela.*  
Albert Einstein

*Chulilla, julio de 2017*

Zoe pasó toda la tarde contándole a su abuela sus años en Nueva York, desde que se fue con el director estadounidense Peter Coleman hasta el presente, cuando por fin había vuelto después de dieciséis años sin dar señales de vida. Pensó muchas veces en llamar, en mandar una carta a la vieja usanza, pues sabía que su abuela jamás se metería en las redes sociales y sería incapaz de crearse una cuenta de correo electrónico. Incluso pensó en contactar con sus amigas del instituto, su vieja cuadrilla, por Facebook o Instagram, para que le dijiesen que estaba bien. Las tenía a todas controladas, pero a ninguna se atrevió a mandar solicitud de amistad porque sentía vergüenza por cómo le habían ido las cosas. Ella, que siempre había soñado con comerse el mundo, se había ido a vivir a la Gran Manzana con un propósito y la ilusión no le había durado más que un par de meses, lo que tardó en enterarse de que estaba embarazada y que Peter la echara de la compañía.

Helena pasó la tarde paseando por el pueblo. Aunque a Candela le dio miedo que saliera sola sin conocerlo bien, su nieta le aseguró que era una chica muy lista y que sabría volver, así que la joven empezó a caminar por las calles, cuesta arriba, cuesta abajo; pasó por la plaza en la que las había dejado el autobús, y siguiendo a un grupo de adolescentes, llegó hasta el río. Una vez allí, se sentó en el suelo mientras observaba la corriente del agua pasar y se dedicó a pensar en cómo sería su vida de ahora en adelante. No había visto el instituto en el pueblo, y por un momento estuvo tentada de acercarse al grupo de jóvenes y preguntar, pero estaba segura de que no habría sabido cómo hacerlo, así que desistió y pensó que ya se lo preguntaría a su madre el día que decidiera volver a hablarle. No es que no supiera que Nick no era su padre, pero la había tratado durante los once años que habían vivido juntos como si lo fuera, y no conseguía entender por qué su madre de repente había decidido dejarlo. Nick era bueno, y las personas buenas no se merecían que las dejaran.

—Zoe, la niña se parece a... —Candela llevaba preguntándose de quién

sería la joven adolescente desde que le había dicho que era su biznieta. Aun así, no se atrevió a mencionarlo.

—Yaya, dejemos ese tema por ahora, ¿vale? —intentó Zoe evitar, pues era algo que le dolía mucho, y aunque había ido hasta allí por él, no se sentía preparada para afrontarlo tan pronto frente a su abuela—. ¿Todavía vive aquí? —preguntó, teniendo claro en quién estaba pensando Candela—. Sé que se ha convertido en un director de orquesta famoso, dudo mucho que siga en el pueblo.

—Sigue viviendo con su madre porque aún depende de ella, pero viaja mucho y casi nunca está.

—Ya imagino... ¿Crees que se acordará de mí?, ¿que se alegrará de verme?

—No lo sé, cariño. Le hiciste mucho daño. Cuando te fuiste, estuvo semanas sin salir de casa, metido en su habitación. No hablaba ni con sus padres.

—Su madre me odiaba. Supongo que tenía razones para hacerlo, soy un desastre... A todo esto, ¿cómo están sus padres?

—Su padre falleció hace cinco años de cáncer. Rosario está bien; sigue preocupándose de Gabriel como si fuera un niño pequeño.

—Hay cosas que no cambian nunca —observó Zoe, poniendo los ojos en blanco—. Siento lo de Manuel, le quería mucho. Si no hubiese sido por él... Bueno, y por ti.

—La de cosas que hicimos por vosotros sin que se enterase Rosario, pero no me arrepiento de nada —dijo Candela, con orgullo.

—Tengo entendido que Gabriel, además de pianista y director de orquesta, ha compuesto canciones a cantantes famosos. Él sí que ha conseguido su sueño; sin embargo, yo...

—Zoe, eso es porque para él nunca fue un sueño, sino una realidad. ¿Te acuerdas cuando su madre hizo que actuara en la plaza del pueblo porque su hijo tenía que debutar sí o sí a los ocho años?

—Como Daniel Barenboim, cómo no me voy a acordar...

*Grande es siempre el amor maternal,  
pero toca lo sublime cuando se mezcla  
con la admiración por el hijo amado.*  
Ángel Ganivet

*Chulilla, abril de 1991*

Zoe se miró al espejo y se sintió una princesa. Esa semana había ido a la capital con su abuela, Gabriel y su madre, porque Rosario quería comprarle un traje a su hijo para su debut. Había movido cielo y tierra hasta conseguir hablar con el alcalde en persona y que este le permitiese que su hijo tocara el piano en la plaza del pueblo para todo aquel que quisiera acudir a escucharlo. Además, había contratado a la Banda Municipal de Chulilla para que acompañase a su hijo al piano. En agradecimiento a todos por que su pequeño cumpliera su deseo de ser como el gran Daniel Barenboim a los ocho años, prepararía canapés y los serviría en la plaza para que los degustaran los asistentes.

Candela le compró a Zoe un vestido rosa de gasa, con la falda de vuelo y el cuerpo de lentejuelas, para el acontecimiento.

El sábado por la tarde, la plaza del pueblo estaba a rebosar. Todo el mundo sentía curiosidad por saber cómo un niño de tan corta edad era capaz de interpretar a Mozart, aunque siempre estaba el típico impertinente que no podía evitar soltar eso de: «Si ese niño toca así de bien, es porque no es normal; dicen que las personas que son como él tienen habilidades que la gente normal no posee».

Manuel había alquilado un piano de cola para la ocasión, que habían llevado desde Valencia, y Gabriel estaba preocupado porque no le había dado tiempo a probarlo y temía que no sonara bien.

—Va a salir superbién, ya lo verás —lo animó Zoe mientras le colocaba la pajarita como si fuera una persona mayor ayudando a su marido—. Estás guapísimo, ¿lo sabías?

—Wolfgang Amadeus Mozart empezó a componer con tan solo seis años. Yo voy a tocar una de sus obras: el *Concierto para piano número veintitrés en La menor*; pero yo tengo ya ocho años y no he compuesto todavía nada —explicó Gabriel, porque no se le ocurrió otra cosa mejor en ese momento. Zoe era su amiga, pero no podía evitar ponerse nervioso cuando estaba con ella.

No sabía tratarla, algo que le pasaba con todas las personas a excepción de sus padres, y como no sabía qué debía decir, prefería hablar de lo que le apasionaba.

—¿Quién es Mosar, tu tío?

—Mozart, se llamaba Mozart —la rectificó—. Y no es mi tío. Es un famoso compositor y pianista que murió con tan solo treinta y cinco años, endeudado y casado felizmente, aunque no con la mujer de quien se enamoró primero porque lo rechazó, sino con su hermana pequeña, Constanza.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo investigo. Cuando algo me gusta, lo investigo. ¿Qué es lo que te gusta a ti?

—A mí me gusta bailar, cantar, actuar...

—¿Y qué haces para aprender a hacerlo?, ¿quién es tu cantante favorita?, ¿cuándo empezó a cantar?, ¿cuántos años tiene ahora?, ¿qué es lo que ha conseguido en la vida?

Zoe se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos. No tenía ni idea de qué contestar a todas las preguntas que su amigo le había hecho; se puso un dedo en los labios y pensó durante un par de segundos.

—Me gustan las canciones de Madonna —respondió.

—¿Quién es Madonna?

—Es una chica... Emm, no sé nada más.

—¿No has investigado cuándo empezó a cantar?, ¿dónde dio su primer concierto?, ¿cuándo sacó su primer disco?

—No sé cómo hacer eso. ¿Tú cómo lo haces?

—Mi padre me trae libros de la biblioteca, o a veces voy yo con él. Allí hay libros que lo cuentan todo sobre las personas que fueron famosas y que ahora están muertas.

—Oh, vaya —lamentó Zoe.

—Es normal, vivieron hace muchísimos años —observó Gabriel.

—Pues Madonna está viva. ¿No hay libros sobre gente que está viva?

—No lo sé. —El niño se quedó pensativo y a los pocos segundos añadió—: Lo que sí hay son revistas y periódicos, y puedes pedir el de la fecha que quieras y ver qué pasó ese día.

—Wowww, ¿podré ir contigo y con tu padre algún día?

—Se lo preguntaré.

—Gracias. Y oye, mucha mierda.



—¿Mierda por qué?

—No lo sé, he visto que lo dicen en las pelis cuando alguien va a salir a escena, pero no sé por qué lo dicen.

—Y si no lo sabes, ¿por qué me lo dices a mí?

—Porque cuando lo hacen, a quien se lo dicen da las gracias, así que pensé que sería algo bueno.

—¿La caca es algo bueno? Tú no estás bien de la cabeza.

Gabriel se dirigió hacia el escenario, donde su madre lo esperaba. Subió los cuatro escalones y caminó despacio hacia su taburete. La banda ya estaba colocada en su sitio esperando a que fueran anunciados, mientras el director hablaba con Manuel sobre la obra de Mozart que iban a representar.

Cuando el alcalde presentó al director de la banda, este entró en el escenario, le tendió la mano y a continuación tuvo el mismo gesto con Gabriel, haciendo que este se incorporase un poco para poder llegar.

Zoe se había sentado junto a su abuela y los padres de Gabriel en primera fila para poder ver bien el concierto. Cuando la música empezó, escuchó murmullos de admiración ante la agilidad que tenía Gabriel en los dedos, así como a algún que otro padre reprendiendo a su hijo porque se aburría y quería irse de allí.

Zoe cerró los ojos y se dejó llevar por la música. Se imaginó corriendo por un sendero verde, con flores de colores rozando su piel, volando entre los pétalos y con Gabriel a su lado, cogiendo su mano y sonriendo. Pocas veces lo había visto sonreír, siempre tan dedicado a sus clases de piano, tomándose todo tan en serio a su corta edad, y ahora Zoe entendía por qué. Sus dedos se deslizaban de tal manera que la estaban transportando a un lugar muy lejos de allí, un lugar en el que no tener padres no era nada por lo que la gente la mirase mal, un lugar en donde las personas no murmuraban a su espalda que su madre era una drogadicta, que a saber cómo saldría ella con el ejemplo que había tenido y criada por su abuela; un lugar donde todo era de color rosa y azul, donde los sueños se hacían realidad y nada malo podía pasar.

Tras unos minutos de inmensa felicidad, la obra llegó a su fin. Cuando Zoe abrió los ojos encontró al intérprete de sus emociones de pie, tendiéndole la mano al director de la banda, con orgullo porque le había salido como esperaba, y podía decir que estaba siguiendo los pasos de su pianista favorito.

Una vez el escenario estuvo recogido, Rosario, ayudada por su esposo y por Candela, sacaron los canapés, el picoteo y la bebida, y lo sirvieron todo en las

mesas de madera que habían solicitado al Ayuntamiento para la celebración.

Hubo quien se dirigió a los padres de Gabriel para darles la enhorabuena, quien se lo hizo saber al niño directamente, y quien no entendió para qué habían hecho aquello. Pero los padres del niño se sentían orgullosos de él, sabían que no era fácil de contentar, que tenía muchas manías y que la vida no le resultaría fácil, así que mientras ellos tuvieran en su mano la forma de hacerle feliz, procurarían conseguirlo aunque tuvieran que mover cielo y tierra para ello.

—Has estado maravilloso, Gabriel. Ahora, ya puedes empezar a componer como ese tal Mosar —le felicitó Zoe acercándose a él, pues aunque se suponía que era el centro de atención, el pequeño estaba solo en una esquina de una de las mesas.

—Mozart, ¡se llamaba Mozart! —volvió a rectificarla, apretando la mandíbula fuertemente.

—Pues eso, como se llame. ¿Compondrías algo para mí? Yo quiero ser cantante.

—No lo sé, ni siquiera sé si voy a saber componer.

—Pues a partir de mañana, iré todos los días a tu casa y te ayudaré.

—¿Cómo me vas a ayudar si no sabes nada de música?

—Pues ya va siendo hora de que aprenda.

—Son las nueve de la noche, no es hora de aprender a hacer nada.

Zoe rio tras el comentario de su amigo y le dio un beso en la cara.

—¿Por... Por qué me besas?

—Porque he visto en las películas que cuando alguien hace algo bien, le dan besos. ¿No te ha gustado?

—Ha sido raro, no vuelvas a hacerlo.

—Está bien. ¿Cuando te apetezca que te bese me lo dirás?

—Supongo que sí —afirmó Gabriel, tratando de disimular lo nervioso que esa niña lo ponía.

—¡¡Guay!! —gritó Zoe, haciendo que Gabriel apretara la mandíbula asqueado.

*La magia del primer amor  
consiste en nuestra ignorancia  
de que pueda tener fin.*  
Benjamin Disraeli

*Chulilla, julio de 2017*

—Yaya, hay luz en la habitación de Gabriel. ¿Habrá vuelto ya?, ¿hace mucho que se fue? —preguntó Zoe a su abuela con los platos a punto de servir en las manos, nerviosa porque desde el comedor de su casa se veía luz en la habitación de su vecino.

—Se fue hará una semana, puede que haya vuelto. No suele dejar a su madre sola durante mucho tiempo, enseguida la mujer se preocupa y se lo echa en cara —respondió Candela mientras le cogía los platos a su nieta, a quien de pronto le temblaban las manos, para depositarlos sobre la mesa.

Durante los tres días que hacía que había vuelto a su casa, Zoe no le había quitado el ojo de encima a aquella habitación, esperando ver luz en ella. Tenía claro que podría deberse a que su madre hubiese entrado a limpiar, pero por la noche dudaba que fuera por ese motivo, y pensó que por fin había ocurrido lo que tanto esperaba.

A pesar de que Candela le había instado a que llamara al timbre y saludase a su madre, asegurándole que la mujer ya no le guardaba ningún rencor, Zoe no se atrevió; y ahora, saber que era posible que su vecino hubiese regresado de su viaje a quiensabedónde, hacía que se sintiese tremendamente nerviosa porque con él allí, verdaderamente había vuelto a casa.

—¡Helena! —gritó Zoe, llamando a su hija para que bajase a cenar.

La joven apareció, y sin mirar a las mujeres que la esperaban en la mesa, se sentó en su sitio y se dispuso a comer.

—Cielo, necesito que me hagas un favor —habló Zoe a su hija cariñosamente.

—¿Qué quieres? —preguntó Helena de mala gana.

—Necesito que salgas a la calle y mires por esa ventana —explicó, señalando la habitación de Gabriel.

—¡Zoe! —exclamó su abuela, sin entender qué pretendía de su hija.

—¿Para qué quieres que haga eso?

—Necesito saber si ves a un hombre de pelo rubio oscuro y ojos verdes.

Antes lo solía llevar largo porque no le gustaba nada que le acercasen las tijeras a la cara, no sé cómo lo llevará ahora.

—Lo lleva igual que siempre, hija mía —afirmó Candela.

—No es tu hija, es tu nieta —la rectificó Helena.

—Lo sé, cariño, pero para mí es como si lo fuera porque la he criado yo, igual que hice con su madre.

—Pues espero que no se drogue como hacía mi abuela —opinó Helena, sin darse cuenta de que lo que estaba diciendo no estaba bien.

—¡Helena! ¿Qué quieres decir con...? —intentó interpelar Candela, sin entender por qué la adolescente decía algo así, pero Zoe la cortó.

—No se lo tengas en cuenta, yaya, dice lo primero que le pasa por la cabeza, sin reparar en si está bien o mal. Ha relacionado que a mi madre la criaste tú con que se drogaba, y como a mí también me criaste, podría hacer lo mismo. Si llevamos aquí tres días y ya se ha enterado de algo así, no quiero ni imaginar qué más estará diciendo la gente a nuestras espaldas...

—No hagas caso de eso, cariño. Imagino que ella es igual que...

—Yaya, por favor —suplicó Zoe con la mirada porque era un tema del que no quería hablar todavía—. Bueno, cielo, ¿me vas a hacer ese favor o no?

—No tengo ganas, voy a cenar y me voy a ir a la cama. Y yo no soy cielo, soy una persona humana —gruñó la adolescente.

—Por favor...

—No quiero hacerlo —negó, sin mirar a su madre a la cara.

Terminaron de cenar y Zoe, que seguía viendo luz en la habitación de su vecino, no pudo aguantar más y cogió a su hija de la mano porque lo que iba a hacer no se atrevía a llevarlo a cabo sola, salió con ella a la calle y corrió hasta la ventana en cuestión, donde hizo que ambas se agachasen dándole un tirón a Helena.

—Me haces daño —se quejó la joven—. ¿Qué hacemos aquí?

—Sssshhh —Zoe se puso un dedo en los labios para que su hija callase y levantó un poco la cabeza, con tal de llegar a ver dentro de la habitación.

Helena hizo lo mismo y vio a un hombre sentado frente a un escritorio, anotando algo en una libreta de pentagramas.

—¡Qué guapo está! —exclamó Zoe en voz baja—. Maaadre mía, está enorme. ¡Qué bien le han sentado los años, por el amor de Dios!

—Tu madre no está aquí, tu madre está muerta —la rectificó Helena, cansada de estar en cuclillas y sin entender qué hacía allí.

—Es una manera de hablar, cariño. Mira, ese hombre fue mi primer amor — susurró Zoe.

—Bien, ¿podemos volver ya?

—Espera un poco.

Gabriel se irguió sobre la silla, levantó la vista de la libreta y miró hacia la ventana. Le había parecido escuchar algo y se puso nervioso. A esas horas de la noche lo normal era que hubiese silencio, por eso era el mejor momento para componer, y si se había distraído, era porque afuera estaba pasando algo.

Se levantó de la silla y caminó hacia la ventana, haciendo que las chicas se agachasen cuanto pudieron para no ser vistas. Zoe rezó por que Gabriel no la descubriese. El pianista asomó la cabeza por la ventana y miró a ambos lados; cuando estaba a punto de agachar la cabeza, escuchó que se abría la puerta de su habitación y se giró para ver a su madre. Zoe y Helena aprovecharon ese momento para salir corriendo hacia la casa de Candela.

—Hijo mío, ¿por qué te cierras la puerta? —Entonces, la mujer vio las maletas al lado de la cama—. Gabriel, ¿todavía no has deshecho el equipaje?

—No he tenido tiempo, estoy trabajando en una sinfonía nueva y he de dedicarle cada momento de inspiración.

—La sinfonía podrá esperar. Anda, guarda la ropa en los armarios, que me da la sensación de que te vas a volver a ir si no lo haces.

—Entonces, ¿ando o guardo la ropa?

—Hijo, cada vez que estoy unos días sin verte olvido que tú te lo tomas todo al pie de la letra.

—Soy así, no puedo evitarlo.

—Lo sé.

Rosario iba a salir de la habitación de su hijo para dejar que recogiera sus cosas cuando Gabriel la increpó:

—Me han dicho que ha vuelto Zoe.

Su madre se giró despacio y lo miró a los ojos. Hacía tantos años que no sabía nada de aquella chiquilla alocada que, a pesar de ver todos los días a su abuela, se había olvidado de ella. Pensó que nunca volvería al pueblo y olvidó cuánta influencia ejercía aquella muchacha sobre su hijo.

—Es cierto, pero no has de verla si no quieres.

—No sé si quiero verla.

—Será mejor que no lo hagas.

—Sí, será lo mejor —admitió Gabriel, recordando lo traicionado que se

sintió el día que el amor de su vida lo dejó para marcharse muy lejos de él.

Abrió las maletas y empezó a clasificar la ropa, colocando la que no había usado en un montón y la ropa sucia en otro. Cuando terminó, llevó lo que estaba para lavar al cesto que su madre siempre tenía en la galería y la observó mientras cocinaba.

—¿Tienes hambre, cariño? —le preguntó Rosario.

—¿Crees que Zoe se acordará de mí?

—Hijo, ¿no habíamos quedado en que lo mejor es que no la veas? Olvídala.

—Olvidar no es fácil. En dieciséis años no la he olvidado. No lo haré en un rato, mamá.

—Lo sé, pero ya es hora de que la olvides.

—Son las diez de la noche. —Gabriel seguía sin entender por qué la gente siempre hacía referencia a la hora cuando querían dar a entender que era el momento de empezar a hacer algo que no habían hecho antes, pero que, por supuesto, no iban a empezar en ese instante.

—Seguramente sí, ella te habrá olvidado —opinó Rosario para ver si así conseguía que su hijo se quitara a esa mujer de la cabeza.

—Me dijo que la esperara, que volvería pronto, y la esperé.

—Claro, cariño, hiciste lo que debías, la esperaste mucho, cosa que ella no hizo.

—¿A qué te refieres? —preguntó extrañado, pues pensaba que su madre sabía de Zoe tanto como él.

—La persona que te ha dicho que ha vuelto, ¿no te ha contado que no ha vuelto sola?

—No, ¿con quién ha venido?, ¿con alguna amiga?

—Cariño, dicen por ahí que ha venido con su hija, y además está bastante crecidita... Zoe no pensó en ti. Se fue y se olvidó de que existías en cuanto subió al avión. Olvídala.

—¿Una hija? ¿Y el padre?, ¿también está aquí?

—No, han venido solas. Si lo que yo decía: de tal palo, tal astilla. Si es que no se podía esperar otra cosa de alguien como ella, criada con su abuela y con el buen ejemplo de su madre —ironizó.

—Su madre no le dio ningún buen ejemplo. Su madre no la quiso, no se quería a sí misma y por eso se suicidó.

—Lo sé, cariño. Eso quería decir.

—¿Y entonces por qué no es lo que has dicho? Estoy harto de no entender a

las personas. Decís una cosa cuando queréis decir otra, habláis de amor cuando no sentís lo que decís, solo son palabras, y a mí me suele costar entender las palabras —Gabriel se puso a gritar, enfadado porque no entendía el mundo que le rodeaba, porque estaba cansado de esforzarse por comprender por qué la gente actuaba de una determinada manera si en realidad pensaban de otra forma. Odiaba los cumplidos de cortesía, que la gente mintiera cuando les preguntaban algo tan sencillo como «¿qué tal estás?» respondiendo positivamente solo por quedar bien, por no molestar al contrario contándole las penas, según trataban de explicarle. Entonces, si el que pregunta no quiere que realmente le cuentes cómo estás, ¿por qué pregunta?, se decía a sí mismo. Él no conocía lo que era quedar bien, pero tampoco decía nunca nada malo con pretensión de ofender. Simplemente era extremadamente sincero, sin darse cuenta de que en el mundo real, o al menos en el que vivía la gente que no era como él, en ocasiones había que fingir, mentir o callarse para no verse metido en un apuro.

—Cariño, tranquilízate. Ya sabía yo que la llegada de Zoe te iba a afectar... No pienses en ella, ¿vale? Por favor.

—No puedo dejar de pensar en ella, no me lo pidas más.

—Entonces, ¿vas a ir a verla? —preguntó Rosario, preocupada.

—No, no voy a ir, porque si la veo, no sé qué le diré.

Rosario suspiró. En ocasiones, que su hijo no supiera relacionarse con la gente era algo bueno, o al menos en ese momento así lo sintió, pues de no haber sido un *aspie*, Gabriel habría ido esa misma noche a casa de Candela y le habría pedido explicaciones a su nieta. O tal vez no. Tal vez estaría tan enfadado con ella por lo que le hizo que la odiaría y no querría hablar con ella nunca más. A pesar de que sabía que la seguía amando, el Asperger le impedía ser impulsivo y encararse a la mujer que tanto daño le había hecho. En todo caso, si Gabriel no sabía qué hacer al respecto cuando llegase la ocasión, ella se encargaría de todo, como había hecho siempre.

*No camines delante de mí, puede que no te siga.  
No camines detrás de mí, puede que no te guíe.  
Camina junto a mí y sé mi amigo.*  
Albert Camus

*Chulilla, diciembre de 1996*

—Hola, Rosario, ¿está Gabriel? —preguntó Zoe sabiendo que su vecino estaba en su habitación, pues lo acababa de ver desde el comedor de su casa, además de que no solía salir casi nunca de allí.

—Sí, pero está estudiando. Ahora no puede salir. —Aunque a Rosario siempre le había caído bien esa niña, empezaba a darse cuenta de que le robaba demasiado tiempo a su hijo, quien debía concentrarse en sus estudios y no pensar en chicas. Zoe no era más que una distracción que debía empezar a dejar de lado; Gabriel era Asperger y estaba segura de que ella acabaría haciéndole daño, y lo último que deseaba era ver sufrir a su hijo.

—Pero... Estrenan una película de Tom Cruise y mi abuela se ha ofrecido a llevarnos a Valencia al cine, quería invitar a Gabriel a venir con nosotras.

—¿Es que acaso no tienes amigas? —preguntó Rosario, inquieta porque la niña seguía allí, y quería que dejara en paz a su hijo cuanto antes.

—Yo sí... El caso es que... quien no tiene amigos es Gabi, así que me preguntaba si querría venir conmigo al cine. Apenas sale de su habitación, así le daría un poco el aire —explicó la joven de trece años, con temor a que su vecina se ofendiese.

—¿Eso te parece?, ¿que Gabriel no tiene amigos? —preguntó Rosario poniendo los brazos en jarras.

—Yo..., lo siento, no quería decir eso. Pero como en el instituto siempre está solo...

—Eso es porque él quiere. Si quisiera tener amigos los tendría, pero le cuesta mucho entenderlos y por eso prefiere recluirse en su soledad.

—Bueno, Rosario, ¿dejas que venga conmigo al cine o no? —preguntó Zoe, porque se le estaba agotando la paciencia.

—Le preguntaré si quiere ir.

Zoe hizo intención de entrar en la casa, pero su vecina le cerró la puerta en las narices. No entendía su comportamiento, siempre se habían llevado bien. Recordaba su infancia; desde que su madre faltó había vivido prácticamente



en casa de aquella mujer, y no sabía por qué de pronto Rosario había empezado a distanciarse de sus vidas. Para ella, los Belmonte habían sido como una segunda familia, los quería mucho y le entristecía ver cómo se marginaba su amigo, porque en el fondo pensaba que él no era feliz así.

—Dice que no quiere ir al cine contigo —anunció Rosario ante la mirada atónita de Zoe.

—¿Por qué no...? —Pero antes de que pudiera terminar de formular la pregunta, Rosario cerró la puerta y ella se quedó allí, más confusa que antes.

«Esto no quedará así», pensó mientras caminaba hacia la esquina, para una vez allí girar hacia la derecha y entrar en la angosta calle a la que daba la habitación de Gabriel. Lo encontró sentado en su escritorio con varias libretas delante, anotando notas musicales en cada uno de los pentagramas que contenían.

—Pssshhh —bisbiseó, mientras con una piedra que acababa de coger del suelo daba golpecitos sobre el cristal. No quería hacer demasiado ruido porque sabía lo nervioso que se ponía su amigo, así que esperaba que con lo que estaba haciendo Gabriel la viera y abriera la ventana.

—¿Qué haces ahí? —preguntó el joven al verla—. ¿Por qué no has entrado por la puerta?

—Tu madre no me ha dejado, dice que no te apetece venir conmigo al cine. ¿Por qué?

—¿Qué? No me ha dicho nada. —Gabriel se quedó pensativo. Seguía poniéndose nervioso cuando estaba con aquella chica, y eso que desde niños siempre estaba metida en su casa. Lo seguía a todas partes, a menudo lo importunaba cuando estaba sumido en sus cosas, pero en el fondo había algo en ella que le gustaba. Tal vez que fuera la única persona que le hablaba era un punto a su favor, pero él sabía que había algo más, solo que no sabía el qué, ni cómo expresarlo.

—¿Sabes una cosa? He averiguado por qué se le dice «Mucha mierda» a la gente cuando va a actuar o a hacer algún examen.

—¿Sí? ¿Por qué? —preguntó Gabriel, recordando cuando a los ocho años debutó en la plaza del pueblo y su vecina le dijo esas palabras sin saber el motivo.

—Hay dos versiones. La primera, es que sobre los siglos XVI y XVII los ricos acudían a los espectáculos en carrozas tiradas por caballos. Como los actores no cobraban por las actuaciones, sino que ganaban en función de las

monedas que el público les tirase al escenario, si había mucha mierda en la puerta era porque habían acudido muchos ricos, y por ello seguramente ganarían mucho dinero con la actuación.

—Interesante —afirmó Gabriel—. ¿Y la segunda?

—La otra versión es de la Edad Media. Como imagino que sabrás, los artistas medievales eran ambulantes, así que podían saber si en el pueblo al que iban había algún mercado, feria u otro acto, en función de la mierda que encontrasen a la entrada del pueblo.

—Vaya, veo que has aprendido a investigar —la felicitó Gabriel, sorprendido.

—Sí, lo he hecho por ti —admitió—. Entonces, ¿te vienes conmigo al cine o no? Eso sí, si te vienes no le puedes decir nada a tu madre. Creo que ella no quiere que vengas.

—¿Por qué no?

—No lo sé, últimamente está muy rara conmigo. ¿Qué me dices?

—No sé. ¿Cómo me voy a ir sin decírselo?

—Sencillo: tendrás que saltar por aquí. —Y tras decir eso, ella misma se aupó, colocó los pies sobre el borde de la ventana y, de un salto, entró en la habitación de Gabriel—. Tu madre nos matará si se entera, pero merece la pena correr el riesgo.

—Mi madre me quiere, no me va a matar por irme contigo. Aunque a ti tal vez sí. Me quiere tanto que a veces creo que estaría dispuesta a matar por mí.

—No nos va a matar a ninguno de los dos —se burló Zoe—. Solo era una manera de hablar. Lo que nos caerá será una buena bronca. ¿Vamos?

—Las broncas no caen, las broncas se dicen, y no son buenas, sino malas. Además, ¿cómo vamos a ir?

—Mi abuela nos llevará —respondió Zoe, poniendo los ojos en blanco por lo puntilloso que era su amigo.

—Tu abuela es demasiado mayor para conducir. El uso de medicamentos a su edad merma la capacidad psicomotora, además de que seguramente ya no ve, ni escucha ni...

—No seas exagerado —lo interrumpió ella—, solo tiene sesenta y tres años. Anda, vamos.

Zoe lo cogió de la mano y tiró de él hacia la ventana. Gabriel se dejó llevar, con miedo a ser descubierto pero alegre porque esa chica hacía que estar con ella, pese a lo mucho que le costaba relacionarse con la gente, le resultase

fácil.

Saltaron la ventana y corrieron hacia la casa de Candela, donde la mujer los esperaba tomando un café con leche en la cocina.

—¿Ya estáis aquí? Vámonos, pues —dijo, y se levantó de su silla.

—Yaya, Rosario no puede saber que Gabriel está con nosotras —la avisó su nieta.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo he raptado.

—Técnicamente no me has raptado —la corrigió el adolescente—. Si yo no hubiese querido venir, tú no habrías podido conmigo, y aun a riesgo de que mi madre acabe matándote, me ha parecido emocionante la experiencia.

Gabriel sonrió, y Zoe, al ver por primera vez algo espontáneo en su amigo, no pudo evitar abalanzarse sobre él para besarlo en las mejillas.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque me ha gustado lo que has dicho.

—¿Te gusta que me parezca bien que mi madre pueda matarte por lo que has hecho? Además, no vuelvas a besarme, eres demasiado impetuosa.

—Está bieeeeeen —aceptó Zoe, encantada porque aunque su amigo aparentaba ser el mismo de siempre, había notado que con ella empezaba a abrirse y eso le gustaba—. No te volveré a besar a no ser que me lo pidas.

—Eso dices siempre, pero luego lo vuelves a hacer —protestó.

Candela entró en el garaje y arrancó su viejo Volkswagen Golf del 82. Zoe se sentó delante y Gabriel pasó detrás, ocultándose bajo el asiento por si su madre lo veía cuando salieran a la calle. Candela sonrió, cómplice de lo que estaba haciendo, a sabiendas de que si su vecina se enteraba, y sería lo más probable, dejaría de hablarle durante mucho tiempo. Pero miró al chico y vio un atisbo de felicidad en su rostro. Su madre siempre se había preocupado de hacerlo feliz, había hecho por él cuanto había estado en su mano, pero últimamente lo tenía recluido en su casa, apenas lo dejaba salir con su nieta, que era la única amiga que tenía, y no dejaba que el muchacho, aunque no supiera relacionarse con la gente, al menos lo intentase.

Llegaron al centro de la ciudad y Candela dejó a los jóvenes en la estación de tren.

—Os veo en un par de horas. Pasadlo bien —dijo, despidiéndose de ellos.

—Gracias, yaya. Lo haremos.

Zoe cogió la mano de Gabriel y empezó a caminar hacia los cines ABC Park.

El chico se dejaba llevar, emocionado porque era la primera vez que salía de su pueblo sin sus padres, y nada menos que con una chica que le hacía caso, guapa, algo alocada y divertida, a la que no le importaba que él no fuera como los demás.

Llegaron a la puerta de los cines y se colocaron en la cola.

—No te importa que veamos la nueva de Tom Cruise, ¿verdad? —preguntó Zoe, emocionada.

—No, me da igual la película que veamos. Mi madre te matará de todos modos.

—Ya, ya... Deja de decir eso, ¿quieres?

Gabriel la miró fijamente y no supo qué responder. Miró hacia todos los lados, nervioso, y al final soltó lo primero que le vino a la cabeza:

—La madre de Madonna murió de cáncer de mama cuando ella tenía seis años, la misma edad a la que tú perdiste a la tuya.

—¿Y eso a qué viene ahora? Además, ¿cómo sabes eso?

—Solo quería que supieras que tenéis algo en común. Lo leí en una revista, en la biblioteca.

—Ah, pues... supongo que gracias.

—No hay de qué —dijo Gabriel, mirando en sentido contrario al que se hallaba su amiga.

—Vaya, ¡no sabíamos que tú también querías venir al último estreno de Tom Cruise! —se escuchó una voz femenina por detrás de la pareja.

Zoe se giró, y al ver a Ana y a Edurne, sus mejores amigas del instituto, contestó:

—No he dicho que no quisiera venir, os dije que no vendría con vosotras. Nos ha traído mi abuela.

—Bueno, supongo que nos habrás guardado sitio en la cola, ¿verdad? —preguntó la recién llegada, colocándose entre ellos sin mirar atrás por si alguien la recriminaba.

—Zoe, ¿por qué has venido con el rarito? —le susurró Edurne en el oído.

—Chicas, no sé si os acordáis de Gabi. Va al instituto con nosotras —comentó Zoe, ignorando la pregunta que le acababa de hacer su amiga.

—Sí, claro, te hemos visto por ahí —dijo Ana, acercándose hasta él para darle dos besos.

—No le beses —ordenó Zoe levantando una mano.

—¿Y eso por qué? —preguntó Ana, confusa.

—Porque Gabi es solo para mí y no quiero que le llenéis la cara de babas — explicó sacándole la lengua a su amiga, sabiendo que a su vecino no le harían gracia tantos besos.

—Está bien, chica, pues todo para ti —aceptó Ana, haciéndose la ofendida.

Una vez compradas las entradas, se dirigieron a las butacas y se sentaron las tres chicas juntas, dejando a Gabriel al lado de Zoe.

—Me encantan las películas románticas, espero que a ti también —advirtió la joven, moviendo la cabeza del chico para que la mirase a los ojos.

Gabriel quiso decirle que a él lo que le gustaba era estar a su lado, que la película le daba igual con tal de poder oler su perfume de rosas, que se moría por tocar su piel. En lugar de eso, giró la vista hacia la gran pantalla, en la que en ese momento estaban poniendo tráileres de próximos estrenos, y calló.

Estuvieron viendo la película en silencio, aunque Zoe no podía evitar mirar de reojo a su amigo. Era la primera vez que lo tenía tan cerca durante tanto tiempo, al menos por propia voluntad, y se daba cuenta de que era muy guapo. A ella no le importaba lo que dijera la gente de él, sabía que tenía un buen corazón, que era un chico sincero y que nunca haría daño a nadie a conciencia. Eso le bastaba. En la biblioteca del instituto había leído sobre la gente como él y sabía que podría tratarlo con tan solo un poco de paciencia. Al fin y al cabo, era una persona especial, diferente, pero no por eso le hacía ser peor que nadie.

Zoe cogió la mano de Gabriel y acarició los dedos.

—Cuando sea una mujer adulta me enamoraré de un hombre que sea capaz de hacerme sentir como en una película. No hay nada más bonito que te digan que eres la persona capaz de completar a otra, ¿no te parece?

Entonces, el público empezó a silbar al ver la romántica escena del final, y Gabriel empezó a sentirse agobiado. Como siempre, había a quien le había parecido demasiado pastelazo, y en lugar de aplaudir abucheaba, con lo cual el ruido cada vez era mayor.

—Por favor, que se callen, que se callen...

—¿Qué pasa, Gabi?

La gente aplaudía, silbaba, gritaban emocionados por el estreno, y él cada vez se ponía más y más nervioso.

—Vivaldi, Bach, Mozart, Beethoven, Wagner, Vivaldi, Bach, Mozart, Beethoven, Wagner, Vivaldi... —El adolescente empezó a enumerar a sus compositores favoritos por orden de nacimiento, lo único que le tranquilizaba

cuando le daba un ataque.

—¿Qué tienes, Gabi? Reacciona. Soy yo, estoy aquí —gritaba Zoe al verlo en aquel estado, haciendo que él se pusiera más nervioso. No soportaba el ruido, no toleraba los abucheos y no le gustaba que la gente gritase.

—Vivaldi, Bach, Mozart, Beethoven, Wagner...

—¿Qué le pasa? —preguntó Edurne al levantarse de su asiento y ver a Gabriel encogido en el suyo.

—Le ha dado un ataque. No sé cómo hacer que pare.

—Siéntate con él hasta que se le pase —opinó Ana—. Si podemos ayudar nosotras en algo...

—¿Podéis ir a la estación y decirle a mi abuela que venga a recogernos aquí?

—Claro, no te preocupes.

Las chicas salieron de la sala y Zoe se quedó sentada junto a Gabriel, que movía su cuerpo hacia adelante y atrás, intentando calmarse mientras enumeraba a los compositores y el ruido de la sala iba desapareciendo a medida que la gente salía de allí.

—Ya pasó, ya pasó... Será mejor que nos vayamos, ¿te parece?

Gabriel se levantó y se dejó llevar por Zoe hasta la calle. Unos minutos después Candela estaba en la puerta de los cines, preocupada porque sabía la que le caería encima en cuanto Rosario se enterase de lo que había pasado.

—¡Aléjate de mi hijo! —le gritó a Zoe en cuanto abrió la puerta—. No te quiero ver cerca de él nunca más. Te lo has llevado sin mi consentimiento, eres una malcriada que se cree que puede hacer lo que quiera sin atender a normas ni a nada. Y en cuanto a ti, Candela, no sabes cuánto me has decepcionado, yo que siempre te he abierto mi casa cuando me has necesitado.

—Rosario, recapacita. El chico se ha ido por su propia voluntad, nadie le ha obligado a hacerlo —intentaba justificarse Candela.

—¡Y mira lo que ha pasado! Tu nieta es una inconsciente, le he dicho que no podía ir al cine y aun así lo ha llevado. Solo yo sé cómo es mi hijo y lo que necesita.

—No me has dicho que no podía ir, me has dicho que él no quería ir, y eso no era verdad —se atrevió a intervenir Zoe.

—¿Encima osas llevarme la contraria? ¡Largo de mi casa! Sé que estamos cerca, pero aun así, cada vez que te vea por la calle te giraré la cara, eres una

niña irresponsable que no merece estar cerca de mi hijo.

Zoe salió de la casa llorando, pensando que nunca más podría hablar con su amigo, pero sobre todo le dolía ver la tristeza en los ojos de Gabriel. Sabía que él no estaba de acuerdo en la decisión de su madre, pero no podía hacer nada por evitarlo. De pronto, una sonrisa se dibujó en su interior. No pensaba renunciar a él, ni su madre ni nadie haría que ellos dos dejaran de verse, eso lo tenía muy claro.

*A veces podemos pasarnos años  
sin vivir en absoluto,  
y de pronto toda nuestra vida  
se concentra en un solo instante.*  
Oscar Wilde

*Chulilla, agosto de 2017*

Hacía dos semanas que Zoe había vuelto al pueblo y se sentía frustrada. Las cosas no estaban saliendo como esperaba, y eso que no es que esperara mucho; y ver a su hija enfadada con ella todo el tiempo no se lo ponía fácil. Sabía que Helena hablaba con Nick, tenía la fea costumbre de curiosearle el móvil cuando estaba dormida, y había leído las conversaciones en las que le pedía encarecidamente que fuera a por ella. Eso le dolía. Pensar que su hija prefería vivir con un hombre que ni siquiera era su verdadero padre a hacerlo con ella era algo que jamás pensó que ocurriría, pero en ese momento no le estaba dando lo que quería, y lo sabía muy bien.

Intentó ponerse en contacto con sus viejas amigas del instituto, Ana y Edurne, y consiguió localizarlas por Facebook, pero como ya suponía, ninguna vivía en el pueblo. Solo Ana subía algún que otro fin de semana, y Edurne ni siquiera eso, pues se había ido a vivir a Madrid. Al menos no estaban enfadadas con ella por haber pasado tantos años sin dar señales de vida; entendían que las situaciones hacían que cada uno siguiera su camino y ambas estaban sorprendidas de que tuviera una hija tan mayor.

Los pocos momentos en los que se evadía de todo y conseguía relajarse era cuando se conectaba con su amiga Kelly, la única que había conservado de su estancia en Nueva York y quien lo había dado siempre todo por ella. Se echaban mucho de menos, pero por lo menos gracias a internet podían verse y hablar como si estuviesen una al lado de la otra, sin tantos kilómetros de distancia. Kelly le aconsejaba que tuviese paciencia, que al final Helena entendería que todo lo hacía por ella, y que si no salían las cosas como esperaba, siempre tendría una casa a la que volver. Desde luego tenía muy claro que con Nick no lo haría, el amor se había esfumado y no podía seguir viviendo con una persona solo por lástima.

Y Gabriel, ¿qué podía decir de cómo le estaba yendo con él? El único motivo por el que había regresado y lo que más difícil se le hacía de enfrentar.



Había vuelto a espiarle bajo la ventana de su habitación y lo había escuchado hablando con su madre: sabía que no la había olvidado, y estaba casi segura de que no tenía pareja en ese momento; pero también sabía el daño que le hizo al marchar, y que no sería fácil hablar con él.

Cada mañana tras levantarse, desayunaba y salía a la calle a caminar. Llegaba hasta la plaza, compraba lo necesario para la comida y regresaba antes de que su hija despertase. Después, la cogía de la mano y la sacaba a la fuerza para inculcarle el saber vivir del pueblo. Volvía a la plaza y paseaba con Helena a regañadientes, con la mera intención de encontrarse por casualidad con su vecino.

Tras escuchar lo que necesitaba saber no había vuelto a espiarle, y no porque le pareciera que estaba mal, sino porque no se le había ocurrido algo ingenioso para decirle si la descubría, y no quería tentar más a la suerte.

—Helena, ponte delante de mí, lo suficiente para que no se me vea —ordenó Zoe a su hija al comprobar que Rosario estaba parada mirando el tenderete de una tienda de frutas y verduras.

—¿Por qué?

—Tú hazlo y calla.

La joven se puso delante y empezaron a caminar; Zoe quería encontrarse con Gabriel, no con una madre que no la quería ver ni en pintura. Cuando pasaron cerca de Rosario, Zoe se puso nerviosa, tropezó con su hija y la empujó, de manera que fue a dar con la vecina y esta tiró al suelo la bolsa de tomates que acababa de coger.

—Caray, chica, a ver si andas con más cuidado —se quejó la mujer mientras recogía los tomates.

Helena se alteró al verse acusada, sobre todo porque no había sido por su culpa, pero su madre la cogió de la mano y se la acarició, algo que siempre conseguía calmarla.

—¡Rosario, cuánto tiempo sin verte! —saludó Zoe como si acabase de verla en ese momento, sin dejar de acariciar la mano de su hija.

—¿Zoe? Vaya, supongo que la imprudente debe de ser...

—Mi hija, se llama Helena. Cariño, saluda a Rosario, es vecina de toda la vida de tu bisabuela. ¡No sabes la alegría que me da ver que estás bien! Desde que he vuelto no habíamos coincidido.

—No te da ninguna alegría, mamá, has hablado de ella desde que llegamos y no deseabas verla —alegó Helena, sin saber que en ese momento debería

haber permanecido callada.

Zoe se puso colorada; su hija la había descubierto y no sabía dónde meterse o cómo salir de aquella situación.

—Podías haber llamado a mi puerta si hubieses querido verme —la amonestó Rosario ignorando el comentario de la niña, pues a falsa no había quien la ganase, y alegrándose en su interior de que en realidad no lo hubiese hecho.

—No creas que no lo pensé —mintió la aludida—, pero después de lo que me dijiste la última vez que nos vimos... —Zoe se puso un dedo en el labio como si tratase de recordar ese momento.

—¿Qué es lo que te dije? Uy, no lo recuerdo —mintió su vecina.

—Tus palabras exactas creo que fueron: «Vete de aquí, mala «p» —enfaticó al omitir la palabra—, y no vuelvas a pisar mi casa nunca más».

—¿Eso dije? Uy, ¿por qué diría yo algo así? ¿Tal vez porque te pillé follándote a mi hijo, un chico que sabías que no era normal?

—Rosario, ten cuidado con lo que dices, que hay una menor delante —la increpó, haciendo que la mujer se avergonzara de la manera en la que había hablado—. Además, ¿que no era normal? Es más normal de lo que tú te crees. Tú eres la que hace que se margine, porque estoy segura de que sigues haciéndolo.

—Para tu información, mi hijo ha triunfado mucho en la vida y yo no he impedido que lo haya hecho en absoluto. Creo que eso no es marginación.

—Sí, pero dime, ¿se ha casado? ¿Tiene familia?

—¡Por supuesto que la tiene! —mintió Rosario.

—Genial, me encantará verle y conocer a su mujer. ¿Tiene hijos?

—Mi hijo no quiere verte, y su familia no vive en el pueblo —espetó la otra porque no quería seguir mintiendo, y cuantas más preguntas dejase que aquella niñata le hiciese, más tendría que inventar. Solo deseaba que se largase de allí o acabaría pasando lo peor.

—¿No? —Zoe se quedó pensando.

Tal vez aquella despiadada mujer no le estaba mintiendo y era cierto que Gabriel tenía una familia en algún lugar. No era extraño que no viviesen en el pueblo; la mayoría de gente que conocía se había ido a las grandes ciudades, y quien volvía a Chulilla lo hacía los fines de semana o en vacaciones. Lo que le extrañaba era que su abuela no se lo hubiese contado, más bien le dijo que Gabriel vivía con su madre porque seguía dependiendo de ella (aunque Zoe

pensaba que era la madre la que dependía de él). De ser así, quizás Candela lo había hecho para no hacerle daño, aunque... ¿qué mal le podía hacer? ¡Después de dieciséis años desaparecida, no es que imaginase que todo el mundo la iba a estar esperando con los brazos abiertos!

Estaba a punto de dar media vuelta y regresar con su hija a su casa, cuando vio salir de la tienda a un hombre que mediría un metro noventa, con su melena rubio oscuro rozándole los hombros y unos iris verdes que le atravesaron el alma. En cuanto la vio, se acercó de manera acelerada hasta ella y se quedó mirándola con los ojos muy abiertos.

—Hola, Gabriel —lo saludó Zoe intentando sostenerle la mirada, aunque le temblaran hasta las pestañas.

Entonces fue cuando él se la retiró. De nuevo sintió ese nervio que lo invadía cada vez que la tenía cerca. No importaba que hubiesen pasado dieciséis años, aquella mujer de ojos grandes color avellana le seguía haciendo sentir lo mismo que cuando eran unos críos.

Para Zoe, los años vividos en Nueva York de pronto quedaron en el olvido. Tener a su primer amor delante de ella hizo que el mundo se parase, que de pronto pareciese que nunca hubiese estado fuera. En ese pequeño instante, los momentos vividos de antaño se hicieron fuertes y fue como si separados, ninguno de los dos hubiera estado vivo.

—¿Cómo estás? —preguntó ella al ver que él no decía nada.

—Hijo, vámonos a casa. Ya compraré en otro momento —lo instó Rosario, cogiéndolo del brazo.

—Ve yendo tú —le dijo Gabriel a su madre.

—Pero Gabriel...

—Quiero que te vayas tú.

Zoe se quedó alucinada al ver la forma en la que trataba a su madre. Al menos los años le habían dado carácter, aunque siguiera sin ser capaz de mirarla a los ojos.

—Mamá, ¿nos vamos ya? —intervino Helena, a quien todo aquello le parecía de lo más aburrido.

—Enseguida, cielo. Ve yendo tú a casa de la abuela si quieres.

La joven empezó a caminar con el morro torcido al tiempo que sacaba su teléfono móvil y volvía a escribirle a Nick.

—Me he enterado de que eres un famoso compositor. Nunca olvidé la melodía que compusiste para mí.

—¿Es tu hija? —preguntó Gabriel, mirando cómo la joven caminaba cuesta abajo.

—Sí, perdona que no te la haya presentado. Estoy nerviosa, ¿sabes? Y tu madre, uff, ¡sigue siendo tan insufrible como siempre!

—¿Qué te ha pasado con mi madre?

—Me ha dicho que estás casado y que no vivís en el pueblo. ¿Tienes hijos?

—Yo no estoy casado, mi madre te ha mentado. No sé por qué la gente miente.

—Seguramente lo habrá hecho para alejarme de ti.

—Pues si estás viviendo en casa de tu abuela no te puede alejar mucho de mí, aunque diga mentiras sobre mi vida.

—En eso tiene razón, pero no me refería a alejarte de esa forma. Seguramente me habrá visto como una amenaza y ha pretendido hacerte inaccesible.

—Me tengo que ir —dijo Gabriel, cada vez más nervioso porque no sabía cómo actuar con aquella chica que de nuevo le hacía latir el corazón.

—Gabi, ya que no estás casado, ¿te gustaría que quedásemos algún día?

—No lo sé. —Y salió caminando a paso ligero mientras Zoe lo miraba con ojos vidriosos.

Al menos estaba allí, en el pueblo; al menos seguía soltero; al menos estaba igual de cerca que siempre, aunque tan solo fuera en el sentido literal de la palabra, pues sabía que su corazón tendría que volver a ganárselo. Pero para eso había dejado a Nick, para volver a enamorar al hombre del que nunca tuvo que haberse separado, y, como siempre, no cesaría hasta conseguirlo.

*El corazón tiene razones  
que la razón ignora.*  
Blaise Pascal

*Chulilla, diciembre de 1996*

Gabriel esperó a que su madre saliera a comprar para vestirse rápidamente y cruzar la calle. Tocó al timbre y esperó a que Zoe abriese la puerta.

—¡Gabi! ¿Qué haces aquí? Si te ve tu madre, te va a matar.

—No me va a matar, qué manía tienes con eso —se quejó mientras entraba en la casa, precipitado—. Pero solo tengo cuarenta y siete minutos y trece segundos para hablar contigo, es la media de lo que suele tardar mi madre en hacer la compra; he preferido calcularlo por lo bajo que por lo alto para no arriesgar.

—Wow, ¡genial! Ven, vamos a mi habitación, mi abuela no está en casa.

Los jóvenes entraron en el cuarto de Zoe y esta se sentó en la cama. Gabriel se quedó de pie observando la habitación, sin atreverse a mirar a la chica que le gustaba. Sacó un papel que llevaba doblado en el bolsillo de su pantalón vaquero y se lo mostró.

—Te he compuesto una canción, como me pediste —anunció.

—¿Te pedí? ¿Cuándo?

—El día que debuté en la plaza.

—¿Cuándo dices? ¡Pero si éramos unos críos! ¿Cómo te acuerdas de eso?

—Soy capaz de recordar cada segundo de mi vida, no es tan complicado. Además, tú ayer me dijiste el significado de «mucha mierda», y todo ocurrió el mismo día. Eso es porque tienes memoria selectiva: solo eres capaz de recordar sucesos que han sido significativos para ti. ¿Quieres venir esta tarde a mi casa y te enseño lo que te he compuesto?

—No puedo ir a tu casa, tu madre no me dejará entrar.

—Lo sé. Puedes entrar por la ventana de mi habitación, como ayer. Si me oye tocar el piano no sospechará que no estoy solo.

—Pero si no te deja cerrar la puerta, me escuchará —advirtió Zoe, aunque le gustaba la idea de colarse en la casa de su vecino.

—Ven cuando esté durmiendo la siesta. Le gusta dormir con el sonido del piano de fondo.

—De acuerdo. ¿Me avisarás desde tu ventana cuando pueda ir?

—Sí. Quédate en el comedor después de comer y te haré una señal. Yo quiero ser tu amigo, me da igual que mi madre no quiera que lo sea.

—Gabi, ¿y si fuéramos algo más?

—¿Algo más? ¿Te refieres a que seamos novios?

—Sí. Yo... ¿te gusto?

—Sí —contestó Gabriel mirando al suelo.

Zoe se levantó de la cama, se acercó hasta él y cogió su mano. Con la que le quedaba libre lo tomó suavemente de la barbilla y giró su cabeza para que estuviese recta y sus ojos la enfrentasen. Aun así, él giró las pupilas hacia la derecha, para evitar el contacto visual.

—Gabi, mírame.

—Me cuesta mucho, sabes que tengo síndrome de Asperger y que no nos resulta fácil relacionarnos con la gente. No estoy seguro de que esto salga bien.

Zoe sonrió y se acercó un poco más.

—¿Puedo besarte?

—Sí.

La chica se acercó lentamente, sintiendo cómo la mano de Gabriel temblaba y su respiración se aceleraba.

—Tranquilo, te gustará —le aseguró ella antes de posar sus labios sobre los de él.

Zoe cerró los ojos y se quedó allí durante unos segundos, sintiendo el contacto carnoso de la boca de Gabriel.

—Y la rana se convirtió en príncipe, después de besar a la joven damisela —susurró Zoe mirando a su amigo a los ojos, algo que él trataba de evitar.

De pronto, él se separó de ella y salió corriendo de la habitación.

—Gabi, ¿dónde vas? Todavía es pronto —le gritó.

—Me tengo que ir. Esta tarde te enseñaré lo que he compuesto para ti. Adiós.

Horas después, cuando Rosario se quedó dormida en el sofá de su comedor, Gabi abrió la ventana de su habitación y lanzó, con todas sus fuerzas, una piedrecilla que previamente había cogido de la calle. La piedra llegó al otro lado, pero en lugar de dar en el cristal de la ventana del comedor de Candela, dio contra el muro de la fachada, y Zoe no se enteró de que su amigo estaba intentando llamarla. Como no tenía más piedras ni un Plan B, se quedó de pie mirando por la ventana, a la espera de que a su vecina se le ocurriese mirar y

se diera cuenta de que ya podía ir a su casa.

Quince minutos después, Zoe, aburrida de esperar, miró por la ventana de su comedor y entonces fue cuando vio la cara de Gabriel, serio como siempre, pero con un brillo en los ojos que la entusiasmó. Salió de su casa corriendo y en menos de un minuto se estaba colando por su ventana, intentando hacer el menor ruido posible para que Rosario no despertase de su siesta.

—Caray, qué emocionante es esto —afirmó.

—He tardado cinco años en componer tu obra, espero que te guste —comentó Gabriel, tajante, mientras se sentaba en su butacón.

—Seguro que sí, solo por el esfuerzo ya merece la pena.

—No ha sido ningún esfuerzo. En estos cinco años he compuesto veintisiete melodías diferentes, pero la tuya tenía que reflejar lo que siento por ti y por eso he tardado más.

—¿Lo que sientes por mí? Tú... ¿me quieres? —Zoe se acercó a Gabriel y se quedó mirándolo a la espera de una respuesta.

Al chico empezaron a temblarle las manos y pensó que lo más idóneo sería usarlas en lo que mejor sabía hacer. Empezó a tocar el piano olvidando que la chica con la que soñaba cada noche estaba a escasos centímetros de él, que le acababa de preguntar por sus sentimientos, algo que ni él mismo sabía reconocer, y que era incapaz de mirarla a los ojos porque el miedo al rechazo se le hacía tan intenso que era insoportable.

Cuando terminó, Zoe no pudo controlar el impulso de abrazarlo. Él se dejó hacer, pero fue incapaz de reaccionar y hacer lo mismo con ella. A menudo le pasaban ese tipo de cosas, no sabía cómo comportarse en determinadas situaciones: cuando debía dar un abrazo, una palabra de ánimo, cuando debía sonreír... Era muy difícil entender el mundo que le rodeaba, pero con Zoe sentía que podía ser capaz de hacerlo, y dejaba de sentirse el «rarito», como lo habían llamado siempre en el colegio.

—Ha sido sensacional, eres un compositor excelente, Gabi. ¡Vas a llegar muy alto, ya lo verás! —aplaudió Zoe.

—Dicen los médicos que puede que llegue al metro noventa, por la media de desarrollo que llevo hasta ahora.

—No, bobo. Me refiero a que vas a triunfar en la vida, estoy segura. Ojalá yo fuera tan buena como tú en algo.

—Yo no soy ningún bobo, tengo un coeficiente intelectual superior a la media. Y tú eres buena cantante.

—Qué va, me parece que al final me voy a tener que decantar solo por lo de ser actriz. Canto como el culo.

—Los culos no cantan —la corrigió—. A mí no me parece que cantes mal. Madonna empezó su carrera como bailarina a los veinte años y hasta los veinticuatro no fichó por Sire Records y sacó *Everybody*, su primer tema, que pasó desapercibido. No te preocupes, tienes tiempo de aprender.

—Ya. A veces me dejas alucinada con la cantidad de cosas que sabes —opinó Zoe, moviendo la cabeza a ambos lados, sonriente—. Oye, antes no me has contestado...

—En mi caso es diferente, porque yo toco el piano desde los cuatro años y es lo que siempre me ha apasionado. —Cuando Gabriel no sabía qué decir o cómo actuar en un momento determinado, hablaba de lo que más le gustaba en la vida: de sus compositores favoritos—. Creo que en ese sentido he sido un niño prodigio como Mozart, aunque yo haya empezado a componer más tarde. ¿Sabías que Mozart a los...?

—Sssshh, cállate —le ordenó Zoe—. ¿Te gustó el beso de esta mañana?

—Sss... Sí —respondió él, poniéndose nervioso porque la chica se estaba acercando de la misma forma en que lo había hecho unas horas antes en casa de su abuela.

—Entonces, ¿me dejas que te dé otro beso?

—Pu... Puedes darme un beso, sssi quieres. —A Gabriel apenas le salía la voz, el corazón había empezado a latirle con tanta fuerza que pensó que Zoe podría escuchar los latidos.

Zoe juntó de nuevo sus labios con los de él tras ponerse de cuclillas en el suelo, cogió sus manos y permaneció así durante unos segundos. Como vio que el chico no hacía nada, y en ese sentido su mayor miedo era que hubiese salido corriendo, se atrevió a sacar la lengua y la introdujo en la boca de Gabriel, suavemente, para encontrarse con la suya y degustar por fin su sabor. Hacía tanto tiempo que quería hacer eso, que le pareció que el mundo dejaba de existir a su alrededor y que solo estaban ellos dos...

... Hasta que un grito los hizo reaccionar, y los dos se quedaron mirando a la mujer de ojos encolerizados que estaba en la puerta de la habitación.

—¿Cómo has entrado aquí? —le preguntó Rosario a Zoe, sin poder creer lo que acababa de ver.

—Ha saltado por la ventana —explicó Gabriel—. Como tú no la dejas entrar por la puerta, no ha tenido más remedio que hacerlo por ahí.



—No la dejo venir a casa porque ayer hizo que te fueras con ella sin mi permiso y que te diera un ataque. Por eso la castigué.

—Ah, entonces, ¿solo es un castigo? ¿Cuando me lo quites podré volver a venir como siempre? —preguntó Zoe esperanzada.

—Pues después de lo que acabo de ver no creo que te quite el castigo nunca, chiquilla. ¿Es que no te das cuenta de lo que le estás haciendo a Gabriel?

—No me está haciendo nada. Bueno, sí, en realidad me ha besado. Y me ha preguntado si la quiero. Nada más —explicó Gabriel, movido por esa necesidad que tenía siempre de decir la verdad y el no saber cuándo era mejor quedarse callado.

—¿Le has preguntado qué? Zoe, no quiero montar otro numerito, pero, por favor, deja a mi hijo en paz. Si de verdad te importa, aléjate de él.

—Mamá, vive en la casa de al lado, no se puede alejar.

—Tú no me entiendes, hijo, pero estoy segura de que ella sí. ¿Verdad, Zoe?

—Sí, lo entiendo perfectamente. Adiós, Gabriel —se despidió, cabizbaja, llamándolo por su nombre completo por primera vez, como sabía que le gustaba a su madre.

*Maestro, quisiera saber  
cómo viven los peces en el mar.  
Como los hombres en la tierra:  
los grandes se comen a los pequeños.*  
William Shakespeare

*Chulilla, agosto de 2017*

—Creo que debería empezar a buscar trabajo —comentó Zoe a su abuela mientras desayunaban—. Apenas me queda dinero de lo que pude ahorrar para venir, y no quiero que mi hija y yo seamos un gasto para ti.

—Cariño, no te preocupes por eso. Llevo años viviendo sola con la pensión de tu bisabuelo, tengo algo ahorrado. Busca, pero no te obsesiones si no encuentras a la primera, la cosa está difícil. ¿Qué me dices de tu carrera?

—No sé, yaya... Cuando Helena empiece las clases empezaré a buscar audiciones, ahora quiero dedicarme a ella. Y mientras no encuentre nada, ¿crees que en alguno de los bares de la plaza necesitarán camarera?

—No lo sé, será mejor que vayas tú y preguntes.

Helena se levantó de la cama y lo primero que hizo fue mirar su teléfono móvil.

«Hola, cariño, ¿cómo va todo por allí? Espero que estés mejor. Yo os echo mucho de menos», decía el mensaje de Nick.

Helena sonrió y se dispuso a contestarle: «Nick, por favor, ven a por mí. Esto es un asco.»

Se quedó mirando el teléfono a la espera de una respuesta y decidió ignorarlo de momento; por la diferencia horaria seguramente su padrastro estuviese durmiendo todavía. Bajó a la cocina y encontró a su madre y a su abuela desayunando.

—¿Te apetece que bajemos al río hoy? Todavía no nos hemos bañado desde que llegamos al pueblo —sugirió Zoe, levantándose para besar a su hija.

—No.

—Venga, será divertido. La abuela también vendrá.

—¿Qué dices? Yo no puedo bajar y subir las cuestas. Eso es para los jóvenes, no para una anciana como yo —protestó Candela.

—¿Y si vamos con el coche hasta el comienzo del río?

—¿Y recorrer el sendero de piedras? No, hija, yo hace mucho que ya no voy

por allí, y mis piernas me lo agradecen. Id vosotras. Además, hace años que no cojo el coche, seguramente ni arranque.

—Pues iremos nosotras —confirmó Zoe, ignorando la negatividad de su abuela.

—Vaya mierda —soltó Helena.

—Hija, a ver esa boquita, ¿eh?

—A mi boca no le pasa nada.

Candela salió de la cocina y Zoe aprovechó para decirle a su hija lo que llevaba días guardándose:

—Helena, quiero que dejes de pedirle a Nick que venga a por ti. No lo va a hacer, ¿lo entiendes?

—¿Cómo sabes que...? ¿Me has cogido el móvil? ¡Eres patética!

—Lo he hecho porque me preocupas. No haces nada por adaptarte, por entender lo importante que es esto para mí.

—Para ti, pero ¿has pensado en lo que es importante para mí?

—Sí, claro que lo he pensado, por eso estamos aquí.

—Dime qué tiene de bueno para mí estar en este sitio.

—Ahora no te lo puedo decir, pero quiero, te suplico más bien, que pongas de tu parte para que podamos estar bien. ¿Lo harás por mí? —Zoe se acercó a su hija y le retiró su pelo rubio de la cara—. Por favor, mi vida, todo lo hago por ti, solo espero que algún día te des cuenta.

Helena se separó de su madre y salió de la cocina, corrió a su habitación y se tiró en la cama, enfadada porque no conseguía entender nada.

Dos horas después, madre e hija estaban en la Peña La Judía, el lugar favorito de Zoe del río porque era donde mejor podía extender la toalla. Tras quitarse la ropa para meterse en el agua, le contó a la adolescente que cuando era joven como ella, quedaba con las amigas y se bajaban todas las mañanas. Hacían senderismo y se bañaban; era la única atracción del pueblo, pero era especial. Estaba segura de que en cuanto empezara el instituto e hiciera amigas su ánimo cambiaría y empezaría a ver las cosas de otro modo.

El agua estaba tan helada que casi les corta la respiración al entrar. Además de que normalmente solía estar fría, esa noche había refrescado más de lo habitual en esa fecha del año y había hecho que estuviera tan gélida que era imposible permanecer dentro.

—Vaya mierda —espetó la adolescente.

—¡Helena, ya está bien de quejarte por todo!

—Solo digo la verdad. Deberías haberme dejado en Manhattan, allí por lo menos tenía los acuarios, pero en este pueblo no hay.

—¿Quieres acuarios?, ¿eso es lo que quieres? Está bien. Vámonos a casa.

Se vistieron y empezaron a caminar cuesta arriba. Cuando llegaron, Zoe escuchó una vieja melodía que le resultó familiar y que hizo que se le erizara todo el vello de su cuerpo.

—Entra en casa, enseguida voy yo —le ordenó a su hija.

Se metió por la angosta calle a la que daba el comedor de su casa y la habitación de Gabriel, y tocó con los nudillos en la ventana.

El pianista dejó de tocar y miró hacia donde ella estaba. Al verla, su pulso se aceleró, volvió a dirigir la vista al frente y siguió tocando otra partitura.

—Gabriel, mírame, por favor.

Él levantó las manos del piano y giró su cuerpo hacia la ventana, pero le fue imposible dedicarle los ojos.

—Oye, ¿tienes coche? —se le ocurrió de repente, aunque le parecía una pregunta absurda. Con lo famoso que era debía de tener de todo.

—Sí.

—¿Te gustaría llevarnos a mi hija y a mí esta tarde a Valencia? A Helena le apasionan los peces, y me gustaría llevarla al Oceanogràfic.

Gabriel la miró extrañado. Permaneció de pie en todo su metro noventa sin saber qué contestar, preocupado porque no sabía cómo afrontar lo que aquella mujer le hacía sentir.

—Mira, sé que te hice daño, entiendo que no quieras saber de mí, pero me gustaría que, si pudieras, intentases perdonarme. Mi hija está llevando muy mal el cambio, no se adapta con facilidad, y me gustaría hacer algo por ella para que se sienta mejor. El problema es que todavía no he tenido tiempo de comprarme un coche, y el viejo Volkswagen de mi abuela no me atrevo a cogerlo, además de que seguramente ni arranque... —Gabriel la miraba escuchando cada palabra, sin darse cuenta de que con su tono de voz, Zoe pedía perdón con cada sonido que salía de su boca—. Aquí solo te tengo a ti, eres mi único amigo y necesito que me ayudes..., por favor.

Zoe frunció la frente, suplicando en su interior que Gabriel la hubiese entendido, que hubiese sabido ver en ella lo que todavía sentía por él, aunque sabía que era mucho pedir; y se conformaba con que aceptara su invitación, o más bien súplica.

—A las cuatro en punto os recogeré en la puerta de tu casa. Si quiere ver todo el Oceanogràfic será mejor que vayamos pronto.

—¡Gracias! —Zoe tuvo ganas de saltar la ventana como hacía cuando era una cría y abalanzarse sobre él, robarle un beso como cuando eran adolescentes y apretujarlo contra su cuerpo. Como sabía que no podía hacerlo y no podía controlar su alegría, dio un salto en el aire acompañado de un grito de euforia.

Gabriel apretó la mandíbula intentando contenerse, odiaba los gritos. Zoe, al darse cuenta, le pidió perdón y salió corriendo hacia su casa; quería ponerse guapa para su cita. Aunque para él solo fuera una forma de hacerle un favor, para ella significaba mucho más que eso.

A las cuatro en punto, las dos mujeres subían en el Audi Q3 de Gabriel. Helena mostraba una sonrisa poco habitual, su madre le había dicho que esa tarde iban a ver peces, y por primera vez desde que cogió el avión en Nueva York se sintió feliz.

Iniciaron el trayecto en silencio y continuaron así hasta que Gabriel lo rompió, hablándole a la joven que iba sentada detrás:

—Me ha dicho tu madre que te gustan los peces, ¿cuál es tu preferido?

—Me gustan todos, pero mi favorito es el pez betta. ¿Sabías que es popular por construir un nido de burbujas con su propia saliva para albergar a sus crías? Son originales de Tailandia, pero se pueden comprar en todo el mundo. En mi casa tengo un acuario y mi padre me compró tres, dos de color azul y otro rojo. Bueno, tenía... ¿Sabes que en la naturaleza usan su color para protegerse de los depredadores y para atraer a su pareja? Su cuerpo está compuesto por...

—Helena, para ya, por favor —la cortó su madre—. Cuando le gusta algo, no hay quien la calle.

—Déjala que hable —la amonestó Gabriel—. ¿Qué más sabes sobre los peces?

—Muchas cosas. Los peces son los únicos animales que pueden ver la luz infrarroja y la ultravioleta. ¿Sabes que los peces de color común pueden vivir más de veinte años? ¿Y que los peces de mar pueden llegar a sentir sed?

Zoe cerró los ojos mientras su hija hablaba y hablaba de peces y apoyó la cabeza en la ventana del coche, dejando que la brisa de la carretera le diera en

la cara. Se sentía feliz porque tenía a su familia unida por primera vez, y ver que habían congeniado era lo mejor que le podía pasar en ese momento. Si Helena quería contar todo lo que sabía de la fauna marina, ella no pensaba volver a interrumpirla.

Durante la visita al Oceanogràfic, Helena fue detallando todo lo que conocía de los peces que iban viendo.

—¿Sabéis que los tiburones y las rayas no dejan de nadar ni durmiendo porque les faltan unas vejigas natatorias que tienen la mayoría de los peces para poder mantenerse en el agua sin hundirse? ¡Si dejarasen de nadar, se hundirían! —exclamaba emocionada.

Una vez vieron todos los acuarios del Oceanogràfic, salieron del recinto y dieron un paseo por la ciudad de las ciencias. Helena estaba emocionada porque se había dado cuenta de que en España también podía tener lo que tanto le gustaba, y andaba hablando de peces sin darse cuenta de que hacía un rato que Gabriel y su madre habían dejado de escucharla.

—Tu hija es especial —comentó Gabriel.

—Es Asperger —explicó Zoe.

—No me refería a especial en ese sentido. Lo siento.

—Gabriel, ya sé que cuando dices especial, quieres decir especial de verdad; no pretendes usar un eufemismo como hacemos los neurotípicos para tapar lo evidente. Además, ¿por qué lo sientes?

—Porque huiste de mí, y ahora tu hija es como yo.

—Mira, quiero que te queden claras dos cosas: la primera es que yo jamás he huido de ti; y la segunda, mi hija es lo mejor que me ha pasado en la vida. Me da igual que sea *aspie* o que hubiese sido sorda o ciega; es única, es mía, y la adoro.

—Vale, no quería molestarte.

—Lo sé. Perdóname, es que me pone nerviosa estar tan cerca de ti. Han pasado tantos años...

—Yo también me pongo nervioso estando contigo.

—¡Pues vaya dos! —exclamó Zoe rompiendo a reír.

*Duda que sean fuego las estrellas,  
duda que el sol se mueva,  
duda que la verdad sea mentira,  
pero no dudes jamás de que te amo.*  
William Shakespeare

*Chulilla, junio de 1999*

Zoe llegó a su casa llorando desconsoladamente. Era la séptima audición a la que iba y ya conocía qué quería decir ese «Ya te llamaremos» que nunca llegaba a materializarse. Su intención fue correr hacia su habitación para tirarse en la cama y lamentarse porque no era lo suficientemente buena para ninguna agencia de publicidad, ni productora de cine ni coreógrafa ni nada; sin embargo, su abuela no la dejó. La obligó a sentarse en el sofá del comedor mientras le preparaba una tila para que se tranquilizara.

Gabriel se dio cuenta de que en la casa de su vecina alguien estaba llorando cuando terminó de tocar la *Sonata número 8 en La menor*, de Mozart. Se levantó de su taburete y miró por la ventana de su habitación. Estaba casi seguro de que se trataba de Zoe, y como sabía que no le podía decir a su madre que salía de casa sin que esta le preguntara a dónde iba, saltó por la ventana y cruzó la calle.

—Hola, Zoe, ¿por qué lloras? —le preguntó a la chica desde la ventana de su comedor.

—¡Gabi! —gritó ella dando un bote, asustada—. Corre y entra en casa antes de que tu madre te vea ahí.

Zoe se apresuró a abrirle la puerta, y cuando Candela lo vio le preguntó si quería tomar algo.

—No, gracias. ¿Por qué lloras? —siguió interesado en su vecina.

—¡Oh, Gabi! Han vuelto a rechazarme, no sirvo para nada. —Y lamentando su dicha, Zoe se abalanzó sobre el chico y apretó su cuerpo contra el de él, derramando sus lágrimas sobre su camiseta.

Él no sabía qué hacer, mantenía los brazos inertes, dejando que ella llorase sobre su hombro, todavía intrigado por lo que le había pasado.

—Claro que sirves para algo. Ayudas a tu abuela —afirmó lo primero que se le ocurrió.

Zoe se separó de él y lo miró un poco molesta. Sabía que le costaba

entender los sentimientos de los demás y cómo actuar en determinadas ocasiones, pero a veces se cansaba de que su amigo no la apoyara cuando lo necesitaba.

—Me refiero a que jamás voy a poder cumplir mi sueño de ser actriz, cantante o bailarina. Mi abuela me ha llevado a Valencia a una audición para un cortometraje y me han dicho que ya me llamarán. —Y diciendo eso, se tiró en el sofá y rompió a llorar de nuevo.

—Pero eso es bueno, ¿no? Te han dicho que te llamarán.

—Cuando dicen eso, nunca lo hacen —explicó ella.

—Entonces, ¿por qué lo dicen?

—Es una forma de hacerte creer que no has estado tan mal, crearte una esperanza inútil; por no decir: «Oye, nena, has estado como el culo, así que olvídate del papel».

—¿Como el culo?

—Joder, Gabi, ¿es que todo te lo tengo que explicar? —gritó la joven, haciendo que él apretara la mandíbula, tratando de contener la ira que le producía el ruido.

—Es que no sé qué hacer para ayudarte.

—Po... Podrías darme un beso —pidió Zoe, secándose las lágrimas de los ojos.

—De acuerdo. —Gabriel se sentó a su lado, se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias.

Entonces ella lo cogió de la camiseta y pegó sus labios a los de él, metiendo su lengua dentro de su boca y moviéndola con ímpetu. Llevaba tres años conteniéndose, tratando a su vecino de lejos, apenas acercándose en el instituto cuando sabía que su madre no los podía ver, y estaba harta de esconder lo que sentía por él.

—Oye, ¿te gustaría venir conmigo a la fiesta de fin de curso? —le preguntó cuando se separó de él.

—Yo no quiero ir, y creía que tú irías con tu novio.

—Gabi, si tú me dices que vendrás conmigo, a mi novio lo dejo esta misma tarde. Por él nunca he sentido lo que siento por ti.

—¿Qué es lo que sientes por mí? —preguntó, confuso.

—Te quiero, ¿es que no te das cuenta?

—No, no puedo saber lo que sienten los demás si no me lo dicen.



—Pues ya lo sabes. ¿Vendrás conmigo? El único problema es tu madre, ¿tú crees que después de tanto tiempo todavía seguirá enfadada conmigo? Desde luego, cuando me ve por la calle sus saludos son escuetos, pero vaya, podríamos intentarlo, ¿no? Hace tres años éramos niños como aquel que dice, pero ahora ya somos mayores...

—No creo que quiera —la cortó—. Mi madre me trata como si fuera un crío. Creo que tiene miedo de que la gente me haga daño, pero le diré que tú jamás me lo harías porque me quieres.

—Eso es, díselo así. Seguro que acaba aceptando que seamos novios.

Dos semanas después, Zoe salía de su habitación con un vestido color cereza que le había comprado su abuela, palabra de honor y ceñido hasta la rodilla. Llevaba su melena suelta, con tan solo una horquilla con forma de orquídea colocada sobre su oreja izquierda. Estaba preciosa y así se lo hizo saber Gabriel en cuanto la vio aparecer.

—Gracias, viniendo de ti es todo un detalle —apremió ella.

—No es un detalle, es la verdad —la corrigió él. Decirle lo guapa que estaba era una cosa; expresar lo que había sentido al verla aparecer, otra muy diferente.

A pesar de que a Rosario no le hacía ninguna gracia que su hijo fuera a esa fiesta de fin de curso, se vio obligada a dejarlo tras varias discusiones con su marido sobre la forma en la que lo estaba educando últimamente. Manuel no veía bien que lo tuviera metido bajo su caparazón y no lo dejase vivir fuera de sus dominios. Lo estaba sobreprotegiendo y pensaba que debía vivir su vida y tropezar como el resto de las personas. Si caía, se levantaría y seguiría adelante, como todos. No por ser *aspie* tenía menos derecho a disfrutar de la vida que el resto de la gente, y si había una chica interesada en él con ganas de hacerle feliz, debían dejar que lo hiciera; su hijo se lo merecía.

Precisamente eso era lo que a Rosario más la atormentaba; que le dijese que aquella malcriada quería a su hijo era lo último que habría deseado, pues no la quería ni a ella ni a ninguna otra mujer cerca de él. Tarde o temprano acabarían rompiéndole el corazón y todo su esfuerzo por hacerle feliz no habría servido de nada.

Pero el mismo padre de Gabriel fue quien se ofreció a llevarlos a la fiesta y la madre no pudo hacer nada por evitarlo. Siempre era Candela la que se había encargado de ellos, pues la mayoría de las veces en las que los chicos

salían era a escondidas de Rosario (aunque casi siempre bajo la aprobación de Manuel), y esa tarde, como tenía unos días libres, quiso ocuparse él personalmente.

—Estáis guapísimos —observó Manuel—. Hacéis una pareja preciosa.

Zoe dio un saltito, contenta, y Gabriel dejó la mirada perdida, como casi siempre que se dirigían a él.

La chica le había avisado de que la fiesta era en una discoteca, donde la música estaría muy alta, pero como al fin y al cabo era música, y a Gabi le apasionaba todo lo que tuviera que ver con ella, lo pasaría bien.

Entraron en el recinto y Zoe cogió de la mano a su chico para que no se pusiera nervioso. Como no había demasiada gente todavía, el sonido de la música predominaba en el ambiente, y en un principio a Gabriel le gustó. No era lo que esperaba, pero tenía cierta melodía y pensó que eso debía bastarle.

Sin embargo, a medida que se iba llenando la discoteca, el murmullo de los adolescentes hablando, cantando e incluso gritando, empezó a ponerle nervioso.

Zoe bailaba alegre a su lado, moviendo su cuerpo provocativa, de manera que lo excitaba y por momentos olvidaba lo incómodo que se sentía. Sus amigas, Ana y Edurne, también estaban allí, dando saltos y coqueteando con todos los chicos que se les acercaban.

—Vaya, ¡no me digas que me has dejado por el rarito! —gritó un chico al lado de Zoe.

—Hola, Toni. Mi novio no es ningún rarito.

—¿Tu novio? ¿Lleváis dos días saliendo y ya es tu novio? No me puedo creer que lo prefieras a él antes que a mí. ¿En serio me has dejado por este?

—Zoe, ¿te está molestando tu exnovio? —preguntó Gabriel, metiéndose entre los dos.

—No le estoy molestando, ella todavía es mi chica —le mintió Toni, haciendo que el pianista se sintiera confuso.

—Toni, por favor, déjanos en paz —rogó Zoe.

—No, no, preciosa. Primero me tendrás que decir qué es lo que ves en este tío que no tenga yo.

—Toni, Zoe te ha dicho que nos dejes en paz. Haz caso —ordenó Gabriel.

—¿Sí?, ¿y por qué?, ¿porque me lo dices tú?

—Sí, vete de aquí si no quieres tener problemas.

—Vaya, el rarito se pone chulito... No sabía que aparte de tocar el piano

supieras pelear.

—No quiero pelear, quiero que te vayas.

—Toni, por favor, márchate —suplicó Zoe.

—Está bien, te dejo. Pronto te darás cuenta de que él no te puede hacer feliz y volverás conmigo.

Toni se marchó, y cuando Zoe se dio la vuelta para abrazar a su chico por lo valiente que había sido, se dio cuenta de que no estaba. Miró a su alrededor y al no verlo se preocupó. Lo buscó por todas partes, preguntó a sus amigas si lo habían visto, agobiada porque eso no significaba nada bueno, y al final salió a la calle esperando que estuviese allí.

Gabriel estaba sentado en un bordillo de la acera, con la piernas encogidas y moviendo su cuerpo hacia delante y atrás.

—Vivaldi, Bach, Mozart, Beethoven, Wagner, Vivaldi, Bach, Mozart, Beethoven, Wagner... —murmuraba, intentando tranquilizarse.

—Gabi, ¡estás aquí! Me he vuelto loca buscándote.

El chico la miró, asustado y preocupado de que por haberse ido, su novia se hubiese vuelto loca de verdad.

—¡Es una manera de hablar! —exclamó Zoe al darse cuenta—. ¿Por qué te has ido?

—Vivaldi, Bach, Mozart, Beethoven...

—Gabi, tranquilízate. ¡No hagas caso a ese gilipollas! No merece la pena.

—Pero... ha dicho que sigues siendo su chica, que pronto te darás cuenta de que yo no puedo hacerte feliz y que volverás con él.

—¿Y qué? ¡Que diga lo que le dé la gana! ¿Qué más da eso?

—Entonces, ¿no lo vas a hacer?

—¿El qué?, ¿volver con él? Ni pensarlo. Gabi, yo te quiero a ti.

—¿Por qué lo ha dicho?

—Porque será lo que él cree, o porque así se siente mejor. Sabe que te mete miedo diciéndolo y cree que puede crearme dudas a mí, pero ni lo sueñes. Estoy contigo, con quien siempre he querido estar. ¿Qué puedo hacer para demostrártelo?

—Pu... Puedes darme un beso.

Zoe sonrió. Juntó sus labios con los de Gabriel y le regaló el mejor de sus besos, pues era la primera vez que él se lo pedía, y para ella eso significaba muchísimo.

*Y es que en este mundo traidor  
no hay verdad ni mentira:  
todo es según el cristal con que se mira.*  
Ramón de Campoamor

*Chulilla, septiembre de 2017*

Desde que estuvieron en el Oceanogràfic, Helena empezó a mostrarse más amable con su madre y por fin Zoe pudo tranquilizarse. Saber que su hija no era feliz allí la ponía muy triste, aunque pensaba que tarde o temprano acabaría gustándole aquello. El cambio había sido muy brusco, su hija ya no se acordaba de sus primeros años de vida en el Bronx, cuando compartían piso y apenas tenían unos metros cuadrados en los que poder tener intimidad. En su cabeza solo estaban los últimos años con Nick, en un lujoso piso en Manhattan, donde tenía todo lo que quería. Todo menos un padre que la comprendiera, y a su edad, Zoe pensaba que era lo que más necesitaba.

Aunque su primer acercamiento hacia Gabriel había salido mejor de lo que esperaba, se decepcionó cuando al día siguiente le preguntó si quería bajar con ella y su hija al río y le dio una negativa por respuesta. Por lo menos apuntó su número de teléfono móvil y le dio el suyo. Prefería llamarlo a él directamente o mandarle un mensaje que andar tocando a la puerta, donde podía encontrarse con Rosario. Otra de sus metas era acabar ganándose a aquella mujer, pero le daba la sensación de que los años no habían cambiado su forma de acaparar a su hijo, aunque ya pasase de la treintena, y eso no se lo ponía fácil. Si Rosario seguía teniendo a Gabriel bajo sus faldas, tendría que pelear mucho para sacarlo de allí.

Zoe sonrió al recordar su adolescencia. Si con quince años había conseguido que Gabriel hiciera las locuras que hizo por amor, solo con que el hombre en el que se había convertido siguiera sintiendo un poquito por ella, estaba segura de que lo volvería a hacer.

«Hola, guapo, ¿te apetece salir esta tarde a tomar algo con Helena y conmigo?», le preguntó en un mensaje tres días después de su visita al Oceanogràfic.

Gabriel escuchó su móvil sonar mientras ensayaba con el piano una canción que estaba componiendo para un cantante famoso, y lo ignoró. Mientras trabajaba no hacía caso al teléfono; es más, le incomodaba que le molestasen

con llamadas o mensajes absurdos, sobre todo porque no entendía la mayoría de los memes que le mandaban por WhatsApp y que al parecer a todo el mundo le hacía mucha gracia. Él a veces imitaba lo que hacían los demás y mandaba caras sonrientes, solo por sentirse normal, o más bien para que los demás no lo viesen como al rarito de siempre.

No se levantó de su taburete hasta que su madre lo llamó para comer. Fue directo al salón y olvidó coger su móvil.

—Te he planchado media docena de camisas y cuatro pantalones. No los metas en la maleta hasta que te marches para que se arruguen lo menos posible —comentó Rosario mientras comían, preocupada como cada vez que su hijo viajaba.

—Mamá, eso podría hacerlo yo. No tienes que encargarte de todo. Además, solo me voy un fin de semana, no me hace falta tanta ropa.

—Lo sé, cariño, pero me gusta hacerlo, y llevar ropa de más nunca es demasiado. Tú ya tienes bastante con tu trabajo, y yo, desde que tu padre no está, no tengo de quién preocuparme si no es de ti.

—Pues deberías acostumbrarte. No voy a vivir aquí toda la vida.

—¿No? ¿Por qué no? No hay un sitio mejor en el que puedas estar, necesitas a alguien que cuide de ti —protestó la madre.

—Estoy muy bien aquí, pero algún día me casaré y tendré mi propia familia. Has de hacerte a la idea de eso y empezar a tener tu propia vida. —Gabriel no se daba cuenta de cuándo era demasiado brusco hablando, no sabía suavizar sus palabras para quedar bien, como solían hacer la mayoría de las personas que no estaban dentro del espectro autista. Soltaba lo que le venía a la mente sin filtro alguno.

—¡¡No lo dirás en serio!!

—Lo digo muy en serio.

—¿Y con quién te vas a casar, eh? —preguntó Rosario, alterándose más de la cuenta.

—Todavía no lo sé, pero me casaré algún día. Es lo que hace la gente.

—¡La gente normal!

—Los *aspies* también se casan, ¿sabes? He conocido mucha gente en mis viajes, en las ciudades a las que voy me tratan como a cualquier persona. En realidad, la única que no me ha tratado nunca como a alguien normal has sido tú.

—Siempre he tratado de protegerte. Acuérdate de cuando eras niño, lo mal

que te lo hacían pasar.

—Sí, y también recuerdo que la única persona que me trataba bien era Zoe y que la alejaste de mi vida.

—Eso fue cuando teníais trece años, luego la dejé volver —explicó Rosario, sabiendo que si lo hizo fue porque, de lo contrario, Manuel se habría separado de ella porque no estaba de acuerdo con su manera de educar a su hijo.

—¿Y luego qué? ¡La echaste de casa! Por eso se fue, se fue por tu culpa. Tú has tenido la culpa de todo siempre, tú eres la única que no me ha dejado vivir mi vida como yo quería.

—Hijo, yo siempre he intentado que fueras feliz. Tranquilízate y deja de hablarme así. Seas como seas, no te lo pienso consentir.

—No, tú has tenido la culpa de mi infelicidad. ¿Sea como sea? ¿Lo ves? ¡Sigues haciéndolo! —Y diciendo eso, se levantó de la mesa y salió de la casa, dando un portazo tras él.

Rosario quiso seguirle, pero cuando fue a abrir la puerta, vio desde la ventana que daba a la calle que su hijo estaba llamando al timbre de su vecina Candela, y supo que debía contenerse. En la calle no podía montar un numerito, que era lo que hubiese hecho de haber salido de su casa. Debía esperar a que su hijo volviera y entonces hablaría con él y le diría lo que pensaba acerca de que volviera a acercarse a Zoe, la mujer que le rompió el corazón y que nunca debió volver al pueblo.

Zoe dio un salto de alegría cuando abrió la puerta de su casa y encontró a Gabriel allí. El hombre estaba alterado, eso se notaba, así que aunque estuvo a punto de lanzarse a sus brazos, le hizo pasar y le preguntó si quería tomar algo.

—No, gracias.

—Pensaba que contestarías a mi mensaje en lugar de presentarte aquí; me pillas sin arreglar, pero no importa. O sí, no sé. ¿Tengo muy mala pinta?

—¿Qué mensaje?

—El que te mandé esta mañana. Ya decía yo que me parecía que no lo habías visto... En realidad, no te he visto conectado en todo el día. ¿Es que no miras el móvil nunca o qué?

—He estado trabajando. Mañana tengo que viajar a Londres y estoy terminando de componer una canción para Jorge López.

—¿Para el cantante Jorge López? Me encanta ese tío, ¿le has compuesto tú su música? Es maravillosa: «Cuando tú me miras, todo mi cuerpo se estremece;

cuando tú me miras...» —Zoe canturreaba la letra de su cantante favorito sin darse cuenta de que su hija acababa de entrar en el comedor y la estaba observando desde el marco de la puerta, preguntándose por qué su madre se comportaba de ese modo tan extraño cuando estaba con Gabriel. A lo largo de su vida solo la había visto con Nick, y nunca le pareció que mostrase esa sonrisa, ni le pareció verla tan feliz.

—Solo le he compuesto su último disco.

—¡El que más ha triunfado! Los anteriores están bien, pero no son lo mismo. ¿Y dices que te vas mañana? ¿Cuántos días?

—Solo el fin de semana. El lunes por la mañana vuelvo.

—Entonces, ¿te apetece que hagamos algo hoy? —preguntó Zoe, esperanzada.

—Sí.

—¿Quieres que bajemos al río? Esta mañana hemos ido Helena y yo y el agua no estaba tan fría como los últimos días. Ya ha dejado de refrescar por las noches, no era normal. Aunque tendrías que ir a tu casa a ponerte el bañador... —Zoe no se daba cuenta de cuánto se embalaba cuando empezaba a hablar con Gabriel. Se sentía tan excitada por tenerlo cerca de nuevo que no conseguía controlar sus palabras.

—No, no quiero ir a mi casa. Acabo de discutir con mi madre.

—Oh, lo siento —lamentó la chica, mirándolo preocupada—. ¿Estás bien?

—No, estoy nervioso. Mi madre cree que voy a vivir toda la vida con ella, no acepta que algún día me pueda casar e irme de aquí.

—Casar... —murmuró Zoe—. ¿Ti... Tienes novia? —Ya se lo había preguntado hacía unos días, y sabía que él jamás mentía, pero eso de que quisiera casarse la había pillado por sorpresa y no pudo evitar volverlo a preguntar. Además, ¿«irse de aquí»? ¿se referiría a irse del pueblo?

—No, todavía no.

—Y ¿has tenido novia estos años? ¿Hay alguien en quien todavía pienses?

—He tenido varias novias, pero ninguna me supo entender. En realidad, yo tampoco las entendía a ellas. —Helena, al ver que la conversación entre su madre y el vecino no le interesaba, fue a la habitación en donde su bisabuela estaba durmiendo la siesta y se tumbó con ella. Aquella anciana estaba empezando a gustarle, y saber que a su edad no le quedaba mucho tiempo para estar con ella, hacía que sintiera la necesidad de pasar cada instante a su lado —. En cuanto a tu pregunta sobre si pienso en alguien, la única persona en

quien siempre he pensado has sido tú.

—Oh, Gabriel, yo también he pensado mucho en ti... He vuelto por ti —se atrevió a decir Zoe.

—¿Por mí? ¿Por qué? Además, ¿qué me dices del padre de Helena?

—Porque te echaba de menos. Necesitaba verte. —Zoe se dio cuenta de que había metido la pata siendo tan sincera con él, pero lo conocía bien y sabía que debía ser así, o no confiaría en ella.

—¿Y el padre de Helena? —volvió a preguntar él, pues era lo que más le intrigaba.

—Prefiero no hablar de él ahora. Cuéntame, ¿cómo ha llevado tu madre que salieras con chicas? Porque a mí me odiaba solo porque te quería.

—Mi madre nunca ha sabido de ellas. Las he tenido en las ciudades a las que voy a trabajar a menudo. Nunca he traído a ninguna mujer al pueblo.

—Entonces, ¿tu madre se cree que soy la única mujer que ha estado en tu vida?

—Sí, supongo que sí.

—Pues debe de odiarme más que a nadie en el mundo —opinó Zoe, mordiéndose el labio.

Al final pasaron la tarde en la casa de Candela, hablando de cómo les habían ido los últimos dieciséis años; la tarde del Oceanogràfic estuvieron demasiado interesados en ver peces y hacer feliz a Helena, y Zoe tenía muchas preguntas que hacerle.

Cuando la anciana se despertó insistió en hacerles crepes para merendar, y Helena, que adoraba el dulce, la ayudó a prepararlos y merendó con ellos mientras hablaba y hablaba de peces.

—¿Sabéis que los caballitos de mar son de los pocos animales de la naturaleza donde el macho es el responsable de llevar en la panza los huevos que deposita la hembra? Ellos son los que ejercen la figura maternal, al contrario que en el resto de especies. A los cuarenta y cinco días, los caballitos nacen y los padres vuelven a aparearse.

—¡Curioso! —exclamó Zoe, aprobando la conversación de su hija—. A Gabriel le apasiona la música. Cuéntenos algo que no sepamos —lo instó.

—¿Cómo voy yo a saber qué es lo que no sabéis?

—Tú piensa que no sabemos nada de los grandes compositores de la historia, y cuéntenos lo que quieras —lo animó Zoe.

—Está bien. No sé si sabéis que Wagner no compuso su obra *El holandés*



*errante* hasta los treinta años, obra con la que encontró por fin su personalidad. —Hizo una brevísima pausa, y continuó—: Eso es fácil que lo sepáis, pero quizás lo que no conocéis es lo que lo inspiró, y fueron ni más ni menos que una serie de tempestades que sufrió durante el transcurso de un viaje a París, huyendo de las deudas acumuladas en su ciudad natal. Zoe, aunque a tus treinta y cuatro años no hayas triunfado como actriz, todavía tienes tiempo. Como ves, incluso los más grandes no fueron nada hasta los treinta.

—Ya, por eso tú de niño estabas tan obsesionado por ser como ese Boin y tenías que debutar a los ocho años, ¿no? —soltó, algo molesta por su comentario.

—No, yo no quería debutar a los ocho años por eso —protestó Gabriel, sin entender el sarcasmo de su vecina—. Y se llama Daniel Barenboim, uno de los mejores pianistas del siglo XXI.

Zoe puso los ojos en blanco y cambió de tema, intrigada por saber a qué iba a Londres. Gabriel le estuvo contando que después de conseguir la plaza como profesor de piano en el Conservatorio de Música de Valencia pasó a dirigir la Orquesta Municipal, y que a los veinte años le ficharon para dirigir la Orquesta Sinfónica de Florencia. Él nunca había salido de España; demasiado le costó tener que ir a Valencia casi todos los días hasta que sus padres le regalaron su primer coche, que para él fue su liberación, como para plantearse tener que estar cogiendo aviones. Pero aunque al principio le costó mucho adaptarse, la oportunidad era muy buena; se trataba de una de las mejores orquestas de Europa, y no pudo rechazarlo. Por aquel entonces ya había compuesto muchas obras, incluidas canciones inspiradas en artistas de pop, y en un programa de televisión se le ocurrió mencionarlo. Movido por su fama como director y pianista, no tardaron en llegarle ofertas de cantantes solicitando sus composiciones, y hoy en día se movía entre Valencia, Florencia, Madrid y Miami, donde se encontraban tres de los cantantes a los que les componía. Ese fin de semana tenía que dar un concierto con la Orquesta Sinfónica de Florencia, en el Royal Albert Hall de Londres.

—Siempre soñé que algún día sería una cantante famosa. Habría sido sublime que además tú hubieses compuesto mi música —comentó Zoe, nostálgica.

—¿Qué pasó con ese sueño? ¿Has estudiado música en los años que has estado fuera?

—No. Tuve que trabajar para salir adelante con Helena y solo pude entrar en una academia de teatro años más tarde. He ido a muchas audiciones, y sigo haciéndolo; pero solo me han llamado para anuncios, bien fuera en televisión o para agencias de publicidad, en las que tan solo trabajé de modelo de fotos.

—¿Qué pasó con Peter Coleman? ¿Es él el padre de Helena? —preguntó Gabriel, molesto solo de imaginar que pudiera ser así.

—No. Lo de Peter es una larga historia que dejaré para cuando vuelvas el lunes, ¡de lo contrario no me quedará nada que contarte!

—Claro que sí, en dieciséis años han pasado muchas cosas. Podríamos estar hablando dieciséis años de cada uno de los días que vivimos separados.

Al escuchar la palabra «separados» Zoe agachó la cabeza; de pronto le picaban los ojos y sabía que estaba a punto de llorar, algo que Gabriel no habría entendido en ese momento y que no le apetecía explicar.

—Gabriel, yo... sé que te hice mucho daño. Nunca debí irme, pero se me presentó la oportunidad y sabes que no podía hacer otra cosa.

—Yo te esperé. Me dijiste que en unos meses volverías y estuve esperando. Mi madre me decía que me olvidara de ti, que nunca volverías, y aun así yo seguí esperándote, porque jamás pensé que fueras capaz de mentirme, porque me querías, o eso era lo que me decías... Con vosotros nunca se sabe cuándo decís la verdad.

—Claro que te quería, siempre te he querido; eso ni lo dudes.

—No. Me mentiste. Me engañaste al hacerme creer que volverías; cuando me decías que me amabas, todo era mentira.

Gabriel se levantó del sofá, alterado, y se dirigió hacia la puerta de la calle, acompañado de Zoe.

—Gabriel, no te vayas aún, por favor. Sigamos hablando.

—No, eres una mentirosa. No quiero escuchar más mentiras. Adiós.

El pianista salió de la casa y entró precipitado en la suya, pasó por delante de su madre ignorando su presencia y se metió en su habitación para refugiarse en su piano, el único que sabía entenderlo y con quien de verdad se sentía a gusto. Empezó a tocar *Tristán e Isolda*, de Wagner, obra basada en el amor imposible que el compositor no pudo mantener con Mathilde, pues estaba casada con el hombre que le había brindado su casa y donde había compuesto sus mejores melodías. Para Gabriel, el desgarró y la pasión con la que el compositor había creado aquella obra, tan difícil de representar, se asemejaba a lo que sentía él en ese momento. Había olvidado lo mal que se sintió cuando

Zoe desapareció de su vida hacía dieciséis años, solo verla había removido en su interior los sentimientos que jamás desaparecieron; pero no podía pasar por alto que le mintió, y él no soportaba la mentira.

*La música expresa  
aquello que no puede decirse con palabras  
pero no puede permanecer en silencio.*

Víctor Hugo

*Chulilla, agosto de 2017*

Zoe pasó el fin de semana preguntándose qué había hecho mal con Gabriel para que no le cogiera el teléfono ni contestase a sus mensajes. Le había pedido perdón, pero ni siquiera sabía por qué. De pronto, él había empezado a llamarla mentirosa, y no es que se quitara parte de culpa, ni siquiera pensaba que todavía fuera el momento de contarle por qué no volvió; pero tampoco dejó que intentase calmarlo, como había hecho siempre que le daba uno de sus ataques, y eso la entristecía porque no sabía cuándo querría volver a saber de ella.

Era tan impredecible... Nunca actuaba como se suponía que lo hacía todo el mundo, él era único y, en cierto modo, para ella eso era parte de su encanto.

Gabriel llamó a su madre el viernes por la noche, cuando llegó a Londres, para que supiera que estaba bien, y dejó el móvil en la mesita de noche del hotel. No le apetecía hablar con nadie, así que sin más dilación, bajó a cenar y se encontró con Eduard y con Electra, su violonchelista primero y su hermana, quien solía acompañarlo a los conciertos porque sentía una enfermiza atracción por él.

—Buenas noches —lo saludó la joven dándole un beso en la mejilla. Aunque alguna vez se había acostado con el director de la orquesta, delante de su hermano no le gustaba demostrar su afecto, y como sabía que Gabriel no se cuestionaría por qué actuaba así, prefería dejar su casi inexistente relación para la intimidad.

—Hola, perdonad el retraso. Mi madre se empeñó en meterme más ropa de la necesaria en la maleta y la he tenido que facturar, algo que no había previsto, y eso ha hecho que me demorase, ya que debía recogerla.

—No te excuses, solo han pasado cinco minutos —advirtió Electra.

—Odio ser impuntual —protestó Gabriel.

—Estamos impacientes por el concierto de mañana —comentó Eduard.

—¿Estáis? ¿Te refieres a toda la orquesta?

—No, hablaba de mi hermana y de mí.

—Tu hermana no toca en la orquesta, ¿por qué está impaciente?

—Estoy impaciente porque me muero de ganas de escucharos —respondió la aludida.

—Ah, bien.

Gabriel dirigió la vista a la carta y se dedicó a decidir qué quería cenar esa noche. Los hermanos no paraban de hablar del concierto, y el director decidió desconectar y pensar en sus cosas. No le interesaba la cháchara y ni siquiera había sido idea suya lo de cenar juntos; a él le daba igual hacerlo solo, es más, se sentía más a gusto que teniendo que dar conversación cuando no le apetecía. Y en ese momento no tenía ningunas ganas de hablar de nada, ni siquiera de Beethoven, buen tema teniendo en cuenta que al día siguiente iban a representar la *Sinfonía n.º 9 en Re menor* del compositor alemán.

En cuanto terminó de cenar, Gabriel les informó de que estaba muy cansado y que ya se verían al día siguiente en el concierto, advirtiéndole a Eduard de que fuera puntual. Subió a su habitación, y cuando estaba abriendo la puerta, escuchó pasos acelerados de quien dedujo sería una mujer por el ruido de sus tacones. Giró su rostro y encontró a Electra, sofocada porque se había tenido que excusar con su hermano y había salido corriendo en busca del director, con el deseo de estar un rato con él a solas.

—¿Qué haces aquí, Electra? —preguntó Gabriel sin mirarla a los ojos.

—Me apetecía estar contigo, como otras veces, ya sabes.

—¿Ya sé? No puedo saberlo si no me lo dices. Otras veces hemos tomado algo en la cafetería del hotel, y ya os he dicho a tu hermano y a ti que estoy cansado; otras veces hemos dado un paseo por las calles de la ciudad en la que estuviésemos; otras veces hemos follado en mi cama. ¿A qué otras veces te refieres?

—A la última, me refería a la última —explicó, un tanto molesta por la manera en la que Gabriel le hablaba.

—Como he dicho, estoy muy cansado. Hasta mañana, Electra.

—Pero... yo puedo hacer que se te pase el cansancio.

—No lo creo. —Y diciendo eso, entró en su habitación y cerró la puerta, dejando a la mujer en el pasillo del hotel, excitada y enfadada por el desplante que le acababan de dar.

Gabriel se metió en la cama y sacó su libreta de música; tenía una melodía en la mente que necesitaba plasmar cuanto antes en el pentagrama, una melodía inspirada en Zoe, su vida, y que estaba deseando tocar en cuanto llegase a su

casa el lunes. Esa melodía le venía rondando desde que al salir de su casa esa tarde, girase la cabeza y viera la puerta de la casa de Candela. Multitud de recuerdos de su niñez le asaltaron, agolpándose unos con otros para ser los primeros, y la música apareció con la misma precipitación, pues era su mejor forma de expresarse cuando no sabía decir con palabras lo que sentía.

Hasta que no hubo plasmado todo lo que le estaba torturando en los pentagramas, no pudo apagar la luz y echarse a dormir.

El fin de semana pasó más lento de lo que hubiese deseado. Todavía se sentía enfadado con Zoe; de pronto había recordado que la chica no cumplió la promesa que le hizo, y eso le dolía tanto como dieciséis años atrás. Por eso no le cogió el teléfono ni contestó a ninguno de sus mensajes.

El concierto estuvo sublime, y las felicitaciones llegaron en forma de cumplidos, invitaciones a comidas, cenas y fiestas durante el resto del sábado y el domingo. En el hotel se cruzó con Electra y con su hermano cuando salía hacia la gala que habían organizado en su honor, y no entendió por qué la mujer le giró la cabeza, pero tampoco le importó.

Por fin, el lunes por la mañana se dirigió al aeropuerto para coger el avión que le llevaría de vuelta a casa, donde podría seguir componiendo y tocando su piano, en la tranquilidad de su hogar, lejos de toda aquella gente a la que, por más que lo adulasen, no conseguía entender.

Zoe estaba impaciente por que llegara su vecino. Se miró al espejo del cuarto de baño y se dijo a sí misma: «Y la princesa se convirtió en rana. ¿Qué esperabas?, ¿eh?, ¿qué? ¿Llegar y que Gabriel cayera a tus pies como si estos dieciséis años nunca hubiesen pasado?, ¿volver a su vida como si nunca hubieses salido de ella? ¿Creías que te estaría esperando todavía?, ¿acaso tú pensabas en él mientras estabas con Nick?, ¿acaso tú volviste con él en cuanto pudiste? No, te quedaste en Nueva York como una cobarde, por miedo a que te comparasen con tu madre decidiste hacer tu vida muy lejos de aquí, ¡por miedo a que te rechazase y que no creyese tu palabra estuviste fuera de su vida durante dieciséis jodidos años!».

—¡¡Aaarrggghh!! —gritó, tirando el vaso de los cepillos de dientes al suelo.

Helena no tardó en entrar en la habitación, asustada.

—¿Qué pasa? —preguntó viendo a su madre sujetándose en el lavabo,

intentando contener la ira.

—Que qué pasa... —susurró Zoe—. Es tan similar a su padre, que viendo que estoy encolerizada pregunta qué pasa, en lugar de qué me pasa.

—Mamá, ¿has gritado tú? —Helena seguía a lo suyo, sin escuchar los murmullos de su madre, que no le interesaban si no iban dirigidos a ella—. Sabes que no soporto los gritos. Encima de que me traes aquí a la fuerza, ¿gritas? ¿Es que quieres que me dé un ataque?, ¿es que no me has amargado la vida ya bastante?

—Sí, cariño, he gritado yo —contestó Zoe, incorporándose e intentando ignorar los comentarios acusatorios de su hija *aspie*—. ¿Podrías hacer algo por mí? —le preguntó con tono conciliador.

—¿El qué? —Helena no estaba dispuesta a hacer nada por la persona que le había jodido la vida, pero aun así, preguntó.

—¿Qué estabas haciendo?

—Jugando con el móvil.

—¿Podrías sacarte una silla a la calle, seguir jugando allí y estar pendiente de si Gabriel sale de casa?

—No me apetece, en la calle hace mucho calor.

—Por favor, hazlo por mí, ¿de acuerdo? —suplicó Zoe.

—Está bien —aceptó la hija al fin—. Si sale, ¿qué tengo que hacer? —preguntó a regañadientes.

—Decírmelo enseguida, yo estaré a tu lado.

—¿Entonces por qué no te sacas la silla tú?

—Porque a mí no quiero que me vea.

—No te entiendo. Eres muy rara, ¿sabías? —advirtió Helena mientras salía del cuarto de baño.

Casi dos horas después, Helena gritó el nombre de Gabriel al verlo salir de su casa, y el pianista, al escucharlo, se giró y al verla sentada en la calle se dirigió hacia ella.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó.

Zoe corrió a la puerta, pensando en salir a la calle e ir en busca de su vecino, y se quedó inmóvil cuando lo vio hablando con su hija. Desde luego esperaba que Helena fuera hasta ella y le dijera que lo había visto salir, no que gritara su nombre en plena calle, pero con su hija nunca se sabía qué podía pasar.

—Mi madre me ha pedido que la avisara si te veía salir de casa —contestó

la adolescente.

Zoe quiso que se la tragase la tierra. Su intención era haberlo parado en la calle, donde no esperaba que rechazase hablar con ella, y haberle pedido perdón en persona, ya que había ignorado sus mensajes. Tenerlo allí delante no hizo más que ponerla nerviosa y notó cómo su pulso se aceleraba.

—Gabriel, yo..., necesito hablar contigo —dijo por fin.

—Ahora no puedo hablar. He quedado con el director de la banda de música y si me entretengo hablando contigo llegaré tarde.

—Está bien. ¿Crees que podremos hablar cuando vuelvas?, ¿te apetece comer con nosotras? Mi abuela está preparando un cocido de los suyos, ya sabes, poco condimento y nada de grasa. —Gabriel la miró extrañado y ella rectificó, poniendo los ojos en blanco—. Quería decir todo lo contrario. ¿Vendrás?

—No puedo, tengo mucho trabajo.

—Gabriel, yo solo quiero pedirte que me des otra oportunidad. Perdóname por no haber vuelto cuando te dije que lo haría, pero tuve mis motivos. Por favor, ¿serás capaz de hacerlo?

—Sí. Ahora tengo que irme. Odio ser impuntual.

—Gracias —apremió Zoe, viendo cómo se marchaba a paso acelerado, con su pantalón vaquero por la rodilla y la camiseta verde camuflaje que se le acoplaba a su enorme cuerpo. Estaba tan *sexy* que no podía contener la respiración, ¿cómo el resto de las mujeres no se daban cuenta?, ¿o tal vez sí lo hacían y ella estaba suponiendo que Gabriel seguía siendo el joven incomprendido del colegio?



*El futuro tiene muchos nombres:  
para los débiles es lo inalcanzable;  
para los temerosos, lo desconocido;  
para los valientes es la oportunidad.*

Víctor Hugo

*Chulilla, julio de 2001*

El pueblo estaba repleto de carteles anunciando la llegada del director de cine norteamericano, Peter Coleman. Zoe y sus amigas estaban impacientes por que llegase la compañía de cine, iban a grabar escenas de la próxima película del director en el río y no querían perderse nada. A Gabriel todo aquello le traía sin cuidado. Él seguía con su música, su piano y sus composiciones, deseando terminar su carrera en el conservatorio para poder ejercer y ser profesional.

Dos semanas después, el pueblo parecía otro. Habían extremado la seguridad triplicando la policía en las calles, la entrada al río estaba cortada por vallas metálicas y entre las proximidades apenas se escuchaba a nadie hablando español.

Una mañana de julio, Zoe y sus amigas, Ana y Edurne, salieron temprano para colocarse las primeras en la valla desde donde estaba permitido mirar a los actores. Hasta entonces, había ido a varias audiciones en Valencia, pero no la habían llamado de ninguna, haciendo que cada vez su ánimo fuese cayendo en picado, y que sus metas empezaran a transformarse en proyectos más alcanzables como ser administrativa o algo similar.

—Chicas, si subís aquí arriba lo veréis todo mucho mejor —alentó Zoe a sus amigas a que hicieran lo mismo que ella.

—Zoe, cuidado, la valla se va a vencer si te subes ahí —advirtió Edurne, la más precavida de las tres.

—¡Qué va! Esto aguanta. Vamos, subid conmigo.

Las chicas, indecisas, la imitaron, haciendo que la gente que tenían detrás, al ver el hueco libre en el suelo, se agolpara hacia ellas y ocupara el espacio en el que antes estaban.

—Oh, Dios, dime que me amas, por favor. No me dejes ahora que estoy embarazada, después de todo lo que he hecho por ti. ¿Acaso no está todo permitido en el amor y en la guerra? —imitaba Zoe a Amanda Washington,

protagonista de la película que estaban rodando a escasos metros.

Ana y Edurne reían con ella, quien en ese momento había dado la espalda al lugar en el que se estaba rodando, sin darse cuenta de que un hombre con malas pulgas se acercaba hacia la valla.

—Te lo suplicooooo... —Zoe hizo como si llorase, tan bien que hasta Edurne creyó que lo estaba haciendo de verdad.

—Zoe, ¿qué te pasa?, ¿estás bien?

—No, Karen, este hombre me odia solo porque engañé a Andie haciéndole creer que él ya no la amaba, que me quería a mí, y eso que solo lo hice por amoooooor —sollozó la joven, siguiendo con su imitación.

En ese momento la gente que tenían detrás, al ver quién era el hombre que se les acercaba, se abalanzó sobre la valla, haciendo que las chicas, que estaban sentadas sobre ella, cayeran al suelo por la parte de dentro de la escena.

—¿Estáis locos o qué? —gritó Ana, molesta porque se había hecho daño al caer.

El hombre se acercó a ellas con el ceño fruncido y las observó, intrigado por conocer a la joven que había imitado tan bien a Amanda en la película *No me digas que no me amas*.

—¿Qué pasa? —preguntó Zoe al levantarse del suelo—. Este es mi pueblo, tengo derecho a pisar por donde quiera.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el director en español, aunque con un acento que no dejaba lugar a dudas sobre su lugar de procedencia.

—Zoe, Zoe Abascal. ¿Y usted es? —Zoe sabía que estaba delante del mismísimo Peter Coleman, había leído mucho sobre él y lo había visto en infinidad de revistas, pero quería hacerse la interesante y no se le ocurrió otra forma mejor de llamar la atención.

—Soy Peter Coleman. Todo este tinglado es por mi culpa. Siento si estamos invadiendo tu espacio, pero solo estaremos unos días —se justificó el norteamericano pese a que no tenía por qué hacerlo, solo porque el desparpajo de la joven lo había dejado alucinado.

—No hay problema —dijo la chica, moviendo la mano y mostrando en su rostro un gesto aprobatorio ante el comentario del director—. La verdad es que al pueblo le hace falta algo de diversión de vez en cuando.

—Pues me alegro entonces. Oye, estaba dirigiéndome al pueblo para tomar un café, ¿crees que podrías acompañarme? ¡Necesito un respiro de tanto incompetente! —exclamó, demostrando por qué momentos antes se le había

visto enfadado.

—¿Quiquiquién?, ¿yo? —tartamudeó Zoe; eso sí que no se lo esperaba.

—Sí, tú. Me gustaría que me contases quién te ha enseñado a interpretar.

—¿A mí? —Ana le dio un empujón a su amiga para que reaccionase; estaba empezando a parecer estúpida y no podía consentirlo.

—Sí, claro, estoy hablando contigo.

—Por supuesto. Le acompaño encantada.

—Vosotras podéis sentaros por aquí, si os apetece —señaló dirigiéndose a sus amigas, dándoles a entender que por estar con Zoe, no le importaba que se quedaran a ese lado de la valla.

Salieron, ayudados por un par de policías, de entre la muchedumbre, dejando a las chicas encantadas de tener mayor espacio y mejor visibilidad que nadie.

Zoe subió al coche de Peter y llegaron a la plaza del pueblo en silencio; ella porque toda la valentía que había sacado en el río de repente se había esfumado; y él porque prefería empezar a interrogarla cuando estuviesen sentados delante de una taza de café.

—¿Y bien? —preguntó Peter, recordando que la primera pregunta ya se la había planteado en el río.

—¿Cómo dice?

—Oh, si vamos a trabajar juntos, será mejor que me tutees.

—¿Trabajar juntos?

—¿Cada vez que te diga algo me vas a contestar con una pregunta? Eres una chica muy extraña, ¿sabías? ¿Cuántos años tienes?

—Acabo de cumplir dieciocho.

—¡¡Bien!! —exclamó el director.

—¿Bien?

—En primer lugar, he dicho bien porque así no tengo que preocuparme de andar pidiendo permisos paternos para sacarte de España, y en segundo lugar... Bueno, me había alegrado de que por fin no me contestases con otra pregunta, pero has vuelto a hacerlo —contestó Peter, poniendo los ojos en blanco.

—Lo siento, pero es que no entiendo nada...

—Está bien... Sé que cuando me fijo en alguien soy demasiado directo y no doy tiempo a que la persona en cuestión asimile lo que pretendo. Tal vez al escucharte imitar a Amanda he supuesto que eras actriz y me haya precipitado. Empecemos de nuevo, ¿vale?

—Sí, claro.

—Me llamo Peter Coleman, soy director de cine, y al verte he encontrado lo que estaba buscando para mi próxima película. ¿Me he explicado bien ahora?

—Sssssí.

—¿Dónde has estudiado arte dramático?

—La verdad es que yo... —Zoe estuvo a punto de contar que era autodidacta, pero se mordió el labio y cambió de idea—. En el Teatro Escalante, en Valencia.

—¿Desde qué edad llevas actuando?

—Desde los cinco años. —En ese momento pensó en la edad que tenía Gabriel cuando empezó a tocar el piano, y fue lo primero que se le ocurrió.

—¿Has protagonizado alguna película española?

«Tierra, trágame ya, por favor», pensó Zoe.

—La verdad es que hasta ahora siempre me he decantado más por el teatro que por el cine. Si actuara para ti, sería mi primera vez.

—Bien... —Peter la miró a los ojos y se perdió en el color avellana de sus iris. Según como le diera la luz, se veían de un tono verde aceituna o miel. Eran preciosos—. ¿Además de actuar sabes hacer alguna otra cosa?

—Llevo cantando desde pequeña en el coro de la iglesia y me defiendo bailando.

—Habría que verlo —opinó el director, poniéndose una mano sobre la barbilla mientras la miraba con atención—. Ahora viene la parte más importante de la entrevista...

Zoe se puso tensa, preocupada por lo que podría preguntarle a continuación.

—¿Estarías dispuesta a viajar a Nueva York cuando yo te lo pidiese? Mi próxima película la voy a rodar en Manhattan, pero no será hasta dentro de unos meses.

—Yo..., supongo que sí, pero... —Zoe agachó la cabeza, dándose cuenta de que sus metas de nuevo se iban a ver truncadas por el mismo motivo de siempre: la falta de dinero para llevarlas a cabo—. No puedo permitirme un viaje tan caro. Vivo con mi abuela y apenas le da para que pueda bajar a Valencia cuando lo necesito.

—Por eso no has de preocuparte, yo correría con todos los gastos.

—¿De verdad? ¡No me estarás tomando el pelo! —advirtió Zoe, dudosa. Era increíble que aquel hombre a quien acababa de conocer le estuviese proponiendo darle un papel en nada menos que Nueva York. Llevaban años

rechazándola en todas las audiciones a las que había ido: demasiado alta, demasiado flaca, demasiado grandes los ojos, demasiado joven, demasiado mayor, etc.; y ahora, un director de cine norteamericano que empezaba a triunfar en la gran pantalla, ¡¡le estaba proponiendo un papel!!

—Claro que no, yo no bromeo con estas cosas. Dime, ¿te gustaría ser la protagonista de mi siguiente película?

—¿Protagonista? —Zoe vio cómo Peter ponía de nuevo los ojos en blanco y se sintió estúpida, pero ¡es que aquello era lo último que esperaba! Así que gritó un «¡¡Me encantaría!!» que hizo que todos los que se encontraban en el bar, que ya estaban bastante intrigados por la presencia del director allí, se girasen para mirarla con descaro.

—Perfecto, te espero esta noche en la carpa del Balneario, a las nueve en punto. Tendré que hacerte alguna prueba para saber cómo cantas y te presentaré al productor Steven Connelly. ¿Algún problema?

—Nnnno.

—Bien, tengo que seguir trabajando. Te espero esta noche.

Peter se levantó de su silla, se dirigió a la barra y pagó los dos cafés que habían tomado mientras Zoe pensaba en cómo hacer para esa noche coger el coche de su abuela sin que se enterase. No se había sacado el carnet de conducir todavía y sabía que de pedírselo no se lo dejaría. Tendría que ingeniárselas para irse de la casa con el Volkswagen sin que Candela se percatase, pues al Balneario, de noche, no había otro modo de ir.

*La peor forma de extrañar a alguien  
es estar sentado a su lado  
y saber que nunca lo podrás tener.*  
Gabriel García Márquez

*Chulilla, agosto de 2017*

Gabriel llegó a un acuerdo con el director de la banda de música de su pueblo. Dirigiría a la banda los últimos domingos de cada mes, a no ser que tuviera otro compromiso, para atraer turismo al pueblo, a cambio de que en la Escuela de Música se dieran clases gratuitas un día a la semana para los niños que no se las podían permitir por falta de recursos. Para Joaquín Muñoz, ceder su cargo un día al mes a un compositor famoso era todo un privilegio; es más, solo el hecho de que siguiera viviendo allí era para sentirse orgulloso, pues de vez en cuando acudía algún visitante, fan del pianista, con la excusa de hacer senderismo por la zona pero con el mero propósito de encontrarse con el gran Gabriel Belmonte.

Cuando salió del auditorio se sentó en una cafetería de la plaza y pidió un café con leche. No podía quitarse de la cabeza la conversación que había mantenido hacía apenas una hora con Zoe. Por muy enfadado que estuviera con ella, no podía ignorar que durante toda su vida ella había sido la persona que siempre había estado a su lado, su única amiga, quien poco a poco fue convirtiéndose en algo más. Ahora ella estaba sola en un pueblo que apenas conocía; las cosas habían cambiado mucho en dieciséis años, y las que habían sido sus amigas ya ni siquiera iban por allí a visitar a la familia que les quedaba.

Sacó el móvil de su bolsillo y buscó en la agenda el número de Zoe.

—¿Gabriel? Hola —contestó ella, excitada al ver la llamada.

—Estoy en la cafetería de la plaza, ¿puedes venir?

—Sí, claro. Dame cinco minutos.

—De acuerdo.

Zoe se miró en el espejo para comprobar que no llevaba el pelo demasiado mal. Por suerte estaba vestida porque esa mañana había salido temprano a comprar el pan; intentaba ayudar cuanto podía a su abuela, pues además de estar mayor, no quería que ella y su hija supusieran una carga para la anciana. Le ordenó a Helena que no saliera de la casa sin el permiso de Candela, y que

si lo hacía, pasara por la plaza para avisarla de dónde iba a ir.

—No tengo a nadie con quien salir, y ya me he cansado de dar vueltas por el pueblo yo sola. Esto es un asco —espetó Helena. Hacía días que había vuelto a su estado de ánimo habitual desde que habían llegado al pueblo. La visita al Oceanográfico ya se le había olvidado, y de nuevo echaba de menos su vida en Manhattan.

—Cariño, en cuanto empieces el instituto todo cambiará —la animó su madre, sentándose en la cama junto a ella—. Conocerás gente, harás amigas... Ya verás como acabará gustándose esto, la tranquilidad con la que vivimos aquí no la hemos tenido en Nueva York jamás.

—Noo, odio vivir aquí, esto es un asco y te odio a ti por haberme traído. Lo único bueno que tiene es que he conocido a mi bisabuela, pero morirá pronto y entonces ¿qué tendré aquí? Te odioooo —gritó Helena, haciendo que Candela, que estaba en la cocina empezando a preparar la comida, acudiera a la habitación.

—Helena, no digas eso de la yaya. Además, me tienes a mí, ¿es que no cuenta?

—Tú cuentas uno, yo necesito más. Y solo digo lo que es verdad. La abuela va a morir y entonces lo único bueno del pueblo desaparecerá.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Candela al llegar, preocupada por si a su biznieta le daba uno de sus ataques.

—Nada, yaya. Helena me reprocha haberla traído al pueblo, nada nuevo.

—Cariño, tranquilízate, la yaya está aquí contigo —intentó consolarla la anciana, abrazando su cuerpo y pegándolo contra el suyo.

—Abuela, tú no estarás siempre, y yo no quiero vivir aquí si tú no estás.

—¿Quién dice que no estaré siempre? ¿No sabías que hace unos años tomé un elixir que me hace inmortal? —bromeó Candela.

—¿En serio? —preguntó Helena, creyendo lo que le decía.

—Claro, cariño. No te preocupes por que me vaya a ir a ninguna parte, porque no lo pienso hacer, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Una vez Helena se hubo calmado, madre y abuela salieron de la habitación, dejando a la adolescente en la cama jugando con su teléfono móvil.

—No deberías haberle dicho eso —opinó Zoe.

—¿El qué? —preguntó Candela, confusa.

—Lo de que no te irás nunca. Sabes cómo se pondrá el día que faltes... Ella

es como Gabriel, es incapaz de pensar que lo has dicho solo para tranquilizarla.

—Lo siento, cariño, solo quería que se calmase.

—Lo sé, yaya, pero no sabes lo difícil que es criar a una hija a la que no puedes decir mentiras piadosas, porque si acaba descubriéndolo las consecuencias son peores que haberle dicho la verdad desde el principio.

—Intentaré hablar con ella más tarde, dejemos que se le pase un poco.

—Está bien. Voy a salir un momento, ¿vale? No creo que quiera ir a ningún sitio, pero si lo hace, que pase por la plaza y me diga dónde estará.

—Muy bien, cariño. ¿Has quedado con Gabriel?

—Sí, yaya. Deséame suerte.

—Suerte, mi niña.

Zoe salió corriendo y llegó a la cafetería de la plaza, sofocada. Gabriel la miraba con el ceño fruncido, molesto porque llevaba esperándola casi veinte minutos.

—Me has dicho que tardarías cinco minutos y llevo esperando exactamente dieciocho minutos y veinticinco segundos —indicó Gabriel mirando su reloj de muñeca.

—Lo siento, todavía llevo el horario de Nueva York —quiso bromear Zoe mientras se sentaba junto a él.

—El horario de Nueva York es con seis horas de diferencia, no entiendo lo que quieres decir.

—Olvídalo, ¿vale? He tenido un problema con Helena y debía solucionarlo. Sé que odias la impuntualidad, pero ¿podrás perdonarme por esta vez?

—Sí.

Zoe lo miró a los ojos, esos que él solía tener perdidos pensando en sus cosas, y esperó a que le preguntase qué le había pasado con su hija. En lugar de eso, Gabriel fue directo al grano, sin darse cuenta de que lo correcto habría sido interesarse por Helena:

—Te he hecho venir porque antes me has dicho que querías hablar conmigo y porque he decidido que podemos ser amigos.

—¿Amigos? —preguntó Zoe, un tanto desilusionada porque habría querido algo más.

—Sí.

—Entonces, ¿me perdonas por no haber vuelto cuando te dije que lo haría?

—Sí. Tú ahora no tienes a nadie, me necesitas, y yo quiero devolverte el



favor que me hiciste a mí cuando era adolescente.

—O sea, ¿que solo quieres ser mi amigo por hacerme un favor? Pues que sepas que yo nunca estuve a tu lado con esa intención. Lo hice porque me gustaba estar contigo, no por auxiliarte ni nada parecido. —Zoe estaba tan molesta que estuvo a punto de irse de allí, pero sabía que si lo hacía, perdería la oportunidad de hablar con Gabriel, y todavía no estaba preparada para volver a alejarse de él.

—No quiero ser tu amigo solo por eso. ¡Mierda! —Zoe abrió mucho los ojos al escuchar esa palabra de la boca de su amigo, siempre tan correcto en su forma de hablar. Jamás había escuchado una palabrota saliendo de sus labios, pero es que en ese momento, al pianista le enojaba no saber cómo hacerle entender a Zoe que deseaba estar a su lado, porque así era como lo sentía—. Quiero que seamos amigos, olvida todo lo demás, ¿de acuerdo?

—Entonces, ¿no estarás conmigo solo por lástima?

—No. Tú sabes que yo no hago nada que no quiera hacer. Nunca he actuado por lástima hacia nadie ni movido por ningún interés.

—Lo sé. —Zoe se perdió en los ojos verdes de Gabriel pensando únicamente en las ganas que tenía de besar sus carnosos labios—. Estás muy guapo, los años te han tratado bien —afirmó.

—Eso me dicen las mujeres que quieren acostarse conmigo. Tú también estás muy guapa.

—¿Y hay muchas de esas? —preguntó Zoe, mordiéndose el labio—. Claro que las hay, seguro que hacen cola para estar contigo, ¡estás muy bueno!

—Yo no veo ninguna cola.

—Entonces, ¿amigos? —Zoe tendió la mano hacia Gabriel, esperando que él la chocase, pero el pianista la miró sin saber qué hacer—. Vamos, chócala.

El compositor tendió su mano y en lugar de chocarla con la de Zoe, la sostuvo durante unos segundos durante los que le hubiese gustado mirarla a los ojos como una persona normal. Por el contrario, giró la cabeza y únicamente se deleitó con el roce de su piel, que ella cedía gustosa, pues era lo que más deseaba en el mundo.

—Gabriel, ¿crees que algún día podríamos retomar lo nuestro? —preguntó, con un nudo en la garganta.

—¿A qué te refieres?

—A si me darías la oportunidad de volver a formar parte de tu vida. —Zoe quería ser directa, pero temía la reacción que pudiera tener su vecino, así que

hizo lo que sabía que peor funcionaría con él: andarse con rodeos.

—Ya formas parte de mi vida.

—Me refiero a si podríamos volver a ser pareja. Novios, ya sabes.

—No lo sé. Y el padre de Helena, ¿qué?, ¿dónde está?

—El padre de Helena no sabe que es hija suya —se atrevió a confesar, indecisa porque no estaba segura de querer que Gabriel se enterase en ese momento de que Helena era suya. Había pensado que se lo diría cuando conociera más a la niña, cuando se llevaran tan bien y sintieran unos lazos tan profundos que para ninguno de los dos supusiera una traición que Zoe se lo hubiera ocultado a ambos durante tantos años.

Gabriel no supo qué decir. Miró su reloj y se dio cuenta de que se había hecho bastante tarde. Se levantó de la mesa y fue a la barra a pagar los cafés, seguido de Zoe, que no deseaba separarse de él.

—Oye, la semana que viene es el cumpleaños de Helena. No está llevando bien el cambio, y se me acaba de ocurrir que, si te parece bien, podríamos prepararle una sorpresa e ir a pasar el día al Oceanogràfic. La otra vez solo estuvimos una tarde y sé que se quedó con ganas de más. Así podría hacer que se sintiese mejor. ¿Qué te parece? ¿Querrías venir con nosotras?

—Sí —respondió el músico mientras guardaba la cartera en el bolsillo trasero de su pantalón.

De camino a sus casas no volvieron a hablar del cumpleaños de Helena, pero Zoe se sentía feliz porque había accedido y eso significaba pasar todo un día con él.

Gabriel habló sobre la melodía que le había compuesto ese fin de semana. Fue toda una sorpresa para Zoe, que no pensaba importarle tanto como para que hiciera algo así por ella, otra vez. Entusiasmada, le pidió que se la tocara, y como tenía vetada la entrada a su casa hasta que consiguiera hacer las paces con Rosario, quedó con Gabriel en que la avisaría esa tarde, cuando su madre saliera a andar con las amigas.

*Conservar algo que me ayude a recordarte  
sería admitir que te puedo olvidar.*  
William Shakespeare

*Chulilla, noviembre de 2001*

Los meses habían pasado de manera insólita para Zoe. Por un lado, los nervios y las ganas que tenía de viajar a Nueva York habían hecho que el tiempo fuera lento, pues no parecía llegar nunca el momento en el que su sueño de ser actriz se hiciese realidad. Por otro lado, saber que marcharse significaría dejar de ver a Gabriel hacía que cada vez que estaba con él el tiempo pareciera correr más de lo habitual, y eso la enfurecía, porque deseaba pasar cada segundo de su vida con él.

Antes de que la compañía cinematográfica se fuera del pueblo, Zoe conoció a todo el equipo, Amanda Washington incluida, quien resultó ser bastante simpática pese a que por ser una actriz consagrada, Zoe había pensado que sería una engreída. Además, Peter Coleman le consiguió una Green Card para que pudiera viajar a Estados Unidos a trabajar y formalizó las condiciones del contrato, asegurándole que tendría seguro médico, algo en lo que Zoe le había insistido mucho, ya que había leído que allí no había Seguridad Social y tenía miedo de que le pasase algo y que no quisieran asistirle.

Desde que se fueron, no dejó de estar en contacto por teléfono con el director; le había mandado el guion por correo y ya tenía el billete de avión. Le preocupó que fuera solo de ida, pero... ¿qué podía salir mal? Con lo que ganase interpretando su papel en la película ya compraría el billete de vuelta.

Gabriel, pese a que pasaba todo el tiempo posible con Zoe, estaba molesto porque iba a estar meses sin verla; eso lo enfurecía y hacía que no tuviera ganas de hacer nada cuando no estaba con ella. Dejó de tocar el piano a todas horas, dejó de componer. Solo acudía a sus clases en el conservatorio porque le gustaba conducir, y el hecho de ir a Valencia se había convertido en toda una distracción desde que se había sacado el carnet y su padre le había comprado un Seat Toledo de segunda mano para que no tuviera que depender de los rígidos horarios de La Chelvana, la línea de autobuses del pueblo.

Dos días antes de que Zoe se fuera, estaban viendo una película romántica en casa de Zoe cuando, de pronto, Gabriel cayó en la cuenta de algo que hasta ese momento no se había planteado.

—¿De qué género es la película en la que vas a trabajar? —preguntó, preocupado.

—Comedia romántica —respondió Zoe, emocionada.

—¿Como lo que estamos viendo? ¿Tendrás un protagonista masculino al que besarás?, ¿te acostarás con él también? —A medida que Gabriel se fue planteando todas esas preguntas en la cabeza y las fue soltando conforme llegaban, se fue enfureciendo al pensar que su novia fuera a hacer todas esas cosas.

—Claro que sí, pero sabes que en la televisión nada de lo que sale es real.

—No parecía fingido el beso que se ha dado esa pareja, se les ha visto hasta cómo metían la lengua dentro de la boca del otro —señaló, más alto de lo que en un principio había empezado a hablar.

—No sé cómo lo harán, supongo que me enseñarán a hacerlo, pero te aseguro que eso es todo ficción —explicó Zoe, convencida de lo que decía.

—No me lo creo, me estás mintiendo. Vas a besar al hombre con el que tengas que trabajar si te lo dice el guion, y tendrás que hacerlo bien para que sea creíble. ¿Y si te tienes que acostar con él?

—Oh, por favor, Gabi. ¡Eso sí que solo ocurre en realidad en las películas porno! ¿No ves que nunca se llega a ver del todo lo que hacen? Porque en realidad no ocurre nada.

—No lo soporto, no quiero que te vayas, quiero que rechaces el papel.

—Gabriel, no puedo hacer eso, ¡me voy dentro de dos días! Es mi sueño y lo sabes.

En ese momento entró Candela en la casa, después de dar un paseo por el pueblo con un par de vecinas, y los encontró discutiendo.

—¿Qué os pasa? No peleéis, que pronto estaréis separados y os echaréis de menos —les aconsejó. A ella tampoco le parecía bien que su nieta se fuera a la otra punta del mapa, pero era mayor de edad y sabía que no se lo podía prohibir. Al fin y al cabo, se iba a trabajar y le iban a pagar mucho; era la ocasión de hacer realidad su sueño, una oportunidad que no podía rechazar, mal que a ella le pesase su marcha.

—Zoe va a besar a otro hombre —dijo Gabriel, señalando a la chica con gesto acusatorio.

—Yaya, díselo tú. ¿Verdad que en las películas no se besan de verdad?

—Pues no sé, hija mía, la verdad es que sí parece que lo hagan.

—¡¡Pero no se besan de corazón!! —gritó, furiosa porque no la entendieran

—. Es todo ficción, lo hacen porque lo dice un papel, no porque deseen hacerlo.

—Da igual, besarás a otro hombre, y no me gusta. No quiero que lo hagas.

—Eres un egoísta. Llevo toda la vida dándote espacio a ti y a tu jodido piano, esperando a que decidieses dejar de tocar un instante para quedar conmigo, y ahora que soy yo quien va a cumplir un sueño, ¿me dices que no quieres? ¿Quién te crees que eres para decidir lo que tengo que hacer con mi vida?

—Tu novio, sososoy tu novio —tartamudeó el chico, poniéndose nervioso por momentos.

—¿Mi novio? Ni siquiera me has dicho jamás que me quieres, solo quieres a tu estúpido piano.

—Mi piano no es estúpido, lalalas cosas materiales no pueden ser esstúpidas —argumentó el pianista, acelerándose tanto al hablar que se le amontonaban las palabras.

Zoe lo miró entrecerrando los ojos, harta de que tuviera que replicar hasta cuando estaba enojada. Gritó fuerte, sabiendo cuánto le molestaría, y salió corriendo hacia su habitación, sin importarle el ataque que acababa de provocar en él.

—Vivaldi, Bach, Mozart, Beethoven, Wagner, Vivaldi, Bach, Mozart, Beethoven, Wagner... —Gabriel cayó sobre el sofá y se puso a enumerar a sus compositores favoritos por orden de nacimiento, como siempre hacía cuando se ponía extremadamente nervioso.

—Tranquilo, cariño, se le pasará —lo intentó animar Candela mientras se sentaba a su lado. Lo cogió de la cintura y lo pegó a ella, sin que él dejara de balancear su cuerpo, sin darse cuenta de lo que hacía.

—No quiero que bese a otro hombre. Vivaldi, Bach, Mozart...

—¿Qué más da lo que haga si ella de quien está enamorada es de ti?

—No quiero que bese a otro hombre —repitió.

Zoe no salió de su habitación hasta que escuchó que Gabriel se había marchado de su casa. Estaba enfadada porque le había hecho sentir culpable por lo que iba a hacer, cuando no era nada malo. Todas las actrices besaban a los protagonistas de las películas y no pasaba nada; si no lo hiciesen, no existirían las películas románticas. ¿Qué tenía de malo que ella hiciera su trabajo? Y además, ¿se creía él que por ese motivo insignificante iba a tirar por tierra sus sueños? Entendía que no era una persona común, siempre le

había gustado su sinceridad, su personalidad diferente; pero de ahí a que pretendiera que ella hiciese lo que él quería, iba un abismo.

Cuando bajó a cenar, Candela le habló sobre el ataque que le había provocado al chillar de la manera en la que lo había hecho, le recriminó su comportamiento infantil y le aconsejó que se disculpase si no quería perderlo.

En un principio Zoe se negó; pensaba que era él quien debía pedirle perdón a ella. Se sentó en el sofá que había junto a la ventana del comedor con la intención de ver un rato la televisión con su abuela y miró al exterior. Gabriel estaba en su habitación tocando el piano. Al parecer ya se había tranquilizado y estaba interpretando la última melodía que le había compuesto.

—Anda, ve —sugirió su abuela.

—Gracias, yaya.

—¿Por qué?

—Por ser como eres y por hacer que yo sea mejor persona.

Se puso su abrigo, salió de la casa y fue directa a la ventana de su novio. Sacó las llaves de su bolsillo y tocó con una de ellas sobre el cristal. Cuando Gabriel escuchó ese sonido tan familiar para ellos, se levantó de su taburete y corrió a abrirle la ventana. Zoe saltó al interior de la habitación y ambos se quedaron mirando.

—Estaba tocando tu canción —dijo el pianista.

—Lo sé, te he escuchado. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, tocar me relaja.

En ese momento la chica esperó que él le hiciese la misma pregunta, pero como sabía que no lo haría, le pidió que volviese a tocar para ella.

—Gabriel, quiero que entiendas que aunque me veas besar a otro hombre en la pantalla, mi corazón siempre estará contigo porque es a ti a quien amo —explicó cuando terminó de tocar.

—¿Quieres decir que será como si fueras un robot que hace lo que le ordenan, sin ningún tipo de sentimientos?

—Exacto. Como tú, por ejemplo.

—¿Como yo? Yo no hago eso, yo no finjo que beso a una mujer dejando que mi cuerpo esté en un lugar y mi cabeza y mi corazón en otro.

—Lo sé, pero me besas a mí y tampoco sé si me quieres.

El chico la miró preocupado. No sabía cómo expresar lo que sentía por ella, no sabía cómo demostrarle cuánto la quería. Lo único que tenía era su música, y hasta el momento estaba convencido de que con ella Zoe sabía cuánto la

quería. Se sentó de nuevo en su taburete y se dispuso a tocar. Entonces, ella, cansada de que le hiciera más caso al piano que a su persona, puso un pie sobre la silla de estudiar de su novio y subió encima del instrumento, quedando sentada sobre él.

—¿Qué haces? ¡Bájate de ahí, lo vas a romper! —gritó Gabriel, enojado.

—Sssshhhh, ¿acaso quieres que tus padres nos oigan?

—No, quiero que te bajes de mi piano.

—Estoy harta de que le prefieras a él antes que a mí, ¿no te apetece más hacer otra cosa que pulsar y pulsar las teclas? Si quieres tocar, yo te puedo proporcionar otras teclas para que lo hagas... —sugirió abriendo sus piernas por delante de la cabeza de Gabriel, mientras se agachaba para besarle el cuello.

—Tú no tienes teclas... —susurró él, dejando que la joven lo excitase con sus sensuales movimientos.

—Eso es lo que tú no sabes, porque todavía no las has descubierto. Mira, abre esta cremallera y encontrarás la primera —lo instó, mostrando la cinturilla de su pantalón vaquero.

Gabriel se puso en pie e hizo lo que su novia le pedía; bajó la cremallera y metió la mano por dentro de sus braguitas, excitándose sobremanera al notar lo húmeda que estaba.

—Si metes uno de tus dedos por ahí dentro, encontrarás la siguiente tecla —susurró Zoe entre gemidos.

Cogió a Gabriel de la camiseta y lo acercó hasta ella para besarlo; le deseaba tanto que no podía aguantar las ganas que tenía de él, así que sin más demora, le pidió que la bajase de allí y la llevase a la cama.

Cayeron sobre las sábanas entre besos y caricias, y con torpeza, Zoe sacó un preservativo del bolsillo de su pantalón. No tenían tiempo para desvestirse; en esa ocasión, con bajarse los pantalones tendrían bastante, no podían esperar más. Gabriel se colocó el condón y la penetró con fuerza, haciendo sentir a Zoe más viva que nunca, pues solo se daba cuenta de lo que él sentía por ella cuando estaba justo ahí, dentro, haciéndole sentir placer al extremo.

Estaban tan excitados, gimiendo ante cada embestida, que no escucharon los pasos que se aproximaban a la habitación, ni a Rosario abriendo la puerta.

—Gabriel, te tengo dicho que no dejes la puert... —Pero no pudo terminar la frase. Se quedó petrificada en el marco de la puerta, presenciando a dos jóvenes asustados por haber sido pillados, colocándose la poca ropa que se

habían quitado y sonrojándose ante tal bochorno.

—¿Se puede saber cómo has entrado en mi casa? —preguntó Rosario, hecha una fiera.

—Por la ventana —respondió Zoe, cabizbaja y avergonzada.

—¿Me puedes explicar qué he hecho mal contigo para que me hagas esto? ¿Acaso no me he portado siempre bien?, ¿no te he acogido cuando lo has necesitado?

—Sí, Rosario, yo...

—Vete de aquí, mala puta, y no vuelvas a pisar mi casa nunca más —gritó la madre.

Zoe salió corriendo de la habitación, pasando por su lado temerosa; abrió la puerta de la casa y corrió hasta la suya con lágrimas en los ojos.

Entró directa al comedor y se sentó de rodillas en el sofá; quería saber qué estaba pasando en la habitación de su novio, pero Rosario había bajado la persiana y era imposible verlo. Subió a su habitación y se metió en la cama, rompiendo a llorar como no lo había hecho hasta ese momento, ni siquiera cuando supo que no volvería a ver a su madre nunca más.

Estaba intentando dormir cuando de pronto el sonido de su teléfono móvil hizo que diera un brinco en la cama. Lo cogió rápidamente, intrigada por saber quién le escribía a esas horas, y sonrió al leer el mensaje que le mandaba Gabriel.

«¿Te gustaría venir mañana conmigo a Valencia? Quiero terminar lo que hemos empezado.»

«Me encantaría», escribió Zoe, con las manos temblorosas por la emoción.

«A las ocho saldré del garaje, estate atenta para subir al coche en cuanto me veas.»

«Ok. Hasta mañana. Te quiero», contestó la chica, pensando que ahora sí podría dormir tranquila.

A las ocho en punto, Zoe estaba en la esquina de la calle a la que daba el garaje de Gabriel. En cuanto asomó el morro del coche, corrió y se metió dentro, ocultándose bajo el asiento por si Rosario andaba por ahí y la descubría.

—¿Qué haces? —preguntó Gabriel al verla.

—Esconderme, no quiero que tu madre me vea.

—Mi madre está durmiendo todavía. Hoy no trabaja.

—Me extraña que no se haya levantado para supervisar que no te vayas sin



calzoncillos o algo así.

—Soy adulto, jamás he olvidado ponerme los *boxers* —protestó él, saliendo de la calle y poniendo rumbo a la ciudad.

Llegaron a Valencia y aparcaron en la Alameda. Desde ahí tenían que caminar unos veinte minutos hasta el conservatorio de música, pero era preferible a pagar un *parking* público, pues en el centro de la ciudad era imposible estacionar. Como Gabriel tenía clase a las diez, les dio tiempo a tomar café y le propuso a Zoe que se diera una vuelta mientras él estaba ocupado. La chica estaba feliz porque salía en contadas ocasiones del pueblo; ella no tenía ni carnet de conducir ni coche, y a no ser que tuviera alguna audición, tampoco tenía necesidad de ir a la ciudad.

Todavía no se podía creer que al día siguiente estaría cogiendo un avión hacia Nueva York. De no salir del pueblo, de repente iba a vivir en una de las ciudades más famosas del mundo. Estaba impaciente, excitada y triste al mismo tiempo, porque separarse de Gabriel era lo que más le iba a costar hacer en su vida.

Dos horas después estaba esperando a que su chico saliera del conservatorio para pasar con él el resto del día.

—¿Dónde vamos? —preguntó el pianista.

—No sé, tú eres quien me ha propuesto venir y el que está más acostumbrado a bajar a Valencia. Conoces más cosas que yo.

—Vale, en ese caso, daremos un paseo por el río.

Caminaron hasta el coche para que Gabriel dejase los libros de música que llevaba, y una vez en él, Zoe lo empotró contra la puerta y metió la lengua en su boca, para besarlo por todos los besos que no le daría cuando estuviera lejos. El chico se dejó hacer, excitándose por momentos; cada vez que aquella mujer se acercaba tanto a él y colocaba sus prominentes pechos sobre su cuerpo, sentía cómo el órgano de su entrepierna cobraba vida propia e intentaba escapar de su hábitat.

—Quiero terminar lo que mi madre no nos dejó hacer ayer. Vámonos de aquí —declaró Gabriel.

Subieron al coche y condujo hacia el pueblo; conocía un camino cubierto de árboles donde podrían parar el coche y dar rienda suelta a su deseo sin que nadie les viera ni molestase. Cuando llegaron, mantuvieron el coche en marcha con la calefacción puesta durante unos minutos porque hacía mucho frío, y empezaron a desnudarse con ansia. Zoe se sentó a horcajadas sobre su chico y

empezó a frotar su pubis contra él, haciendo que el deseo creciera tanto que por un momento Gabriel pensó que se le iba a parar el corazón.

—No puedo esperar más, Zoe. Quiero estar dentro de ti.

—Gabriel, lo que pasa es que esta vez no llevo condones. El de ayer era el último que me quedaba, ¿tú tienes?

—No —masculló entre dientes, porque si no penetraba a su novia cuanto antes, explotaría debajo de ella.

—No te preocupes, por una vez que no lo usemos no pasará nada.

—¿Estás segura?

—Claro, siempre hemos tomado precauciones. Por una vez... —Zoe cogió el miembro de Gabriel, que luchaba por no estallar, y lo introdujo dentro de ella, haciendo que sintiera el mayor de los placeres—. Mmmm, me gusta tanto esto... No sabes cuánto te voy a echar de menos.

—Sigo sin querer que te vayas —dijo él entre gemidos.

—Pero sabes que lo haré igualmente, cariño. Es mi sueño..., pero volveré... Te prometo... mmm... que volveré.

Media hora después, la pareja estaba refugiada entre los cristales empañados del coche. Seguían desnudos, Zoe encima de Gabriel, pegada a su cuerpo mientras escuchaba latir su corazón.

—Solo serán unos meses —comentó.

—¿Volverás para el verano?

—Eso creo. Si empezamos la película el mes que viene, supongo que para agosto estará terminada. Me dijo Peter que serían unos seis meses. Luego volveré a casa y solo tendré que viajar a Nueva York cuando sea el estreno.

—¿Me escribirás?

—Te escribiré y te llamaré por teléfono siempre que pueda. Toma. —Zoe se desabrochó un collar de plata que llevaba un colgante de una clave de sol; se lo había regalado su abuela su pasado cumpleaños. Sabía que a Gabriel le gustaba mucho, y quería que se lo quedara.

—¿Para qué me das esto?

—Quiero que te lo quedes de recuerdo. Así, siempre que lo lleves te acordarás de mí.

—Quédatelo tú, es un regalo de tu abuela y yo no necesito nada para acordarme de ti. ¿Tú necesitas que yo te dé algo para hacerlo?

—No, Gabi, yo voy a pensar en ti todos los días.

*En el corazón de todo arte grandioso  
hay una melancolía esencial.*  
Federico García Lorca

*Chulilla, noviembre de 2017*

Una vez Zoe matriculó a su hija en su antiguo instituto y la joven empezó las clases, empezó a sentirse más positiva ante lo que pudiera acontecer. Estaba convencida de que aunque a Helena al principio le costase adaptarse al cambio, porque para ella era tan difícil como para su padre entender a las personas, acabaría haciendo amigas. Al fin y al cabo, su hija era muy extrovertida, pese a ser *aspie* trataba de relacionarse con los demás, y al igual que en Manhattan se llevaba bien con toda la clase y tenía su grupo de amigas, en Villar del Arzobispo haría lo mismo.

Cada mañana la acompañaba, a su pesar, hasta la plaza, donde el autobús recogía a un grupo de estudiantes para llevarlos al pueblo de al lado, ya que en Chulilla no había instituto. Recordaba cuando ella misma tenía su edad y cada mañana lo esperaba junto a Ana y a Edurne, observando por el rabillo del ojo cómo Gabriel se apartaba para pasar desapercibido. Poco a poco fue ella quien se fue acercando, hasta que cambió a sus amigas por su compañía, pues desde pequeña se había sentido atraída por él.

La vida en la adolescencia no fue fácil ni siquiera para ella, que siempre pudo presumir de tener un buen físico y se juntó con la gente más popular del instituto. Cada vez que Gabriel se alejaba de ella, acababa saliendo con el primer guaperas que se lo proponía; pero cuando veía la mínima posibilidad de volver a estar cerca de su vecino, dejaba al novio en cuestión y se ganaba comentarios como: «Es igual de rara que él; Dios los cría y ellos se juntan; si ya sabía yo que algo raro le pasaba a esta tía; etc.» Pero a ella eso nunca le importó.

Ahora, esperaba que su hija no lo pasase demasiado mal. Siempre había intentado no ser tan absorbente con ella como lo fue Rosario con su hijo, pero eso no significaba que no se preocupase y lo pasase mal pensando que podría sufrir.

—Mamá, odio que me acompañes al autobús. Los demás se ríen de mí. Eres la única madre que lo hace.

—No se ríen de ti, cariño, se ríen de mí —intentó convencerla, porque no

deseaba dejar de hacerlo. Además, saliendo de casa a esa hora se encontraba con Gabriel sacando el coche del garaje para acudir a sus clases en el Conservatorio Municipal de Valencia, y aunque solo lo viera durante unos segundos y lo saludara con la mano, con eso tenía suficiente para pasar el resto de la mañana contenta.

Desde que celebraron el cumpleaños de Helena en el Oceanogràfic de Valencia, la adolescente había dejado de quejarse por todo; pero a pesar de que para Zoe fue un día inolvidable durante el que no se separó de Gabriel, la relación no había avanzado desde entonces, y eso la entristecía porque deseaba, por encima de todo, contarle que Helena era su hija. Si no daban un paso adelante, le sería muy difícil hacerlo.

Una vez vio que su vida estaba en orden, se decidió a preguntar por el pueblo si algún vecino necesitaba ayuda en sus comercios. Empezó por los bares, pues era donde tenía experiencia de camarera, y como en todos le decían que lo pensarían, siguió preguntando en las tiendas de comestibles, carnicería, e incluso en la peluquería; aunque no había estudiado el oficio, se ofreció para limpiar el local o lavar cabezas. El problema era que entre semana no es que hubiese mucha gente en el pueblo, los jóvenes se habían ido a Valencia a vivir y solo acudían los fines de semana, así que en ningún sitio tenían necesidad de ampliar la plantilla.

Un viernes por la mañana, su teléfono sonó y ella, preocupada por si la llamaban del instituto de su hija, descolgó precipitadamente.

—¿Zoe Abascal? Hola, soy Lorenzo, hablaste conmigo hace unos días; el dueño del restaurante La plaza.

—Sí, ¡hola! —saludó ella, eufórica.

—Te llamo por lo que me dijiste acerca de si necesitaba a alguien. Mañana tenemos un banquete y si te parece, estaría bien que nos echases una mano.

—Sí, claro, por supuesto. Tengo una hija de quince años, si necesitas ayuda también podría trabajar —propuso la joven, pensando en lo que podrían ganar si trabajasen las dos.

—Lo siento, pero no contrato a menores de dieciséis años.

—Está a punto de cumplirlos —mintió, pues hacía tan solo unos meses que había cumplido los quince.

—Lo siento, pero no me puedo arriesgar. ¿Te espero a ti mañana a las diez? Es una comida, pero hay que darle un repaso a la vajilla y preparar las mesas.

Te pagaré a nueve euros la hora, ¿te parece bien?

—Sí, perfecto. Allí estaré. ¿Qué ropa quieres que lleve?

—¿Tienes algún pantalón negro y camisa blanca?

—¡Es de lo que más tengo! —exclamó Zoe, risueña.

—Perfecto entonces. Hasta mañana.

Sabía que solo sería un día, pero con lo que ganase tendría suficiente para no tener que pedirle dinero a su abuela, por lo menos durante una semana. Bastante mal se sentía por tener que depender de ella a su edad.

Al día siguiente, a las diez en punto, Zoe entraba en el restaurante La plaza, nerviosa porque quería hacer bien su trabajo, que Lorenzo se llevase una buena impresión y tener la oportunidad de que la volviese a llamar en otra ocasión.

—Tenemos a toda la Banda Municipal del pueblo y a un invitado de honor, debemos colocar las mesas estratégicamente para que quepan todos y que Gabriel Belmonte se sienta a gusto —explicaba el dueño del restaurante a sus empleados.

En cuanto Zoe escuchó el nombre de su amigo, su cuerpo empezó a temblar. Aunque alguna vez tomaban algo juntos, no pasaban de una mera y fría amistad que a ella le dolía, pues lo sentía más distante que nunca, y eso no era lo que esperaba después de la conversación que mantuvieron en agosto. Además, pensó que tras el cumpleaños de su hija todo iría hacia adelante, y sin embargo, como él se pasaba la mayor parte del tiempo viajando, cuando se veían era como si hiciese siglos, y se interponía de nuevo la distancia de los dieciséis años que estuvo ella en Estados Unidos.

Le parecía extraña la manera en la que el pueblo trataba al compositor. Había pasado de ser el niño incomprendido y el adolescente marginado a ser toda una celebridad de la que la gente hablaba, sin al parecer recordar lo mal que se lo habían hecho pasar en los peores años de su vida. De todos modos, sabía que Rosario se sentía orgullosa de que por fin su hijo hubiese sido aceptado por sus vecinos; ahora era la madre de un grande, y si eso hacía feliz a Gabriel, Zoe también se sentía bien viendo el hombre en el que se había convertido.

Se le pasaron las horas volando, y cuando quiso darse cuenta, el restaurante estaba llenándose de músicos, funcionarios y empresarios que habían acudido allí para celebrar la fiesta de Santa Cecilia, la patrona de los músicos.

Llevaba unos botellines de cerveza en una bandeja, con sus respectivos

vasos, cuando lo vio entrar en el restaurante. Vestía un pantalón vaquero azul con algún que otro roto muy moderno, un jersey fino de color verde botella, a juego con sus ojos, y un abrigo negro hasta las rodillas. En cuanto la vio, antes de cumplir con sus colegas se dirigió hacia ella, haciendo que la bandeja le temblara; Zoe no esperaba que fuera a saludarla antes que a nadie y el corazón se le aceleró.

—Hola, Zoe, ¿qué haces aquí?

—Trabajar, ya ves —contestó ella, sonriendo.

—¿Estás trabajando de camarera? ¿Desde cuándo?

—Hoy solo. De momento solo me necesitan para esta comida, por desgracia.

—¿Por qué?

—Porque necesito trabajar, Gabriel. No es tan difícil de entender. —De pronto, Zoe se sintió mal y quiso alejarse de él. Además, si Lorenzo la veía parada le llamaría la atención, y eso era lo último que deseaba.

—¿Te he molestado?

—¡Sí!... No... No sé... —titubeó Zoe, sin ganas de explicarle lo humillada que se sentía en ese momento, teniendo que trabajar en cualquier cosa que le ofreciesen por no haber podido cumplir su sueño. Lo mejor sería que siguiera atendiendo a los clientes, o acabaría poniéndose a llorar y su jefe la echaría de allí por incompetente.

—Lo siento, no pretendía incomodarte —se disculpó Gabriel, haciendo que ella diera media vuelta para mirarlo, pues era de las pocas veces en las que con solo un gesto, el músico conseguía entenderla.

El pianista le estaba sosteniendo la mirada, pese a lo mucho que le costaba, y por un momento ella tuvo el impulso de soltar la bandeja y abalanzarse sobre él. Le deseaba tanto... Sin embargo, sonrió, le guiñó un ojo y llevó las cervezas a la mesa que se las había pedido.

Por el rabillo del ojo vio cómo su vecino saludaba a la gente, esa misma que años atrás lo había tratado como si fuese un bicho raro y que ahora lo adulaba. Zoe trató de adivinar qué estaría pasando por su cabeza. Era un hombre demasiado sincero y, además, a veces no sabía cuándo debía permanecer callado; se preguntó si esas personas se habrían dado cuenta de ello, o si alguna vez le habría soltado alguna impertinencia a alguno y por ser quien era él, se habían callado las barbaridades que años atrás le habrían dicho.

Media hora después ya habían llegado todos los asistentes, y empezaron a servir la comida. Mientras Zoe servía platos de paella en la mesa en la que

estaba sentado su amigo, no pudo evitar aguzar el oído para escuchar lo que Gabriel estaba contando.

—No podemos entender esta obra en cuestión de Wagner si no conocemos la historia de Tristán e Isolda. El amor imposible de esta pareja se asemejó a lo que vivió Wagner con Mathilde. La pareja de la Edad Media, aunque fuera a escondidas del rey Marc, esposo de ella, pudo saciar su amor; aunque no por eso dejaron de sufrir, pues sus vidas jamás se unirían en matrimonio. Esa historia inspiró al compositor de tal manera que la música refleja perfectamente el sufrimiento de los protagonistas, que murieron de amor el mismo día.

—¿Os imagináis que eso pasase en la realidad? Oh, mi mujer ya no me quiere, voy a morir —se burló un músico que estaba sentado cerca de Gabriel.

El compositor ignoró el comentario del trompetista y siguió hablando de Wagner, porque una vez empezaba a hablar de lo que le gustaba, no había quien lo parase.

—¿Zoe? ¿Te acuerdas de mí? ¡Marcos! —preguntó un chico a la camarera cuando ella se acercó a su sitio para servirle la comida.

—¿Marcos? Claro, ¡holaa! —gritó eufórica, con la mera intención de que Gabriel la escuchase y observar su reacción al verla con otro hombre.

—¡Cuánto tiempo sin saber de ti! ¿Has vuelto al pueblo?, ¿desde cuándo estás aquí? Me habría gustado verte antes.

—Volví hace unos meses, en verano. ¿Cómo te va?, ¿eres músico?, ¿en serio? —preguntó ella, tratando de recordar de qué conocía a ese tipo. Seguramente habrían ido juntos al colegio, incluso puede que al instituto, pero al joven apenas le quedaba pelo en la cabeza y los años no le habían tratado demasiado bien; era difícil adivinar de qué Marcos se trataba.

—Sí. No hace muchos años que entré en la banda, he encontrado mi vocación un poco tarde, aunque en realidad me dedico a la contabilidad. Oye, ¿te acuerdas del día en que faltamos al examen de matemáticas para enrollarnos en el patio del instituto? Éramos unos locos. ¡Quién me iba a decir a mí que acabaría siendo contable, ¿eh?!

—Sí, claro... —Marcos, ese chico del instituto con el que se lió un par de veces, cuando Gabriel dedicaba su tiempo a tocar el piano en lugar de querer estar con ella y, por despecho, se echaba a los brazos del primero que se le insinuaba. Desde luego había cambiado muchísimo, no recordaba haber tenido nunca tan mal gusto.

—¿Te gustaría que quedásemos algún día para tomar algo? —preguntó el músico, mientras ella tenía la cabeza todavía en su adolescencia y en los buenos momentos que pasó con Gabriel.

—¿Qué? Oh, no creo que pueda, estoy muy ocupada.

—Además de aquí, ¿trabajas en otro sitio? Vengo a menudo a tomar café y nunca te había visto.

—Porque he empezado hoy. Lo siento, yo... Tengo que seguir trabajando.

—Entonces, ¿un café al menos?

—No, no puedo, lo siento.

Zoe miró a Gabriel y lo vio conversando con sus compañeros de mesa. Seguía hablando sobre Wagner, esta vez sobre *El holandés errante*, y la camarera no pudo evitar sonreír al escuchar las calamidades por las que pasó el compositor durante su viaje a París una vez más, pues no recordaba en cuántas ocasiones lo había escuchado de su boca. Se dio cuenta de que Gabriel no había prestado atención a su conversación con Marcos, y se reprochó a sí misma haber pensado que lo haría. Él era un hombre metido en su mundo, y si en ese momento su universo eran sus compañeros de mesa y sus historias sobre los grandes compositores, seguramente ni se acordaría de que ella seguía ahí.

Al terminar la comida, Gabriel no se levantó de su sitio hasta que quedó el último invitado. Estaba haciendo tiempo porque quería volver a su casa paseando con su amiga cuando terminase de trabajar, y cuando no tuvo a nadie más con quien hablar, cambió la mesa por la barra y pidió una cerveza.

—Parece que al compositor le ha gustado nuestro bar —bromeó Lorenzo al pasar al lado de Zoe mientras recogían las mesas.

—¿Por qué le llamas así?, ¿no sabes quién es? —preguntó ella, cansada de que la gente actuase como si fuese otra persona solo por el hecho de que se había hecho famoso.

—¿A qué te refieres? Es Gabriel Belmonte, ¿qué más tengo que saber?

—Lorenzo, ¿te parecería impertinente si te preguntase la edad que tienes?

—No, claro. Tengo treinta y siete años —contestó él, sin saber por dónde iban los tiros.

—Seguramente estudiaste con nosotros, aunque fueras unos cursos por delante. ¿No recuerdas a Gabi?, ¿mi Gabi? En el pueblo todos nos conocemos, yo te recordé de vista en cuanto entré aquí el otro día. ¿Tú no me habías visto a mí antes?



—¿Tú eres la chica que se fue a Nueva York para ser actriz?

—Sí, la misma que viste y calza —contestó, cabizbaja. No le gustaba que fuera eso lo único que la gente recordase de ella, sobre todo porque las cosas no salieron como esperaba.

—Vaya, veo que no te gusta hablar de ello...

—No mucho, la verdad.

—¿Y qué me decías de Gabriel?

—Nada, olvídalo.

—Como quieras. —Zoe iba a tirar un cúmulo de manteles de papel a la basura cuando el jefe la cogió del brazo—. Oye, lo has hecho muy bien. Si vuelvo a necesitar ayuda, no dudaré en llamarte.

—Te lo agradezco, aunque estoy buscando algo estable.

—Veré qué puedo hacer —murmuró, sopesando si le interesaría contratar a una camarera a media jornada.

Ambos vieron cómo el pianista se les acercaba y Lorenzo mostró su mejor sonrisa. Deseaba que ese hombre le hiciese buena publicidad; aunque en el pueblo todo el mundo conocía su forma de trabajar, no estaría de más que él atrajese a gente de fuera.

—Zoe, ¿te queda mucho? —le preguntó a su vecina.

—¿Qué? No lo sé. Tenemos que terminar de limpiar.

—Por mí no te preocupes. Si quieres irte ya, te pago las horas que has trabajado sin problema —le dijo Lorenzo.

—¿Seguro?, ¿si me voy no te echarás atrás en eso que has dicho que vas a mirar? —preguntó ella, indecisa. Necesitaba trabajar y no deseaba perder ninguna oportunidad que se le presentase.

—No, tranquila. Si Gabriel te está esperando, por mí podéis iros.

—Pues gracias..., por todo —le dijo con sinceridad Zoe.

Una vez ella hubo cobrado sus horas, salieron del restaurante y empezaron a caminar hacia sus casas. La chica estaba impaciente por saber por qué la había esperado, así que no se anduvo con rodeos y se lo preguntó. Para Gabriel era todo mucho más sencillo que para las personas neurotípicas: si le apetecía pasar un rato con ella, lo hacía, sin pensar en los motivos. Era así de fácil, nada más.

—Gabriel, ¿tú eres feliz? —preguntó ella mientras paraba en el camino—. ¿Has conseguido todo lo que deseabas en la vida?

—Un día lo conseguí, pero se fue muy lejos y dejé de tenerlo —contestó.

Zoe se ruborizó al pensar que estaba hablando de ella. Para ser un hombre a quien le costaba expresar lo que sentía, en ese momento le acababa de declarar lo más bonito que jamás nadie le había dicho en su vida.

—Sabes que podrías volver a tenerlo, ¿verdad? Si es que todavía lo deseas... —insinuó ella.

—Nunca he dejado de desearte, pero no sé si ahora tengo tiempo para ti. En unos días me voy a Florencia a dirigir a la Orquesta Sinfónica y no sé cuándo volveré —explicó sin mirarla a la cara, pues de hacerlo sería incapaz de decirle esas cosas.

—Creo que podré esperar. Gabriel, yo no he estado completa desde que me separé de ti. ¿Recuerdas esa película de Tom Cruise que vimos cuando éramos críos? En ese momento me pareció algo muy romántico eso de «tú me completas», pero no lo entendí hasta que estuve lejos y sentí cómo te añoraba.

—Me temo que lo nuestro será tan complicado como la historia de Tristán e Isolda, amándose siempre pero separados el uno del otro.

—No tiene por qué ser así. Gabriel, ¿me dejas darte un beso?

—Sí —respondió él, permitiendo que Zoe se acercase y juntase sus labios, rememorando dieciséis años atrás, cuando no podían estar separados el uno del otro.

*Aquel que tiene un porqué para vivir  
se puede enfrentar a todos los «cómos».*  
Friedrich Nietzsche

*Manhattan, enero de 2002*

Desde que Zoe llegó a Manhattan había estado escribiendo a Gabriel a diario; en sus emails le contaba todo cuanto hacía a lo largo de la jornada. El momento de la noche, cuando por fin cerraba la puerta de la habitación del piso que compartía con Michelle Logan y Pierce Mackey, compañeros de reparto, en la 2th Avenue, era el mejor pese a lo excitante del día. Para ella era como si estuviese con su novio, como si le hablase al oído y le contase cada minuto que había pasado sin él. Además, apenas tenía un inglés básico aprendido en el instituto y le costaba hablar con sus compañeros de piso; se había aprendido los guiones de memoria, y aunque sabía lo que decía en cada momento, a menudo no entendía qué le estaban diciendo los coprotagonistas a ella.

Echaba tanto de menos a Gabriel que, a veces, incluso en pleno rodaje se sentía infeliz por no tenerlo a su lado. Aun así, sabía que estaba llevando a cabo el sueño de su vida y que solo serían unos meses separados, y eso hacía que sonriese y siguiera adelante, emocionándose con todo lo que descubría en la Gran Manzana.

Lo primero que llamó su atención, además de los interminables edificios que ya esperaba, fue Central Park. En las películas en las que lo había visto tantísimas veces jamás imaginó la superficie que en realidad el parque tenía. Cuando caminaba por allí con sus colegas, bromeaba diciendo que era casi tan grande como todo su pueblo.

Otra cosa que llamó su atención fue ver enormes bolsas de basura amontonadas en las calles, daba igual que fuera una calle sencilla como si era la 6th Avenue. No pudo evitar sonreír al pensar en que si Gabriel hubiese estado allí, le habría preguntado al primer norteamericano que hubiese visto cómo es que un país considerado la primera potencia mundial no podía gastarse un poco de dinero en poner contenedores en las calles de sus ciudades. Tendría que decirle que, por suerte, eso no era así en todo Nueva York.

Su vida se convirtió en un ir y venir de un sitio a otro. Allí todos corrían,

como si el mundo se fuera a acabar en cualquier momento, como si la vida les fuera en ello. Envuelta entre equipos de sonido, cámaras, actores y productores, escenarios a lo grande y más actores y patrocinadores; el día a día de Zoe se convirtió en un no parar, en el que el único tiempo que tenía entre descanso y descanso debía dedicarlo a aprenderse el guion.

Estar allí y poder ver con sus propios ojos las grandes pantallas que cubrían los altísimos edificios de Times Square, caminar por el puente de Brooklyn, pisar el complejo de edificios del World Trade Center, donde todavía había funcionarios recogiendo escombros del atentado del 11S, Broadway, etc. Todo aquello era un sueño hecho realidad que le habría encantado poder realizar con Gabriel, y se dijo a sí misma que cuando tuviera que volver para el estreno de la película, como habría cobrado por su trabajo, podría permitirse pagarle el viaje a su chico y llevarlo con ella. Con él todo sería diferente. Por eso, esos ratitos antes de irse a dormir en los que encendía el portátil que Peter le había regalado para poder estar en contacto las veinticuatro horas del día con ella, eran sus únicos momentos de descanso.

Gabriel, en sus correos, le decía lo que en persona jamás había sabido expresar. Descubrió que con la escritura podía exteriorizar sus pensamientos conforme le llegaban a la cabeza, conforme salían de su corazón, y cada tarde ansiaba la llegada de un nuevo email de Zoe para poder contestarle. Las clases en el conservatorio como profesor se estaban convirtiendo en un hastío sin ella, y cada día que pasaba restaba uno en el número mental que había imaginado que sería lo que tardaría su novia en regresar.

Dos meses después de llegar a Nueva York, Zoe empezó a sentirse enferma. Cada mañana se levantaba con ganas de vomitar, y lo achacaba a la comida basura que ingería desde que vivía allí y a la que no estaba acostumbrada. Sin embargo, pese a que se propuso hacer dieta y dejar de comer hamburguesas, perritos calientes y pizzas, las náuseas cada vez iban a más, incluso a lo largo del día. Era feliz, mucho; pero a veces pensaba si su estado de salud no podría deberse a la ansiedad que en ocasiones sentía por estar tan lejos de Gabriel. Sentía que no podía disfrutar de la experiencia al completo porque le faltaba lo que más quería en el mundo, pero trataba de guardárselo para ella porque sabía que si se lo decía a él o a su abuela, les haría sentir mal, y eso era lo último que deseaba porque, en realidad, aquello estaba siendo una experiencia inolvidable.

Una mañana estaba en Central Park rodando una escena para la película cuando en el momento en el que debía besar a John Montgomery, el protagonista masculino, olió en su aliento una mezcla de ajo y mostaza, y le dio tanta angustia que casi le vomita encima. Tenía mucho calor. Era enero y el frío calaba en los huesos de la gente, pero ella sintió que el abrigo le sobraba; empezó a sudarle la cara y a dejar de ver lo que sucedía a su alrededor. Lo siguiente que pudo ver fue a Michelle poniéndole trapos con hielo en la frente —que a saber de dónde habría sacado—, tumbada en un banco del parque.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Zoe en inglés.

—Te has desmayado —respondió la actriz—. Deberías ir al médico, llevas ya días así.

—¿Estás mejor? —escuchó que le preguntaba Peter, no de muy buen humor—. ¿Podemos continuar?

—Sí, claro. Estoy de maravilla —mintió la española, levantándose del banco y poniéndose en pie.

El resto del día no lo pasó demasiado bien, pero hizo esfuerzos por disimular lo mal que se encontraba porque no quería que Peter se molestase con ella. Por la noche se sintió tan cansada que no tuvo fuerzas ni para abrir el portátil; ese fue el primer día que no le escribió a Gabriel.

Cuando a la mañana siguiente amaneció sintiéndose igual, llamó a Peter y le pidió el día libre para ir al médico. Esperaba que no fuera nada, pero cuanto más lo demorara sería peor para todos, pues así no podía actuar en condiciones y notaba la ira en el director, todo un libro abierto cuando se alteraba porque las cosas no salían como deseaba.

Como iba por el seguro médico de la compañía cinematográfica, directamente la pasaron a enfermería y le hicieron analíticas de sangre y de orina. Dos horas después, estaba sentada frente al doctor, a la espera de los resultados.

—¿Cómo sigue, señorita Abascal?, ¿se encuentra un poco mejor? —preguntó el médico para romper el hielo.

—Un poco, pero las náuseas siguen ahí.

—Bueno, es normal en los primeros meses de embarazo. Si tiene suerte, en un mes más habrán desaparecido.

—¿Cómo dice? —gritó Zoe, frotándose los ojos por si ese día todavía no había despertado y estaba teniendo la peor de las pesadillas.

—No está enferma, Zoe. Solo está embarazada.

—Solo... —murmuró la chica, sin entender cómo había podido pasar algo así.

—Le voy a hacer un informe para la matrona. Diríjase con él al mostrador del pasillo y que le den cita con ella.

—Gra... Gracias.

Salió de la consulta arrastrando los pies. No podía creer lo que le estaba pasando, no podía pensar en qué pasaría con su vida a partir de ahora ni cómo se lo diría a Peter Coleman, pues en su estado ni siquiera sabía si podría terminar la película. Le pediría que la aplazasen hasta que tuviera a su bebé porque, si lo pensaba un poco, aunque era muy joven y jamás habría buscado algo así, aquello era algo maravilloso. El fruto del intenso amor que había vivido con Gabriel iba en camino y eso no podía ser malo, lo mirase por donde lo mirase.

Eso. Le pediría a Peter que cuando se le empezara a notar la barriga la sacara en pantalla solo de cintura para arriba, que cuando ella no pudiera seguir con su trabajo aplazara el rodaje hasta que tuviera al bebé, al menos las escenas en las que salía ella; y así, todo podría seguir como estaba previsto.

—¿Eres estúpida o qué pasa contigo? —fue la reacción del director cinematográfico cuando Zoe le expuso su estado y lo que había pensado al respecto—. Eres una puta cría que me ha engañado haciéndome creer que era adulta. ¿Embarazada? ¿Se puede saber de quién?

—Es de mi novio, el chico de mi pueblo.

—Eso, no eres más que una pueblerina que no sabe que existen modos de evitar los embarazos. ¡Y yo un puto gilipollas! —gritó—. Me he gastado un dineral contigo para traerte aquí y darte un lugar en el que vivir, todo porque me enamoré de tu cara bonita y tu desparpajo, y resulta que te traje preñada. *Oh, my God!* ¡Cómo he podido ser tan gilipollas!

—Peter, todo tiene solución. Esto no tiene por qué ser algo malo, yo sigo queriendo hacer el papel. La gente tiene familia y trabaja, ¿no?

—El papel, ya... El papel de una universitaria juiciosa que se enamora del salvaje de turno. En realidad deberías hacer el papel de zorra. Lárgate. No quiero tenerte delante, me asquea demasiado verte.

—Pero, por favor, Peter...

—Ya te llamarán para pagarte lo que se te debe. Encontraré a una actriz en su sano juicio que te sustituya y aprovecharé las escenas en las que no sales.

—Peter, piénsalo, por favor... —rogó—. Ahora estás demasiado enfadado, pero cuando te des cuenta de que tan solo ha sido un error...

—Largo de mi vista, no quiero volver a verte por aquí.

Zoe se marchó de allí y, sin saber cómo, llegó hasta su piso en la 2th Avenue, solitario en ese momento porque todos sus compañeros estaban trabajando. Se metió en la cama y rompió a llorar. De pronto no le parecía tan maravilloso estar embarazada. El fruto de su amor podría haber llegado más tarde, no en ese momento en el que no había hecho más que truncar sus ilusiones. Si volvía al pueblo ahora, con sus sueños tirados por tierra y embarazada, lo primero que la gente pensaría es que cualquier norteamericano la había preñado; incluso podrían creer que fuera de Peter, pese a que le sacaba casi veinte años. Si volvía en ese momento, dirían de ella que había salido a su madre, que la tuvo demasiado joven porque era una inconsciente, y que además de que no le prestó la atención que debería haberle dado de haber tenido el instinto maternal, gastaba cada céntimo en droga y alcohol, y por eso murió con tan solo veintisiete años.

No, no podía volver al pueblo hasta que triunfara en la gran pantalla. Seguiría adelante luchando por sus sueños, pese a su estado. Estaba segura de que alguien se fijaría en ella, esperaría a tener su bebé y trabajaría como actriz. Hasta que eso ocurriese, no podía volver, pero tenía algo muy importante por lo que vivir, por lo que luchar, y era su bebé. No podía decírselo a nadie del pueblo, ni siquiera a Gabriel, porque la distancia distorsionaba las cosas, así que debía dejar de escribirle; si le preguntaba por su vida no podría mentirle, sabía cuánto odiaba su novio la mentira, así que lo mejor sería callar y esperar. Esperar una oportunidad; esperar a que el tiempo le diese la satisfacción de poder regresar a su pueblo con la cabeza bien alta.

*A falta de perdón,  
deja venir el olvido.*  
Alfred de Musset

*Chulilla, diciembre de 2017*

Zoe estaba feliz porque por primera vez en dieciséis años iba a celebrar la Navidad con su abuela. Aquello era lo que más había echado de menos, además de a Gabriel. Aunque desde que conoció a Nick podía decirse que había tenido una familia, su cabeza siempre estuvo en otra parte, y no tenía más que mirar a su hija para darse cuenta. Ahora por fin había vuelto a su hogar, su abuela seguía allí, solo que un poco más mayor, y deseaba pasar una Nochebuena inolvidable.

Desde aquel beso el día de Santa Cecilia la relación con Gabriel había mejorado, aunque no al paso que ella deseaba. Quedaban alguna vez cuando el músico volvía de sus viajes y se besaban como si fueran críos, pero no habían pasado de ahí. Cada vez que Gabriel se marchaba a Florencia o a Madrid a dirigir, a Zoe se le creaba un nudo en el estómago que no la dejaba vivir hasta que regresaba. Sabía que las mujeres lo deseaban, él mismo se lo había dicho con esa sinceridad que siempre le había caracterizado, sin entender que lo mejor hubiese sido que no le contara algo así. Un día incluso el pianista le contó que se había acostado un par de veces con la hermana del violonchelista primero de la Orquesta Sinfónica de Florencia, pues la mujer lo acompañaba siempre a los conciertos, y eso a Zoe le creó unos celos enfermizos que hacían que cada vez que sabía que iba a dirigir esa orquesta su humor cambiase.

Una vez regresaba, lo interrogaba, a sabiendas de que él no le mentiría, y no porque no quisiera, sino porque no sabía hacer otra cosa. Solo se quedaba tranquila cuando escuchaba de sus labios que no había visto a Electra en esa ocasión, que se le había acercado pero la había rechazado, o que ni siquiera le había dirigido la palabra. Lo curioso es que Gabriel no entendía por qué aquella mujer se mostraba así con él desde que no quería acostarse con ella, algo obvio para Zoe, pero que decidió no explicar, pues prefería que no se diese cuenta de que Electra tan solo pretendía hacerse notar para que él cayera de nuevo a sus pies.

En esa fecha tan importante para todos, Zoe se planteó un nuevo reto: hablar con Rosario. No es que pudiera decir que tenía una relación con su hijo,



porque distaba mucho de lo que tuvieron cuando eran jóvenes, y sabía que solo ella tenía la culpa de que Gabriel se hubiese distanciado tanto; pero era lo más parecido a algo serio que su hijo había tenido en años y no quería que su madre le siguiese guardando rencor. Había pasado demasiado tiempo, y si quería estar cerca de él Rosario tendría que aceptarla en su vida, o de lo contrario le resultaría muy difícil. Y tampoco es que tuviera edad de estar entrando en su habitación por la ventana, como hacía cuando era más joven; pero si llegaba a ser necesario, no dudaba de que lo haría.

—A las seis estará mi madre en casa —anunció una tarde Gabriel, dispuesto a que las dos mujeres que más le importaban en el mundo hicieran las paces.

Zoe estaba muy nerviosa, debía mostrar su lado más humilde para que Rosario viera cuánto quería a su hijo, para que la entendiera. Al fin y al cabo, Gabriel, por muy *aspie* que fuera, ya tenía una edad y debía dejarlo vivir. Entonces recordó el día que discutieron madre e hijo porque él le comentó que algún día se casaría y se iría de casa. Definitivamente, aquella mujer no se lo iba a poner fácil.

Aun así, a las seis en punto Zoe estaba tocando al timbre de su casa, animada porque pasara lo que pasase, Gabriel estaría allí.

—Hola, Rosario, ¿puedo pasar? —preguntó cuando esta le abrió la puerta.

—¿Qué quieres?

—Me gustaría hablar contigo, si es que no te pillo en mal momento.

—Yo no tengo nada que hablar contigo, y ahora estoy muy ocupada.

—Rosario, por favor... —suplicó la joven sujetando la puerta para que no la cerrase, pues eso era lo que había empezado a hacer—. Sabes que no ganamos nada estando así. Hazlo por Gabriel, por favor.

—¿Por Gabriel?

—Mamá —escuchó que decía su hijo desde atrás—. Déjala pasar.

Rosario volvió a abrir la puerta y dejó que su vecina entrase en su casa. La actriz no había estado allí desde hacía muchos años, pero advirtió que olía igual que siempre: al hogar del hombre que amaba.

—Rosario, he venido a pedirte perdón por la discusión que tuvimos hace unos meses. No debí hablarte como lo hice.

—¿Qué discusión? No lo recuerdo —mintió la madre.

—¿No? Mejor entonces. ¿Todo bien, pues? —preguntó Zoe riendo. Si aquella mujer se pensaba que era tonta, le iba a salir el tiro por la culata.

—No pretenderás que estemos bien después de lo que hiciste.

—¿Y yo hice...? —Zoe levantó las manos, instando a Rosario a que continuase la frase.

—Te colaste por la ventana de mi casa y te acostaste con mi hijo.

—A ver, por lo de colarme por la ventana ya te pedí perdón hace dieciséis años. Sé que estuvo mal y lo acepto —admitió, recordando la cantidad de veces que hizo lo mismo. «Si Rosario supiera...», pensó—. En cuanto a lo de acostarme con Gabriel, los dos éramos mayores de edad y no estábamos haciendo nada malo. No es ningún pecado hacer el amor, ¿sabes? Creo que después de tantos años ya deberías haberlo olvidado.

—Jamás olvidaré lo que sentí al ver a mi niño entre tus brazos. Siempre has querido quitármelo, ponerlo en mi contra...

—No sigas por ahí, Rosario. Yo jamás puse a Gabriel en tu contra, lo hacías tú sola con tu comportamiento.

El compositor observaba la escena sentado en una silla, sin saber si debía decir algo y, de hacerlo, qué podría argumentar para que aquellas mujeres dejaran de discutir. En su mente empezó a enumerar la lista de grandes compositores, para centrarse en algo que no fuera aquella disputa.

—¿Yoo? ¡Habrased visto! Eres una insolente. No sé a qué has venido, pero no vas por buen camino.

—A ver, intentemos tranquilizarnos. Rosario, yo siempre te quise como a una madre, como a la madre que no tuve. De niña siempre fuiste buena conmigo, pero cuando empecé a hacerme mayor quisiste alejarme de Gabriel y nunca entendí por qué. —Se puso un dedo en la boca, pensativa, y añadió—: Vale, creo que ahora ya lo sé. Pensabas que te quitaría a tu hijo, y sigues pensándolo, pero eso no tiene por qué ser así.

—Zoe, lo que no consigo entender es, con todos los hombres que hay en el mundo, por qué sigues detrás de mi niño. ¿Es que te pone que no sea normal?, ¿por qué no vas detrás de un hombre que te dé lo que una mujer de tu edad necesita? Gabriel nunca lo hará.

Gabriel miró a su madre y frunció el entrecejo. Solía costarle comprender a la gente, pero aquello lo había entendido perfectamente. Sin darse cuenta, empezó a moverse sobre la silla, adelante y atrás, notando cómo en su interior empezaba a crearse un incendio que ni los mejores bomberos serían capaces de apagar.

—Pues porque le amo a él, Rosario. Siempre ha sido él, incluso durante los años que estuve fuera no dejé de pensar en Gabriel. ¿Qué tiene de malo que

nos amemos?

—¿Que os améis? Él a ti no te quiere, él no es capaz de querer a nadie — soltó Rosario, sin darse cuenta del ataque que estaba a punto de darle a su hijo.

Entonces, Gabriel se levantó de la silla y tiró al suelo el jarrón con flores que había encima de la mesa. Las dos mujeres se quedaron calladas, asustadas por el ruido que acababan de escuchar, y vieron a Gabriel envuelto en ira, hablando solo mientras se movía por el comedor descompasadamente.

—Gabriel, cariño, cálmate —lo animó Zoe, intentando abrazarlo.

—Hijo, yo no quería decir eso. Claro que puedes amar, a mí me quieres, ¿verdad? —decía Rosario, preocupada al ver el estado en el que se hallaba.

—Vivaldi, Bach, Mozart, Beethoven, Wagner —susurraba Gabriel sin hacer caso.

—Será mejor que te vayas de mi casa —opinó Rosario, señalando la puerta para que su vecina cumpliera con lo que en realidad había sido una orden.

—No pienso irme hasta que Gabriel esté bien —rehusó Zoe.

Gabriel seguía moviéndose por el salón, recitando la lista de compositores como si nada más le rodease, como si aquellas mujeres no estuviesen allí. Rosario, ignorando a su vecina, se dirigió a la cocina para coger la medicación de su hijo y hacer que se la tomase. Cuando volvió al comedor, cogió el teléfono y se encaró a la chica:

—O te marchas ya de mi casa, o te aseguro que llamaré a la policía.

—Rosario, por favor, ¿es necesario que lleguemos a esto? Solo estoy preocupada, igual que tú.

—Vete, ahora —amenazó Rosario.

—Gabriel, cariño, cuando estés bien pásate por mi casa, ¿vale? —pidió Zoe antes de irse, dudando de si su chico la habría escuchado y si, de haberlo hecho, se acordaría cuando hubiese pasado el ataque.

Dos horas después Gabriel tocaba a su puerta, tranquilo porque le había hecho efecto la pastilla que le había dado su madre.

—Hola, Zoe. Vengo a decirte que siento lo que ha pasado.

—No tienes que sentir nada, cariño. Pasa.

Estuvieron hablando durante un par de horas. Ambos tenían claro que querían seguir con lo que habían empezado, incluso tenía su punto divertido porque les recordaba a su adolescencia; pero les entristecía saber que no

pasarían la Navidad juntos, como hubieran pretendido si las dos mujeres hubiesen llegado a un entendimiento.

Rosario había pasado la Nochebuena toda la vida con la familia de su marido Manuel, e incluso desde que este faltó, seguía pasando allí la noche porque ella no tenía más familia que ellos. Zoe hubiese querido que la mujer entendiera que con ella podía tener una nueva familia, pero se dio cuenta de que le costaría mucho que aquella madre terca y obstinada diera su brazo a torcer, así que ese año la pasaría con su hija y su abuela.

A la mañana siguiente, unos minutos antes de que Zoe se dispusiera a acompañar a su hija a la parada del autobús el último día de clase antes de que llegasen las vacaciones escolares, alguien llamó al timbre. La chica abrió la puerta intrigada, y cuando se encontró con una adolescente que debía de tener la edad de Helena, frunció el ceño, curiosa.

—Hola, ¿está Helena? —preguntó la niña.

—Sí, ¿quién eres?

—Soy Marta. Vengo a por ella para ir juntas a la parada del bus. ¿Puede salir?

—Espera. —Zoe miró hacia el interior de su casa y gritó el nombre de su hija. Helena bajó corriendo las escaleras de la casa y sonrió al ver a su amiga Marta.

—Mamá, ¿me puedo ir con ella? No hace falta que vengas tú, te prometo que cogeré el autobús.

—De acuerdo, ve —contestó Zoe con sentimientos contradictorios, pues aunque se alegraba de que por fin hubiese hecho una amiga, a ella le gustaba acompañarla y ese día se quedaría sin hacerlo.

Observó a las chicas caminar por la angosta calle, y no tardó en ver salir a Gabriel de su garaje. Lo saludó con la mano y él hizo lo mismo, como todos los días, como si el ataque del día anterior no hubiese ocurrido y todo siguiera igual que siempre.

El día de Nochebuena Zoe estaba nerviosa porque quería que su hija disfrutara de una noche especial. Aunque solo fueran a estar las mismas mujeres que cenaban juntas todos los días, había decorado la casa y había elegido un menú adecuado para la ocasión. Incluso había comprado por internet un CD de villancicos; quería que en su casa se respirase ambiente navideño por todos los rincones y que Helena se sintiese feliz de estar allí.

Sabía cuánto quería a su bisabuela, Candela se la había sabido ganar desde el primer día, pero aunque ahora tenía una amiga, también sabía cuánto seguía echando de menos Manhattan, y a Nick.

Ella también echaba mucho de menos a Kelly, entendía perfectamente a su hija, y aunque alguna vez se conectaban por Skype, esas Navidades echaría de menos salir de compras con ella por las grandes avenidas de Manhattan. Era lo que más le gustaba de la Navidad, cargarse de bolsas con regalos para todos.

Esa noche, mientras cenaban, Zoe no dejaba de pensar en Gabriel y en cómo lo estaría pasando en casa de la familia de su padre. Estaba segura de que estaría bien, pero le habría gustado tanto que estuviese con ella que no podía evitar sentirse triste porque le faltaba él a su lado. Trató de disimularlo para que ni su hija ni su abuela se diesen cuenta; cantaron, bailaron y pasaron una noche agradable, sobre todo porque ver sonreír a Helena, para ella era lo más maravilloso del mundo. Además, se conectaron por internet con las amigas de Helena y con Kelly, y por un momento pareció que estaban todas juntas.

Pero cuando tocaron al timbre y Zoe encontró ante la puerta a un hombre de metro noventa, melena rubia y ojos verdes, su corazón se aceleró, haciéndole pensar que ahora sí podía decir que la noche era perfecta.

—Hola, Gabriel.

—Hola, ¿puedo pasar?

—Claro. No te esperaba —comentó ella, feliz por que estuviese allí, pero a la vez intrigada.

—Quería verte.

—Y yo. ¿Cómo estás? Llegas justo al postre.

—Solo necesitaba verte. Ahora estoy bien —contestó él mirando hacia otro lado, intimidado ante los ojos clavados en él de Zoe.

—Hola, Gabriel. El pez más pequeño del mundo es el Paedocypris, y no llega a un centímetro de longitud —lo saludó Helena.

—Hola, Helena, estás muy guapa. ¿Sabes que las aletas de la manta miden más de seis metros desde la punta de una aleta a la otra?

La chica sonrió y le dio un beso en la mejilla. Zoe, al ver ese gesto espontáneo y tan poco habitual en su hija, no pudo evitar sentir un regocijo en su interior que hizo que casi se le saltaran las lágrimas.

Una hora después, Candela anunció que se retiraba a la cama y Helena pidió ir a casa de su amiga Marta. Sus padres le habían invitado a una pequeña

fiesta que iban a dar y la adolescente quería ir.

—No sé si será buena idea, es muy tarde ya —dudó Zoe.

—Por favor, mamá, quiero ir —suplicó Helena.

—Está bien. —Y dirigiéndose a Gabriel, le preguntó—: ¿Me acompañas?

Los tres salieron camino de la casa de Marta, y una vez la dejaron en la fiesta y se aseguraron de que cuando terminase sus padres la llevarían de vuelta, la pareja se cogió de la mano y siguió paseando por el pueblo.

—Gabriel, esto que hay entre nosotros está muy bien, pero...

—¿Qué? —preguntó él, mirándola a los ojos como raramente hacía.

—Que me gustaría que diéramos un paso adelante.

—¿Estás hablando de sexo?

—¿Te gustaría?

—Sí. Vamos a mi casa.

—Pero, ¿y tu madre?

—Duerme todas las Navidades en casa de mis tíos. Estamos solos.

Zoe dio un salto en el aire y cogió el rostro de Gabriel para besarlo con pasión. Hacía tanto que no le daba un beso así, que estaba empezando a creer que nunca más lo haría; pero allí estaba, introduciendo su lengua en el interior de su boca, degustando ese sabor que siempre le había vuelto loca.

*La vida no es sino  
una continua sucesión  
de oportunidades para sobrevivir.*  
Gabriel García Márquez

*El Bronx, abril de 2002*

Dos meses después de que Peter echara a Zoe de su compañía, por fin consiguió su primer trabajo de camarera en un pequeño y maloliente bar del Bronx.

En un principio, Michelle y Pierce dejaron que siguiera compartiendo piso con ellos; sabían que la chica no tenía nada, era una extranjera llegada de un pequeño pueblo en una ciudad muy grande, y con lo que le había pagado Peter no tenía suficiente ni para comprar un billete de avión de vuelta a España. Como según él había incumplido las condiciones del contrato omitiendo que estaba embarazada y no pudiendo llevar a cabo su papel en la película por estar en estado, le pagó como si las horas trabajadas hubiesen sido ofreciendo servicios a los actores como llevarles café o limpiar la escena. En realidad, le dijo que solo le pagaba porque en el fondo le daba lástima; estaba tan enfadado con ella porque, según él, no era más que una niñata inconsciente que le había mentado, que fue incapaz de aceptar las súplicas de la actriz y le recordó que no quería volver a verla por allí.

Michelle y Pierce aceptaron que siguiera viviendo con ellos, con la condición de que buscara trabajo cuanto antes y se fuera del apartamento en cuanto lo consiguiera. El piso lo cedía la compañía cinematográfica y la española estaría allí sin que Peter lo supiera; si el director llegaba a descubrir que no la habían echado podrían quedarse ellos en la calle y no podían arriesgarse.

Al principio, Zoe empezó a buscar trabajo por compañías teatrales y cinematográficas, pero en cuanto decía que estaba embarazada la animaban a volver cuando tuviera a su bebé, y según el estado en el que se quedara su cuerpo después del embarazo.

Desanimada, decidió que lo mejor sería dejar el sueño de ser actriz para después de que tuviera a su hijo, y se centró en tiendas de moda donde podría trabajar de dependienta. Allí le ocurrió lo mismo: nadie quería contratar a una mujer embarazada.

Una mañana, decaída y rota porque se veía sin dinero, en un país en el que apenas empezaba a desenvolverse con el idioma, cansada y desvalida, recibió una llamada de una de las agencias que había visitado el último mes. Necesitaban a una joven embarazada para una marca publicitaria, y les había cautivado su belleza. Apenas se le notaba todavía el embarazo pero le explicaron que la requerirían una vez al mes, para llevar un seguimiento para su revista sobre cómo avanzaba el estado de gestación en una jovencita de su edad. Eso la animó un poco; aunque no era lo que soñaba, por lo menos sería bonito ejercer de modelo mientras no llegase otra cosa.

Desesperada al ver que en las tiendas no la querían, empezó a buscar trabajo de camarera, pensando en que seguramente le dirían lo mismo. Pero aunque el «no» fuera la opción más probable, no pensaba darse por vencida. Necesitaba ganar dinero para subsistir allí. Apenas le quedaba para comprar comida, y sus compañeros de piso empezaban a inquietarse por que siguiera con ellos, y a distanciarse de ella para hacerla sentir incómoda.

En los bares le explicaban que si no tenía veintiún años no la podían contratar, y eso hizo que se deprimiera todavía más.

Ahora ni siquiera tenía el consuelo de sus noches hablando con Gabriel. Peter le había pedido que le devolviese el portátil que le regaló, y el móvil que le había regalado su abuela cuando terminó el instituto allí no le servía de mucho. Hasta que consiguiera un trabajo no podría comprarse uno nuevo, y cuando eso ocurriese, no tenía claro si llamaría a Gabriel.

Seguía pensando que lo mejor sería omitir lo de su embarazo y esperar a que las cosas fuesen como ella deseaba antes de hacerlo, pues no podía mentirle, y como no podía volver porque no tenía dinero, no ganaría nada haciendo que se preocupase. Claro que no dando señales de vida también estaría preocupado, apenas pudo leer el mensaje que Gabriel le escribió la noche que Peter la despidió, pues luego se quedó sin modo de poder seguir abriendo los correos. A veces pensaba en pedirles el portátil a sus compañeros de piso, pero estaban tan ariscos con ella que se le quitaban las ganas, y en el fondo prefería no saber qué estaba pasando en España, en su pueblo, con su querido Gabriel y su abuela.

Un mes después, conoció a una chica mientras estaba buscando trabajo, que le habló de un sitio en el que falsificaban carnets de identidad. Se ofreció a acompañarla y allí gastó sus últimos ahorros. Debía tener veintiún años para poder trabajar de camarera; si al menos así lo conseguía, habría merecido la



pena.

Un par de semanas después, empezó a trabajar en un bar del Bronx, y en cuanto ganó su primer sueldo, le comentó a una compañera del trabajo que buscaba piso donde vivir, y se ofreció a que lo compartiera con ella. En el bar sabían que Zoe estaba embarazada. Es más, Andrew, el dueño, la había contratado movido por la empatía que le produjo saber que era española y que estaba allí completamente sola, sin un padre que la ayudase con su bebé; así que no tuvo que explicar que en unos meses serían dos, y en pocos días estaba trasladando sus cosas a uno de los barrios más temidos de Nueva York. Pero si trabajando allí no le había pasado nada, ¿qué había de malo en vivir?

Se despidió de Michelle y de Pierce, deseándoles que les fuera bien con Peter y mandando recuerdos para el resto de la compañía cinematográfica. Habían sido unos meses con altibajos, pero buenos en el fondo, y le daba mucha pena cómo habían acabado las cosas. Aun así, salió de allí con la cabeza bien alta, pensando en que tarde o temprano llegaría su hora y triunfaría en la gran pantalla; para eso había viajado a Nueva York, y no se iría de allí hasta conseguirlo.

El día que Zoe se puso de parto, Andrew descubrió que la chica no tenía la edad que le había dicho porque tuvo que llevarla él al hospital donde la habían estado tratando, y allí tenían sus datos reales. La camarera lo miró con una mezcla de dolor por las contracciones y miedo por no saber la reacción que su jefe tendría, pues se temía lo peor. En ese momento este último no quiso enfadarse con ella porque no quería que le ocurriese algo malo a su bebé por su culpa, pero se sintió muy decepcionado.

Una vez madre e hija estuvieron en la habitación, fue Zoe quien empezó pidiendo perdón. Le explicó que le habían dicho en muchos sitios que no la podían contratar si no tenía los veintiuno, y que necesitaba tanto el trabajo que falsificar su carnet de identidad fue lo único que se le ocurrió para conseguirlo. Andrew estaba muy molesto, sobre todo porque le hubiese mentido, pero vio en sus ojos avellana una sinceridad en la joven a la que poco estaba acostumbrado. Otra, en su lugar, habría usado su falsa mayoría de edad para ingerir alcohol; sin embargo, ella solo quería trabajar, y eso él lo valoraba mucho.

Aceptó que siguiera en el bar con la condición de que si llegaban a descubrirlo asumiría ella las consecuencias; él siempre negaría saber que no

tenía la edad permitida, y ahí acabaría su relación.

Zoe respiró tranquila. Tenía a su pequeña, tenía un piso en el que vivir, con una compañera que aunque solo le llevaba siete años, era toda una madraza con ella, y tenía trabajo. De momento, tendría que conformarse con eso. Hacía meses que se había negado el amor, había llegado incluso a dudar que algún día pudiera regresar a su casa, pero ahora tenía a Helena, esa rubita que la miraba sonriendo porque ella era todo cuanto necesitaba en el mundo.

*Cuando creíamos  
que teníamos todas las respuestas,  
de pronto,  
cambiaron todas las preguntas.*  
Mario Benedetti

*Chulilla, Navidad de 2017*

Amanecieron en la cama, abrazados, sintiendo cada uno la piel del otro como si fuera la propia. Hacía mucho que Zoe no era tan feliz. La noche anterior había sido la mejor de su vida; ni siquiera recordaba que durante su adolescencia las veces en que se acostó con Gabriel hubiesen sido tan placenteras. Estaba claro que el músico había adquirido experiencia, y en cierto modo se sintió celosa de las mujeres que habrían estado con él. Ella solo había estado con Nick. Pasó años sin dejar que ningún hombre se le acercase; pensaba que algún día regresaría con Gabriel, se seguía sintiendo unida a él pese a que dudaba de que en su caso ocurriese lo mismo, y le pareció que estar con otra persona sería traicionarle. Sin embargo, sabía que él había estado con varias mujeres, aunque no hubiese sentido nada por ninguna. Únicamente había sido sexo, pero solo pensar que otras mujeres lo habían tocado la enfurecía.

Esa noche Gabriel le hizo el amor primero con fuerza, luego con dulzura; y una vez más con pasión y desgarró. Acabaron agotados entre las sábanas de esa cama que tantos secretos guardaba. Había sido intenso y muy excitante, tanto que Zoe no recordaba haber estado tan caliente en toda su vida. Por eso se quedó dormida sin pensar en que su abuela podría estar preocupada, en que a la mañana siguiente Helena se preguntaría dónde estaba su madre, si es que no se había dado cuenta de que no estaba en casa tras llegar de la fiesta con su amiga, ni en que Rosario podría llegar.

—¡¡Gabriel, tu madre!! —exclamó al darse cuenta de dónde estaba, temerosa de que Rosario los volviese a descubrir.

—Mi madre no llegará hasta esta tarde, comemos con mis tíos todos los años —murmuró el músico, todavía adormilado.

—Entonces, ¿tú también tienes que ir? —preguntó Zoe, de nuevo pensando en cuánto le habría gustado pasar la Navidad con él. Al menos había amanecido a su lado, tendría que conformarse de momento con eso.

—Sí, pero más tarde. —Gabriel metió la mano entre las piernas desnudas de Zoe, haciendo que se sorprendiera; no esperaba tener sexo matutino, pero si él lo deseaba, ella todavía más.

Sin mediar palabra empezaron a besarse con pasión, a acariciar sus cuerpos con desespero, sin pensar en nada que no fuera poseerse el uno al otro. Una hora después, Gabriel acompañó a Zoe a casa de su abuela; quería felicitar la Navidad a la familia antes de ir a casa de sus tíos.

Ella abrió la puerta cogida de la mano de Gabriel, y se quedó helada ante lo que vio al entrar en el comedor.

—¡¡Nick!! —exclamó, fría como un témpano.

—Zoe, por fin has llegado —saludó Candela con cara de preocupación al verla con Gabriel, pues sabía quién era el invitado que había llegado por sorpresa y que no crearía más que problemas.

—Hola, cariño, por fin estás aquí. Helena estaba muy preocupada por ti —advirtió el recién llegado, como si su presencia allí fuera normal.

—¿Qué... qué haces aquí?, ¿cómo has sabido dónde vivo?, ¿cómo has llegado? —empezó Zoe a preguntar, sin entender qué pintaba aquel hombre en su casa.

—He venido porque Helena lleva meses pidiéndome que lo haga, ella me dio la dirección. Me habría gustado llegar para Nochebuena, pero el avión sufrió un retraso y hasta esta mañana no he llegado a Valencia. Aquí he venido en taxi, que por cierto, me ha costado un riñón.

—¿Quién es este hombre, Zoe? —preguntó Gabriel, sin entender qué estaba pasando.

—Es mi marido, pero te lo puedo explicar.

—Sé lo que es un marido —afirmó el pianista—. No tienes que explicarme nada, no soy idiota. ¡Y no le ha costado un riñón venir hasta aquí! Se paga con dinero, no con órganos.

—Es una manera de hablar, cariño. Escúchame, las cosas no siempre son blancas o negras. Nick y yo no...

—Conozco la gama de colores. Adiós —se despidió, abriendo la puerta para salir de allí cuanto antes. Zoe estaba casada, había vuelto a engañarlo y no quería volver a verla.

—¡Gabriel, por favor, hablemos! —Pero cuando iba a salir tras él, Nick la cogió del brazo y no se lo permitió.

—Tu marido soy yo, deja que se vaya.

—Nick, ¿me puedes explicar a qué cojones has venido? —preguntó, rompiendo a llorar.

—No, mi vida, no llores. Solo he venido porque estaba preocupado. Helena no es feliz aquí, y tu responsabilidad como madre es hacer que lo sea.

—Sé lo que debo hacer, tú no eres quién para meterte en mi vida.

—¿No? Pues hay un certificado de matrimonio que dice lo contrario. Mira, pequeña, dejé que volvieses a tu pueblo porque necesitabas comprobar si aquí Helena se criaría mejor, pero sé que no está siendo así. He venido para llevaros de regreso a Manhattan, de donde nunca debisteis ir. Yo te sigo amando y te perdono.

—¡Ni certificado de matrimonio ni leches! ¡Lo nuestro está muerto, joder, y tú no eres quién para decidir lo que he de hacer con mi vida! ¡Que todavía no nos hayamos divorciado no te da derecho a tratarme como si fuera de tu propiedad, porque nunca lo he sido! Soy adulta y hago con mi vida lo que me da la gana, y en esos planes no está el volver a Manhattan —le recriminó ella, sin poder creer lo que Nick le acababa de decir.

—Sabía que reaccionarías así, pero he venido cargado de paciencia y dispuesto a aceptar cualquier reacción tuya con tal de que recapacites y acabes dándote cuenta de que lo mejor es volver conmigo. Como te decía, yo estoy dispuesto a perdonar lo que me has hecho.

Candela, viendo que la conversación no era adecuada para una adolescente, cogió a su biznieta y la convenció para que saliesen a ver el concierto que daban en la iglesia por Navidad. La joven quería saber qué pasaba entre su madre y Nick, pero sobre todo no había entendido por qué su madre no había dormido allí esa noche ni por qué había llegado cogida de la mano de Gabriel. El músico le gustaba, pero hasta ese momento no había pensado que entre su madre y él pudiera llegar a haber algo, y eso que le había dado pistas como para sospecharlo. Su bisabuela le prometió darle una explicación mientras tomaban un chocolate caliente en la plaza, y consiguió que salieran de la casa.

—Que me perdonas... —susurró Zoe, ahora más tranquila, sentada con la cabeza entre las manos en el sofá desde el que se veía la habitación en la que, apenas unos minutos antes, había estado haciendo el amor con Gabriel.

—Sí, mi vida. Nunca he dejado de amarte, solo te estaba dando tiempo para que te dieras cuenta de que tu sitio está en Nueva York. Querías encontrarte a ti misma, y ya te he dado suficiente tiempo.

—No, Nick, mi sitio está aquí. Siempre ha estado aquí.

—Pero eras feliz en Manhattan... ¿Es por ese hombre por lo que has vuelto?, ¿todos los motivos que me diste por los cuales necesitabas volver a tu país no eran más que mentiras?, ¿por qué? Es un tipo muy raro.

—¿Ves? No te das ni cuenta, joder. Siempre has querido hacerme creer que entendías a Helena, que la querías tal y como es; me convencías de que era una chica normal y, sin embargo, te encuentras con un hombre que es igualito a ella y lo catalogas de raro. Pues que sepas que ese tío raro es el padre de Helena.

—Lo he imaginado, no soy tan estúpido. Y si te decía esas cosas de Helena era porque quería hacerte feliz, que supieras que por mí no había ningún problema con ella. La quiero, no me importa que no sea hija mía; desde que la conocí, la quise porque formaba parte de ti.

—Lo sé. Sé que la quieres, pero eso no es suficiente. No deberías haber venido. Helena está bien, ha hecho una amiga y las cosas están empezando a ponerse en orden. Te pediré un taxi para que te marches, espero que tengas billete de vuelta.

—La verdad es que no. No tengo billete porque pensaba que a la vuelta necesitaría tres.

—Pues lo siento, pero nosotras no nos vamos a ninguna parte.

—¿Y si Helena quiere volver?

—Quiero a mi hija más que a nada en el mundo, pero por fin he conseguido ser feliz y no pienso renunciar a eso por un antojo de una adolescente. En Manhattan no hay nada que le esté esperando, y aquí tarde o temprano será feliz ella también.

Nick se levantó del sofá y caminó por el comedor, pensativo. Zoe hacía rato que había dejado de llorar, pero recordar el modo en el que Gabriel se había ido le hacía sentir tal congoja que las lágrimas acudían a sus ojos, haciendo que le escociesen. Sabía cuánto le iba a costar volver a acercarse a él. Ahora que por fin había conseguido lo que tanto había deseado, volvía a alejarse sin dejar que ella le hablase y le explicase que había dejado a Nick por él, que a su marido no lo amaba y que su idea era formalizar el divorcio en cuanto pudiese. El problema era que ella todavía no había encontrado un trabajo, no tenía dinero para costear un abogado, y como Nick no estaba de acuerdo con el divorcio, no podía hacer nada sin tener recursos.

—Todavía eres mi esposa. No pienso ir a ningún lado sin ti —anunció Nick, mirándola enojado.

—¿Por qué me haces esto?

—¿Que por qué te hago esto?, ¿sabes la ilusión con la que he llegado? Quería pasar el día de Navidad con mi mujer y mi hija y solo he recibido desprecio por tu parte.

—Deberías haber avisado de que venías, te habría dicho que no lo hicieses. Si tú te montas tus películas en tu cabeza y luego no salen bien, no es mi problema. Cuando te dije que iba a volver a mi pueblo te dejé claro que yo ya no te amaba, ¿por qué no eres capaz de aceptarlo?

—A ver, mi vida, recapacita. Hemos pasado juntos once años, ¿cuánto tiempo estuviste con ese?, ¿dos días? No puedo creer que sientas más por un amor adolescente que por mí, con todo lo que hemos vivido juntos.

—No tienes ni idea, y me da mucha pena por ti. Creía que te había explicado las cosas y que tú las habías entendido. Pensé que habías aceptado que lo nuestro había llegado a su fin.

—Me hablaste de muchas cosas, pero no me pareció más que palabrería. Sabía que tarde o temprano volverías conmigo, no hay nadie que te pueda hacer feliz como lo he hecho yo —aseguró Nick mientras se sentaba de nuevo a su lado. Cogió su mano, y aunque Zoe estuvo tentada de retirarla, dejó que la sostuviera. Al fin y al cabo era Navidad y él había recorrido muchos kilómetros para verla—. Mira, hoy es un día muy especial, Helena me pidió que estuviera con vosotras y eso he hecho. ¿Qué te parece si dejamos esta discusión para mañana e intentamos pasar el día de la manera más agradable posible?

—No lo sé, Nick. No deberías haber venido, sigo pensando que deberías habérmelo consultado —dijo Zoe mientras movía la cabeza a ambos lados, negando que todo aquello le estuviese pasando.

—Dime, ¿qué has conseguido desde que has venido? ¿Tienes trabajo? Por lo que he visto, no tienes ni coche. ¿Qué aspiraciones tienes en este pueblo?

—Ser feliz. Esa es mi única aspiración.

*Todo comienzo tiene su encanto.*  
Goethe

*El Bronx, marzo de 2006*

—Preciosa, ¿me pones una cerveza, por favor? —preguntó un hombre trajeado, con sonrisa de anuncio, mientras observaba a Zoe de arriba abajo.

—Claro.

Zoe abrió el refrigerador y sacó una Budweiser, la colocó sobre el mostrador y le preguntó si quería un vaso.

—No, gracias.

El hombre trajeado cogió el botellín y se lo llevó a la boca sin quitarle el ojo de encima a la camarera, que en ese momento pasaba un trapo mojado por la barra. Zoe llevaba cuatro años trabajando en aquel bar, y nunca había visto entrar en él a un hombre vestido de aquella manera. Más bien era el típico bar en el que uno iba de cualquier manera, donde te sentías como en casa porque más o menos todos se conocían, y no solía ocurrir nunca nada que cambiase ese ambiente familiar que se respiraba entre los empleados y los clientes.

—¿Trabajas aquí desde hace mucho? —preguntó el hombre por dar conversación.

—Bastante —contestó la camarera, seca.

Aunque había llegado un momento en el que Zoe pensó que jamás ahorraría lo suficiente como para viajar a España con su hija, que su abuela estaría tan enfadada con ella por no dar señales de vida que no dejaría que se quedase en su casa, y que Gabriel hacía mucho que debía de haberla olvidado, no solía ser muy simpática con el sexo masculino. Normalmente, cuando veía que algún hombre tenía interés en ella, lo trataba tan mal que acababa pensando que era una creída, una estúpida, o que no estaba bien de la cabeza. Pero es que ella solo vivía por y para su hija. Trabajaba y la criaba, buscaba audiciones, seguía trabajando, y así era su vida: un continuo ir y venir de casa al trabajo, del trabajo al colegio, del colegio a casa, pagar a la niñera, volver al trabajo... En su vida, el amor no estaba entre sus prioridades; ya había amado una vez y pensó que jamás volvería a hacerlo de aquel modo. Si no era así, ¿de qué le serviría perder el tiempo? Además, su hija había heredado el Asperger de su padre y le estaba costando mucho criarla, quien la quisiera a ella la tendría que querer con ese problema, y dudaba que hubiese un hombre



en el mundo que estuviera dispuesto a aceptarlas a ambas.

—Y dime, ¿qué hace una chica como tú en un antro como este? —siguió preguntando el tipo, intrigado por la jovencita que le había atendido.

—Ganarme la vida, ¿tú qué crees?

—Que deberías estar trabajando en otro sitio más a tu altura. Aquí desentonas demasiado.

—¿Te está molestando este tipo? —le susurró Kelly al oído; acababa de entrar del almacén, y al ver la cara de pocos amigos de Zoe se preocupó por ella.

—Tranquila, ya me ocupo yo —le aseguró Zoe, quien después de más de cuatro años en Estados Unidos hablaba inglés a la perfección—. Así que lo dices por eso —indicó, dirigiéndose al trajeado. Bajó los escalones que había al final de la barra y salió de allí para colocarse delante de él. En tierra firme su estatura era mucho menor, así que mirando a los ojos a aquel individuo, soltó—: Como ves, no soy tan alta como parezco tras la barra. Creo que estoy en la altura perfecta para un sitio como este.

El hombre se quedó de piedra. Observó sus ojos avellana y sintió ganas de acariciar su larga melena oscura. Unos segundos después, reaccionó ante el comentario de la chica y rompió en carcajadas, admirado por el desparpajo de la joven.

—So... Soy Nick Sullivan —se presentó, sin poder parar de reír.

—Zoe Abascal, española y madre soltera. —Esa era su carta de presentación. A quien no le gustase, podía largarse con viento fresco.

—Encantado, Zoe, tienes la altura perfecta para cuanto desees en la vida —la aduló, anonadado como se había quedado con ella.

—Incluido trabajar aquí —afirmó, guiñándole el ojo antes de volver tras la barra.

—Y dime, ¿qué haces cuando no estás trabajando aquí?

—Criar a mi hija, ¿no te lo he dicho? Perdona. —Zoe puso los ojos en blanco y se fue a atender a Frank, un cliente habitual que se acababa de sentar en su sitio de siempre. Le sirvió su copa de *whisky* y siguió limpiando la barra, ignorando a Nick. Dudaba que el tipo quisiera seguir hablando con ella. Había sido estúpida y encima tenía cargas familiares. Con suerte, no tardaría en salir de allí.

—¿Podría invitarte a un café? —preguntó el trajeado antes de marcharse.

—No, gracias —lo rechazó ella—. Por cierto, creo que el que no está a la

altura de un sitio como este eres tú, ¿acaso te has perdido? —Después de hablarle Zoe se arrepintió, porque hasta ese momento nunca le había dado conversación a nadie. No deseaba que se hiciera ilusiones con ella y pensó que habría sido mejor quedarse calladita.

—Sí, más o menos. Pero volveré —advirtió Nick, guiñándole el ojo como minutos antes le había hecho ella.

Zoe ya se había olvidado de Nick cuando volvió a aparecer por allí dos días después. Inmediatamente se puso nerviosa porque pensó que había vuelto al bar por ella, y como esa tarde había mucho cliente habitual, se dedicó a servirles y a dar conversación a quienes sabía que no deseaban nada más de ella que una sincera amistad, o simplemente que les diera conversación mientras les servía la bebida. Cuando Kelly lo vio le hizo un gesto a su compañera de trabajo y piso, cerciorando lo que ya sospechaba, pero Zoe le pidió que lo atendiera ella.

Quería ignorarlo, pero no pudo hacerlo cuando lo vio sacar un vaso de café de una bolsa de cartón y se lo tendió mientras le hablaba.

—Como el otro día no entendí si es que no te gusta el café o simplemente no querías salir conmigo, he decidido traértelo aquí, y así no te podrás negar a aceptarlo.

—No me gusta el café. ¿Ves?, sí que me puedo negar —rehusó ella, afirmando con la cabeza en señal de triunfo.

—¿Es serio? Vaya, tendré que tomármelo yo entonces. ¿Me pones un poco de whisky en el vaso?

—Anda, trae. Ya me lo tomo yo. ¿Te pongo algo o solo has venido a invitarme al café?

—Me pones cardíaco, pero supongo que estarás acostumbrada a que te lo digan.

—Sí, no eres demasiado original.

—¿No? Entonces, ¿todos los hombres te traen café, sabiendo que te lo puedes servir tú misma aquí, solo para llamar tu atención?

—No, eso no. Punto para ti.

Al final, Zoe no pudo resistirse ante el encanto natural de aquel hombre y aceptó tener una cita con él. La única condición que le puso para hacerlo fue que iría con su hija; le habló de ella, le contó que era una niña *aspie* y le advirtió de que ella estaba por encima de todo. Si a él no le gustaba su hija, no se volverían a ver más.

En la primera cita, Zoe supo que ese hombre no era como los tipos que había conocido en los últimos años. Jugó con Helena, las invitó a merendar y le contó su vida con tanto entusiasmo que la camarera no pudo más que corresponderle, y al igual que él le relató sus sueños.

Nick era empresario. Había heredado una empresa de mensajería y le iba bastante bien. El día que entró en el bar donde trabajaba Zoe, acababa de visitar una planta baja en el Bronx, calculando los pros y los contras que tendría poner una entidad allí.

Esa cita llevo a otra, y a otra, y a otra. Aunque la primera fue con Helena incluida, en las siguientes dejaba a su pequeña con alguna canguro o se quedaba con Kelly si la cita era después de su horario laboral.

Congeniaron bastante bien. Zoe no sentía lo que un día sintió por Gabriel, pero estaba a gusto con aquel hombre, quien la comprendía, y ver cómo trataba a su hija hacía que se le removieran los sentimientos y no pudiera cerrar su corazón a alguien que se desvivía por ellas.

—¿Por qué has desistido de tu idea de ser actriz? —le preguntó una tarde, después de ir al cine.

Habían visto la película en la que se suponía que debía haber salido ella. Al parecer, Peter no encontró una sustituta tan fácilmente como pensaba. Michelle le contó que se había formado en su cabeza la idea de alguien como ella, y hasta que consiguió encontrar a una chica que se le pareciese, no siguió con el rodaje. Cuando Zoe lo supo, se dio cuenta de lo orgulloso que era el director, pues tardó tanto en encontrarla que podría haber esperado a que tuviese a su hija y que fuera ella misma quien desempeñara el papel. Por esa razón, la película tardó casi cinco años en estrenarse.

Aun así, esa tarde la camarera se sentía deprimida porque llevaba cinco años en un continente extranjero y ya había renunciado a la idea de que algún día pudiera alcanzar su sueño.

—Porque en realidad no tengo estudios. Mentí a Peter Coleman para que me diera el papel, y le gusté tanto que se lo creyó, pero en todas las audiciones a las que he ido me han rechazado porque no lo hago bien. No sirvo para esto.

—Pero podrías aprender, ¿no? ¿Y si fueras a una academia?

—¿Con qué dinero y cuándo? No tengo ni tiempo ni los dólares que hacen falta para poder estudiar. Déjalo, eso ya no importa —asumió la chica, pues había olvidado incluso que un día pensó en reunir lo suficiente como para

poder volver a su casa. Se había acostumbrado tanto a vivir allí que pensó que eso era lo que debía hacer, que su vida estaba en el Bronx, y llegó a olvidar que no era más que una chica de pueblo con sueños de artista.

—Yo podría ayudarte. Si vivieras conmigo podría ayudarte con Helena, soy mi propio jefe y puedo trabajar cuando tu hija esté en el colegio. Podríamos apuntarla a extraescolares y...

—Para, para, para... ¿Qué se supone que me estás proponiendo?

—Zoe, ¿quieres casarte conmigo?

La camarera lo miró a los ojos y se encontró con los de él admirándola. Era tan bonito tener a alguien que la venerase de aquella manera... En ese instante recordó que su meta un día fue conseguir dinero para volver a su pueblo, con su Gabriel; en un principio no lo hizo por vergüenza y falta de recursos, pero si se casaba con Nick, significaría dejar su pasado atrás y aceptar su futuro allí, teniendo que usar un idioma diferente el resto de su vida, con unas costumbres que, aunque había acabado aceptando, a veces le resultaban difíciles de entender... Aun así, ver el amor que ese hombre le profesaba pudo con todo, principalmente porque la idea de volver a su pueblo se le antojaba temeraria: ¿qué diría la gente cuando la viera aparecer?, ¿qué pensarían de ella?, ¿soportaría su abuela que una vez más se hablase mal de un miembro de su familia? Y Gabriel, ¿debía basar su futuro en un amor idolatrado de adolescencia? No, no podía volver a España, y la decisión ya estaba tomada.

—Sí, me casaré contigo.

*Aquel que duda y no investiga  
se torna no solo infeliz,  
sino también injusto.*  
Blaise Pascal

*Chulilla, enero de 2018*

Hacía dos semanas que Nick había llegado al pueblo, y Zoe cada día se sentía más incómoda. Candela le había preparado la habitación de invitados, a petición de Helena, pues la adolescente era su ojito derecho y no le podía negar nada. La anciana se daba cuenta de la tensión que había en el ambiente, sobre todo porque su nieta no discutía con su marido delante de su hija, ya que la joven odiaba las disputas, y verla guardárselo todo la ponía muy triste. Zoe le había contado que había sido feliz con aquel hombre, pero nunca dejó de amar a Gabriel. Saber que por más que hacía para que el pianista la perdonase, no servía de nada, pues se negaba a coger sus llamadas, la apesadumbraba y se sentía envejecer por momentos. Estaba demasiado mayor para soportar ese tipo de cosas, le habría encantado morir sabiendo que su nieta era feliz, como cuando la vio entrar en su casa la mañana de Navidad, con Gabriel de la mano. Sin embargo, esa felicidad le duró tan poco...

El día de Navidad al final intentaron pasarlo en calma porque Helena estaba feliz de que Nick estuviese allí, aunque fuera la única a la que le había alegrado la visita. Zoe le preguntó si de verdad ella le había pedido que fuera, y no pudo negar que al principio de vivir allí, se lo pedía todos los días; eso su madre sí lo sabía y era una de las cosas que más la apenaban los primeros meses de la llegada al pueblo.

—Hace un mes y medio que no le he dicho nada, mamá. Solo hablamos de las cosas diarias, de cómo nos va. Nada más —aseguró la joven, y su madre la creyó, pues aunque había dejado de espiarle el móvil y podía no ser verdad, a su hija le pasaba como a Gabriel: no sabían ser de otro modo que no fuera sinceros.

Entonces, ¿por qué Nick había ido hasta allí, y se había pasado la Nochebuena subido a un avión, lejos de su familia y de su vida?

—Helena y yo no hemos perdido el contacto desde que os fuisteis —comentó Nick mientras comían—. No puedo decir lo mismo de ti... —le reprochó a su mujer.

—Nick, no empecemos —pidió Zoe—. Creo que te dejé las cosas muy claras.

—Sí, mi vida, pero es que no lo entiendo. Por más que me torturo pensando, no sé qué es lo que hice mal.

—Chicos, creo que deberíais dejar la conversación para otro momento —sugirió Candela.

—Tienes razón, yaya. Lo siento —afirmó Zoe.

—No, quiero que habléis ahora —intervino Helena—. Siempre evitáis hablar las cosas delante de mí y yo quiero saber qué es lo que pasa. Estoy harta de que me tratéis como si fuera idiota o algo así. ¿Creéis que tengo menos inteligencia que un pez? Pues que sepáis que eso de que la memoria de los peces dura tres segundos es un bulo. Se ha demostrado que hay peces astutos, capaces de crear sus propios refugios, e incluso con un grado de cultura.

—No, cariño, nunca ha sido mi intención hacerte creer eso —lamentó su madre—. Solo hemos intentado evitar que te sintieras mal, sé que eres muy inteligente. Muchísimo.

—Entonces, ¿por qué nunca me contáis nada? —protestó la adolescente.

—Porque temo que no sepas entender las cosas tal y como son. La gente como tú a veces no es capaz de entender a la gente como nosotros.

—¿Cómo?, ¿te refieres a que como soy *aspie* no sabré entender lo que pasa? Soy la que mejores notas saca de clase.

—Sí, cariño, pero hay ciertas cosas que vosotros entendéis tan literalmente, que no sé si sería capaz de explicártelas sin que me malinterpretases.

—¡Pues inténtalo! —exclamó Helena.

—Chicas, sigo pensando que sería mejor dejar el tema para otro día. Es Navidad —opinó Candela, y ahí quedó la cosa.

Esa tarde, a Zoe le habría gustado saber dónde vivían los tíos de Gabriel. De ser así se habría presentado en su casa y, quisiera o no, habría tenido que hablar con ella. Sin embargo, cuando por la noche vio luz en la ventana de su habitación y tocó a su puerta, Rosario se la cerró en las narices diciendo que su hijo no deseaba verla. Zoe se acercó a su ventana y dio unos toques en el cristal con las llaves. Gabriel estaba tocando el piano, y aunque estaba segura de que la había escuchado, ni se giró a mirar ni dejó de tocar, ni mucho menos le abrió, como había hecho siempre.

Desde entonces se limitó a llamarle por teléfono, y que le saliera siempre el

buzón de voz la desesperaba. Los primeros días le estuvo dejando mensajes explicándole que lo suyo con Nick estaba acabado, que había vuelto a Chulilla por él, que no se había divorciado todavía porque con el dinero que decidió ahorrar tenía dos opciones: o viajar a España, o buscar un abogado; y optó por lo primero. Después, viendo que no servía de nada, se limitaba a llamar con la esperanza de que algún día contestase.

Un día, harta de que no cogiera sus llamadas, decidió volver a pasar por su casa. La acababan de llamar de un bar de la plaza para decirle que necesitaban una camarera, y, eufórica —pues al final Lorenzo nunca miró eso que le prometió y seguía sin encontrar trabajo—, necesitaba contárselo a la persona que más deseaba en el mundo. Cuando salió del bar escuchó una voz que le resultaba familiar, y caminó hacia la tienda de comestibles de donde provenía. Sin llegar a entrar, vio a Rosario hablando de su hijo y presumiendo del hombre de mundo en el que se había convertido. Justo en ese momento, les estaba contando a unas vecinas del pueblo que Gabriel había viajado a Florencia para ensayar con la Orquesta Sinfónica y que de allí se iría a Miami; había terminado de componer el que sería el siguiente disco de Jorge López y debía empezar a grabarlo con el cantante para que saliese ese mismo año, hacia el verano.

Zoe empezó a correr hacia su casa. En su mente solo estaba la idea de que Gabriel no se hubiese ido aún y pudiesen hablar antes de que lo hiciera. Llegó a su ventana en cinco minutos y encontró la habitación vacía, ordenada y sin rastro del músico. Aun así, llamó al timbre por si estaba en algún otro sitio de la vivienda, y al ver que no contestaba nadie, entró a su casa con lágrimas en los ojos.

—¿Qué te pasa, vida mía? —preguntó Nick en cuanto la vio llegar en ese estado.

—Me pasa que has conseguido joderme la vida, eso es lo que me pasa —masculló ella, enfadada—. ¿Qué coño haces todavía aquí?, ¿por qué no te largas de una puta vez? —gritó.

—Zoe, tranquilízate. Estoy aquí porque te amo y quiero estar a tu lado estés donde estés. Si no quieres volver a Nueva York, perfecto, nos quedamos en este pueblo. Pero juntos.

—¿Pero es que no eres capaz de entender que yo ya no te quiero a ti?, ¿tan difícil es aceptar que una mujer no sea capaz de amarte?

—No lo puedo aceptar porque hemos pasado once años juntos y sé que te

hice feliz. No sé qué pasó por tu cabeza los últimos años y me encantaría averiguarlo, pero lo dejé a un lado con tal de que fueras feliz. Incluso dejé que te quedases para ti el dinero que ganabas con los anuncios, y mira al final en qué lo empleaste: en alejarte de mí.

—Nick, siempre fuiste bueno conmigo, pero el amor se acabó. Entiéndelo, por favor.

—No, no puedo —negó él, saliendo de la casa porque de seguir allí, sabía que aquella discusión, ahora que Helena estaba en clase, no habría tenido fin.

El norteamericano cogió el coche que una mañana, agobiado de estar en un pueblo pequeño en el que apenas había distracciones, decidió alquilar en Valencia para poder disponer de un vehículo durante su estancia allí; arrancó y empezó a conducir sin tener muy claro a dónde pretendía llegar.

Zoe se quedó sentada en su cama, pensando en cuándo volvería a saber de Gabriel, cuándo volvería a verlo, cuándo conseguiría que la perdonase... Pensando todas esas cosas, se quedó dormida y no despertó hasta que Helena entró en su habitación llorando. Había discutido con Marta y se sentía la chica más desgraciada del mundo.



*El único hombre que no se equivoca  
es el que nunca hace nada.*  
Goethe

*Florencia, enero de 2018*

Para Gabriel las cosas eran bastante sencillas: blanco o negro, verdad o mentira, quiero o no quiero, deseo o no deseo... No conocía el término medio, no sabía entender entre líneas ni pensaba más allá sobre lo que alguien le decía. Lo que le contaban era, y no había nada más que cuestionar.

A lo largo de su vida mucha gente se había alejado de él al darse cuenta de que no podían hallar en el músico el consuelo que se solía buscar en un amigo. Y que no fuera ese tipo de persona no quería decir que no lo sintiera. Él trataba de acercarse a las personas. Aunque a menudo prefiriera su soledad, pues se sentía incomprendido, no por ello era lo que hacía habitualmente; en el fondo no le gustaba ser un bicho raro. Después del *bullying* en el colegio, donde la única persona que fue buena con él fue su dulce vecina de al lado, se dedicó de lleno a su música, ignorando a quienes se metían con él o le hacían sentir mal. En aquella época Zoe siempre estaba a su lado, y con ella tenía bastante.

Cuando su novia se fue a Nueva York lo pasó muy mal, pero al menos escribiéndole todos los días le daba la sensación de que la tenía cerca, y podía pasar el resto del día dedicándose a componer, a preparar las clases en el conservatorio y a practicar.

Sin embargo, tuvo que aprender a vivir sin ella cuando un día dejaron de llegarle sus mensajes. Le preguntó a su abuela si sabía algo de ella, y al hallar una respuesta negativa, ambos no pudieron evitar pensar en lo peor. Temieron por su vida. Al fin y al cabo, se había ido a vivir a la primera potencia mundial, allí podía encontrarse de todo, desde zonas de muchísimo dinero hasta suburbios donde la orden del día era la delincuencia. Al cabo de los años, prefirieron creer que existía algún motivo por el que Zoe había desaparecido de sus vidas, y seguir adelante pensando que dondequiera que estuviese, estaría bien. Eso era menos doloroso que pensar que había fallecido, pues de ser así él también habría muerto, aunque fuera en vida.

Sí. Para Gabriel las cosas eran o blancas o negras, y cuando no tenía clara la opción, decidía él qué prefería creer, y en ese caso fue estar convencido de

que Zoe, en algún lugar, estaría viva. Con los años incluso llegó a perdonar que no hubiese vuelto, aunque por más que se calentaba la cabeza, no conseguía entender por qué, y no comprender cuanto pasaba a su alrededor era algo que no soportaba. Todo era sencillo siempre que se pudiera investigar en internet: las vidas de los grandes compositores, técnicas musicales, obras, ciencia; cómo viajar de su pueblo a la otra punta del mundo, qué culturas encontraría en otros países, incluso podía ver vía satélite qué estaba ocurriendo en ese momento en el lugar al que tenía que viajar. Pero cuando se trataba del comportamiento humano, ahí sí que no podía hacer nada para entender el mundo en el que vivía.

El día que vio a Zoe en el pueblo, después de dieciséis años, su corazón se contrajo, pues aunque no se hubiese dado cuenta hasta ese momento, había estado muerto en vida, tal y como supuso que sería de haber pensado que ella había dejado de existir.

No soportaba no saber explicar lo que sentía cuando la tenía cerca; al contrario que ella, que le había dicho tantas veces que lo amaba, él era incapaz de expresar con palabras lo que rondaba por su cabeza o su corazón. Sobre todo por su corazón.

Ahora estaba de camino a Florencia, donde tenía pendientes dos ensayos antes del concierto que tenían que dar en el Auditorium Santo Stefano al Ponte Vecchio, y no conseguía quitarse a Zoe de la cabeza. Le había vuelto a mentir. Primero fue cuando le dijo que volvería en unos meses y tardó dieciséis años en hacerlo. Ahora, aunque no podía decir que le hubiese dicho que estaba soltera, omitir algo tan importante era como mentir; al menos eso le había enseñado su madre durante los treinta y cuatro años que tenía: que a veces el silencio también mentía. Y lo que le torturaba más que nada era recordar sus palabras de amor, sus «te quiero» tan fácilmente susurrados en su oído. Era una contradicción: no podía estar con ella porque estaba casada, solo pensar que se habían acostado le hacía sentir culpable hacia ese Nick; pero ella le amaba, y si ambos se querían, debían estar juntos.

Pero... ¿y si esa había sido otra mentira? Odiaba las mentiras. Para él, una persona que le mintiera no podía formar parte de su vida.

¿Y si olvidaba las enseñanzas de su madre y decidía creer que si ella no le había dicho que estaba soltera, no se podía considerar una mentira el hecho de que hubiese ocultado que estaba casada? Aun así, él no podría estar con ella hasta que se divorciara. Una cosa era haberse acostado sin saberlo, pero ahora

no lo podía ignorar, y tenía claro que Zoe pertenecía a otro hombre.

Eso también lo enrabió. Pensar que ella había amado a otro hombre, que no había estado pensando en él siempre, como le había dicho, era otra mentira. Mentiras y más mentiras.

Así, sumido en sus pensamientos mientras viajaba hacia Florencia, llegó a una conclusión de la única manera que era capaz: en blanco o negro. Zoe le había mentado desde que llegó, no merecía formar parte de su vida, y él la olvidaría de una vez por todas.

Llegó al hotel y, sin deshacer la maleta, bajó a la cafetería, donde había quedado con unos cuantos músicos de la Orquesta Sinfónica a quienes les gustaba pasar el rato ante la sabiduría musical de su director. Esa noche le apetecía entablar conversación con alguien, así no pensaría en Zoe, esa mujer que debía alejar de su mente y de su corazón.

Cuando vio a Electra junto a su hermano, despertó en él el deseo que había perdido desde que volvió a ver a su vecina, y de pronto se le quitaron las ganas de hablar con los músicos. Se sentó al lado de la chica mientras tomaban una copa de vino, dando tiempo a que llegaran los miembros de la orquesta que faltaban para entrar a cenar, y le susurró al oído:

—Quiero tener sexo contigo.

Electra se ruborizó, pensando en la posibilidad de que alguien le hubiese escuchado, al tiempo que sintió calor en su entrepierna y su pulso se aceleró. Llevaba semanas queriendo llevar a ese hombre a la cama, últimamente siempre la rechazaba y empezaba a pensar que ya no la deseaba.

—¿Ahora? —preguntó ella, insinuante.

—Sí.

—Vamos —le susurró, cogiéndole de la mano.

Se levantaron de sus sillones, y cuando Eduard vio que se retiraban, les preguntó si los esperaban a cenar. Electra iba a decir que no, que ya cenarían ellos dos solos cuando volviesen, pero Gabriel se le adelantó, respondiendo un sí que la desilusionó.

Caminaron hasta la habitación de Gabriel cogidos de la mano: Electra porque así sentía que ese hombre era suyo; él, dejándose llevar, sin cuestionar que aquel gesto tuviera la más mínima importancia. En cuanto entraron, el pianista empezó a desnudar a la mujer, precipitadamente, porque deseaba tener sexo cuanto antes.

Desde que sabía cómo era, qué era lo que le pasaba y por qué no era como los demás, Gabriel había investigado mucho al respecto, y sabía que para la mayoría de los Asperger, el contacto físico era algo que los irritaba. Muchos huían del sexo porque no les gustaba que los tocasen; sin embargo, a él le gustaba. No es que disfrutara de las caricias como cualquier persona que no fuera como él, pero sí le gustaba dar placer y el sexo lo consideraba algo necesario en la vida.

Veinte minutos después estaban sentados en el sillón de la habitación, Electra a horcajadas sobre Gabriel, recomponiéndose de una rápida sesión que a la mujer le había sabido a poco.

—¿Qué te parece si repetimos después de cenar? —le susurró al oído la joven.

—No —respondió, tajante.

Electra habría esperado una explicación, un «No, porque...», un «Gracias por el ofrecimiento, pero...»; sin embargo, empezaba a acostumbrarse a que él fuera así. No es que le gustase, pero de momento lo aceptaba. No podía evitar que ese hombre la volviese loca, era tan fornido y guapo que en cuanto lo veía aparecer, todas sus rarezas quedaban en el olvido; el enfado en cuestión que tuviera con él, provocado la última vez que lo había visto, desaparecía, y solo pensaba en llevarlo a la cama y tenerlo entre sus piernas. A veces pensaba en la posibilidad de que algún día ella le dijese lo que sentía por él y le pidiera entablar algo más serio; pero el día que coincidían y ni la miraba a la cara, porque en ese momento hubieran cosas que le interesasen más que ella, se enfadaba tanto que pensaba que tener una relación con él sería imposible. Estaba claro que él no sentía nada por ella, y no haberlo visto con ninguna mujer en los años que hacía que lo conocía, a sabiendas por su propia experiencia de que no era gay, le hacía pensar que su corazón ya estaba ocupado. Y más cuando lo veía tan emocionado hablando sobre la historia de Tristán e Isolda, como si él también estuviera viviendo un amor imposible, como si su alma estuviera dada a una dichosa mujer que jamás le correspondería.

Salieron de la habitación en silencio. Electra trató de volver a coger la mano de Gabriel, pero esta vez él la rechazó. El compositor se acababa de dar cuenta de la diferencia entre acostarse con una mujer a quien amaba y hacerlo con una chica atractiva, pero que solo usaba cuando necesitaba calmar su libido. No lo volvería a hacer más.

No es que no hubiese disfrutado, pero después de hacerlo se sintió vacío como nunca lo había estado, y se dio cuenta de una cosa que hasta ese momento no había considerado: estaba enamorado de Zoe.

*En el momento en que te paras  
a pensar si quieres a alguien,  
ya has dejado de quererle para siempre.*  
Carlos Ruiz Zafón

*Manhattan, abril de 2015*

Después de catorce años en Nueva York, Zoe a veces sentía que había vivido toda su vida allí, y lo cierto es que poco le faltaba para que llegase un momento en el que hubiese vivido tanto tiempo en aquel país extranjero como en su pueblo. Sin embargo, había algo en su interior que no encajaba. Veía a su hija feliz en aquella ciudad enorme, y a pesar de su Asperger y de que su etapa en educación primaria no había resultado fácil, podía decir que era una niña como cualquier otra.

Cada día le recordaba más a Gabriel, ese amor de juventud al que ni casada con otro hombre conseguía olvidar. Helena tenía el mismo color rubio oscuro de pelo, unos preciosos ojos verdes que aunque la gente le solía decir que había sacado de ella, Zoe sabía que no era cierto. Los suyos eran verdes según la luz con la que se vieran, normalmente se veían color avellana, y no tenía duda de que los de su hija eran exactamente como los de su padre; por muchos años que pasasen, jamás se olvidaría de ellos.

Ese era uno de los motivos por los que no conseguía ser feliz. Desde que se fue a vivir con Nick, había estado yendo a clases de teatro, canto y baile; había hecho audiciones, había participado en sesiones de fotos y en algún que otro anuncio televisivo; pero seguía sin cumplir su sueño, y cada día le importaba menos.

Sí, no ser actriz había dejado de preocuparle. Lo que le pasaba era mucho peor que eso; sentía un vacío en su corazón que cada día le costaba más soportar.

El médico le dijo que estaba pasando por una pequeña depresión, posiblemente debida al estrés por el ansiado trabajo que no llegaba, por su hija, etc. Le mandó ansiolíticos y le propuso que hiciera deporte y que saliera con las amigas, y así hizo. Pero aquello no funcionó.

Veía a Nick y le resultaba tan indiferente su presencia que empezó a cuestionarse si en realidad lo amaba. Durante los últimos años su marido solía viajar durante unos días una vez al mes porque la empresa se había extendido

y, como propietario, debía supervisar instalaciones y comprobar que todo estuviera en orden. Lejos de echarlo de menos cuando se marchaba, para ella era un alivio que no estuviese en casa.

Algo no iba bien, y empezaba a tener claro cuál era el problema.

Ella. Ella era el problema. Jamás había amado a Nick como se merecía. Se había dejado llevar tanto por sus ansias de tener una vida mejor y por el deseo de que alguien la amase, que no había sabido distinguir entre agradecimiento y amor.

Nick siempre la trató bien. Desde el primer día fue todo un caballero con ella, no le importó que tuviera una hija sin padre, que ni siquiera quisiera decirle quién era, y mucho menos que Helena no fuera como las demás niñas. Estuvo a su lado cuando la pequeña se ponía a hablar sola sobre lo que había aprendido en la escuela, cuando empezó a investigar sobre la fauna marina y se pasaba el día hablando de peces, quisieras o no escucharla; cuando llegaba llorando del colegio porque nadie la entendía, o mejor dicho, porque ella no era capaz de entender a los demás...

Aun así, Zoe no consiguió enamorarse de aquel hombre que no sabía qué hacer para que aquellas dos mujeres fueran felices. Y le daba pena. Sobre todo porque llegó un momento en el que pensó que no podían seguir así, debían separarse por el bien de los dos.

Llevaba tiempo rondándole la cabeza la idea de volver a su pueblo. Temía cuál sería la reacción de su abuela, pero después de tantos años se sentía perdida en Manhattan y necesitaba volver a su hogar. Sentía que se la comían los grandes rascacielos; se perdía en Central Park y todo empezaba a parecerle enorme: las amplias avenidas se le hacían interminables, el puente de Brooklyn por el que tanto le había gustado siempre caminar porque le recordaba a las películas en las que lo veía aparecer, le resultaba eterno; incluso la casa en la que vivía, esa que había elegido con Nick y que un día creyó el hogar soñado, le parecía ahora demasiado espaciosa. Y ella, en ese mundo colosal, cada día iba menguando un poco más; tanto que al final dejó de reconocerse, y en ese instante fue cuando habló con su marido, porque había tocado fondo.

—¿Qué significa que quieres volver a tu pueblo? Estarás de broma, ¿verdad? —Esa fue la reacción de Nick.

—No, Nick, hablo muy en serio. No puedo seguir aquí. Vine para unos meses y llevo ya casi quince años. Necesito volver a mi casa.

—Pero, ¿por qué? —Nick no entendía nada, pensaba que aquello estaba siendo una mala pesadilla.

—Porque este no es mi sitio. Llevo años pensándolo y he aguantado por Helena, pero estoy segura de que en España será feliz.

—¿Y qué me dices de mí? ¿Quieres que lo deje todo?, ¿que deje mi empresa para ir a un pueblo de mala muerte?

—No es un pueblo de mala muerte, y no, no es eso lo que quiero. Hablo de irnos Helena y yo. Solas.

—¿Cómo que solas? Zoe, espero que esto sea una de tus bromas y que lo dejes ya, porque no tiene ni puta gracia.

—No, Nick. Lo siento muchísimo, pero yo... Yo ya no te amo. Quiero el divorcio.

—No. —Nick empezó a caminar por la habitación echándose las manos a la cabeza, todavía sin creer lo que estaba escuchando—. En el caso de que sea verdad lo que me estás diciendo, ¿cómo has pensado irte?

—Tengo algo de dinero ahorrado. En cuanto tenga suficiente, compraré los billetes de avión y nos marcharemos.

—¿Tienes dinero ahorrado? ¿Ese dinero de tus anuncios que nunca te he pedido para que pudieras gastarlo en chucherías? No me lo puedo creer. Por favor, Zoe, dime qué he hecho mal, intentaré solucionarlo. Esto no se ha acabado, es solo una racha. Todas las parejas pasan por crisis. ¿Acaso no has sido feliz a mi lado?

—Sí que lo he sido, pero siempre he sabido que necesitaba más.

—¿Me estás queriendo decir que nunca he sido bastante para ti? —preguntó, ahora además de enfadado, decepcionado.

—No, no es eso. Nick, te pido perdón. En el fondo creo que nunca he sido sincera contigo, quizás no debí aceptar tu proposición de matrimonio cuando me lo pediste, seguramente te habrías enfadado y me habrías dejado. Así te habría hecho menos daño. Perdóname.

—No, vida mía, no hay nada que perdonar. Estos años he sido muy feliz a tu lado, no los cambiaría por nada. Por eso, como creo que tú también has sido feliz, es por lo que no me resigno a que esto haya terminado. Nos debemos una oportunidad.

—Cariño, llevo años dándote oportunidades en silencio. Acepta que no te amo y sigue con tu vida. Encontrarás a otra mujer que te dé lo que yo no he sabido darte, estoy segura. Entonces me lo agradecerás.



—¡No, no y no! —gritó Nick, haciendo que Helena se despertase.

La adolescente entró en la habitación de sus padres y encontró a su madre sentada en la cama, con lágrimas en los ojos, y a su «padre» de pie, con el rostro desencajado.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Helena—. Mañana tengo examen de matemáticas y si no duermo nueve horas no me concentraré.

—Vuelve a la cama, cariño. No pasa nada —la instó su madre limpiándose la cara, pensando por un instante que su hija sería capaz de darse cuenta de que no estaba pasando por un buen momento.

Helena salió de la habitación seguida de Nick. El empresario necesitaba que le diera el aire, se estaba ahogando en aquel cuarto y debía aclarar sus ideas. Desde luego pensaba que Zoe debía recapacitar, había tomado una decisión precipitada y él la convencería de que aquello era una locura. Su sitio estaba en Manhattan, tarde o temprano saldría el papel para la película de su vida, cumpliría su sueño y olvidaría esa tontería de querer volver a un pueblo al que no le debía nada.

Zoe se tumbó en la cama y rompió a llorar en silencio. No deseaba volver a despertar a su hija, pero tampoco podía reprimir más las lágrimas. Aquella niña le recordaba tanto al amor de su vida, que volverlo a ver se había convertido en una necesidad. Aunque solo fuera una vez, pensaba que si no iba a su pueblo y lo volvía a ver en persona, pues lo seguía en la revista *The New York Times* y sabía que se había convertido en un famoso compositor, no volvería a ser feliz jamás. Después, no sabía qué pasaría. Nunca había dejado de amarlo y así se lo haría saber, aunque él tuviese novia (la prensa no decía nada al respecto); se sinceraría, porque así era como lo sentía, como necesitaba hacerlo. Además, deseaba con toda su alma que Helena le conociese; con el tiempo, si conseguía que se llevaran bien, les contaría el parentesco que los unía, y esperaba que ambos lo aceptasen de la mejor manera posible.

Así, imaginando cómo sería la vuelta a su hogar y el reencuentro con su primer amor, consiguió quedarse dormida.

*Te quiero no por quién eres,  
sino por quién soy  
cuando estoy contigo.*  
Gabriel García Márquez

*Chulilla, marzo de 2018*

Gabriel regresó de Miami, después de casi dos meses fuera, con la intención de hablar con Zoe en persona. Últimamente había contestado a los mensajes que esta le mandaba escuetamente, pues le hacía preguntas precisas que no requerían mayor explicación, y aunque escribir siempre había sido la mejor forma de expresar sus sentimientos, sabía, porque así se lo había explicado el cantante Jorge López una noche mientras hablaban del tema cenando, que debía decirle en persona que la quería. Zoe era la única que lo había entendido a lo largo de su vida, la única que le había hecho sentir una persona normal.

Ella, siempre había sido ella, incluso cuando no estaba, incluso cuando ni siquiera sabía si seguiría en este mundo ininteligible para él. Su recuerdo, sus palabras, su apoyo, siempre lo había ayudado en los momentos difíciles.

Nick se había trasladado al hostel, pero seguía en sus trece y no pensaba irse del pueblo hasta que Zoe decidiera volver con él. Que el músico estuviese lejos había sido una ventaja para él, ya que aunque empezara a creer a su mujer cuando le decía que no le amaba, había tratado de reconquistarla haciendo las mismas cosas que antaño había hecho para enamorarla. Incluso cuando ella le pidió que se marchase de la casa de su abuela porque tenerle cerca la perturbaba, él aceptó gustoso, pensando que así sería como volver a empezar.

Lo único que no le gustaba demasiado era ver cómo Helena se estaba adaptando al pueblo. Al principio se ofreció a llevarla él al instituto con el coche que había alquilado en Valencia y que no pensaba devolver hasta su regreso a Estados Unidos. La adolescente aceptó con la condición de que fuese con ellos su amiga Marta; pero una semana después, le dijo que prefería ir en el autobús con todos sus compañeros y eso lo desconcertó. No entendía cómo prefería ir en un incómodo asiento de un autobús escolar a hacerlo en el amplio BMW, pero no quiso poner pegas porque en manos de la niña estaba su

reconciliación con su mujer.

Zoe empezó a respirar cuando su marido se fue de casa, pero aun así seguía en el pueblo, y por más que le pedía que se largase, él insistía en que no lo haría sin ella. No podía conseguir que Nick hiciese lo que ella quería, pero al menos, si estaba fuera de su casa, haría como si no estuviera.

El problema es que su marido no se lo ponía fácil. Acudía a desayunar todos los días al bar de la plaza en el que llevaba dos meses trabajando de camarera, la esperaba cuando salía de trabajar con rosas rojas, sus preferidas, o con un café en un vaso de cartón que sabía que había tenido que comprar en Valencia. Nick se desvivía por que aceptase volver con él, y ella no sabía cómo hacerle entender que eso no ocurriría jamás.

Gabriel entró en su casa, dejó las maletas y, sin saludar a su madre, salió para dirigirse a la casa de Candela. Rosario abrió la puerta hecha una fiera.

—¿Dónde vas sin decirme ni buenas siquiera? —preguntó, hablando más alto de lo normal para estar en la calle.

—Perdona, mamá, me olvidé de que estabas aquí.

El músico retrocedió y besó a su madre en la mejilla. Ella puso los ojos en blanco, recordándose a sí misma que era normal que su hijo hiciera ese tipo de cosas, simplemente porque tenía algo en la cabeza que le importaba más en ese momento que saludarla. El problema era qué sería eso que ocupaba su mente.

—¿Dónde ibas?

—A casa de Candela.

—¿Por qué? —lo interrogó, empezando a inquietarse.

—Tengo que hablar con Zoe. He de decirle que la quiero.

—Ya, y se lo vas a decir así de fácil —murmuró Rosario, mordiéndose la lengua.

—Adiós, mamá. Luego nos vemos.

—Gabriel, vuelve aquí inmediatamente. No me has contado nada de tu viaje, no puedes irte nada más llegar a casa.

—Sí puedo —afirmó este, sin girar la cabeza, mientras tocaba al timbre de Candela.

La anciana tardó unos minutos en abrir la puerta; cada vez le costaba más caminar, y estaba en la planta de arriba recogiendo las habitaciones.

—Hola, Candela, ¿está Zoe en casa? —preguntó el pianista.

—No, cariño, Zoe está trabajando.

—¿Trabajando? ¿Dónde?

—En Los Picapiedra.

—¿El bar de la plaza?

—Sí.

—Gracias. —Gabriel empezó a correr hacia la plaza, dejando a la anciana con la palabra en la boca.

Mientras lo observaba alejarse, pudo percatarse de la mujer que estaba en la puerta de la casa de al lado, con cara de pocos amigos. Rosario giró la cabeza y vio a su vecina. Al verse descubierta, se metió en su casa rápidamente y Candela suspiró. Aquella mujer iba a ser un hueso duro de roer; solo esperaba que al final su nieta consiguiera domar a la bestia.

Gabriel entró en el bar y buscó a la camarera por el pequeño recinto. No tardó en encontrarla limpiando la barra. Se acercó y se sentó en una silla que estaba frente a ella. Cuando Zoe levantó la cabeza para preguntarle al recién llegado qué iba a tomar y vio de quién se trataba, su corazón se aceleró y las piernas le temblaron tras la barra.

—Gabriel, ¡qué alegría verte! —exclamó con un nudo en la garganta. Que últimamente hubiese contestado a mensajes del tipo: «Hola, ¿cómo estás?, ¿qué tal te va por Florencia?»; o a preguntas como «¿Ya has grabado el disco con Jorge López en Miami?», le hacía pensar que ya no estaba enfadado con ella. Aun así, sus respuestas habían sido tan concretas, a sabiendas de que con la escritura era como mejor se expresaba, que le hacía guardar cierto resquemor sobre lo que pensaría de ella en ese momento.

—¿Por qué trabajas de camarera? —le preguntó.

—Porque necesito trabajar, y esto es lo único que me ha salido desde que llegué —contestó Zoe con cierta vergüenza—. ¡Hay que trabajar en algo!

—Sí, pero ¿y tus sueños?

—Mis sueños solo son sueños, la realidad es muy diferente. ¿Te pongo algo?

—No, yo... Solo he venido a decirte que te quiero —soltó de golpe—. Adiós.

Gabriel se levantó de su silla y empezó a caminar hacia la calle, dejando a la camarera con la boca abierta y sin saber qué hacer. Era la primera vez que le decía que la quería, jamás había escuchado de sus labios más que afirmaciones cuando ella le preguntaba, y sabía lo mucho que le habría costado pronunciar esas palabras. ¿Qué debía hacer? No podía irse del

trabajo, correr detrás de él sin más, aunque fuera lo que más deseara en ese momento. No le quedaba otra que esperar a que su turno acabase, rezar por que Nick no la estuviese esperando y acudir a su ventana, como antaño, para rogarle que repitiera esas palabras que se le habían clavado en el alma y que no se quitaría de la cabeza en toda su vida.

La jornada se le hizo eterna, las horas no pasaban, era como si el tiempo se hubiese detenido. Ese día no apareció Nick por allí, y rogó al universo que hubiese ido a la ciudad a algo y que tardase mucho en volver. No quiso ni comer cuando terminó su turno; deseaba salir de allí cuanto antes y correr hacia la casa de Gabriel.

Sin embargo, cuando salió a la calle sus esperanzas se desvanecieron al encontrarse a Nick en la puerta, esperándola.

—Urrrggghhh —gruñó Zoe, intentando pasar por su lado como si no estuviese.

—Hola, mi vida. ¿Qué tal la jornada hoy?

—Piérdete —masculló entre dientes.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado o qué te he hecho yo para que me hables así? —preguntó el aludido, sin entender su repentino comportamiento.

—¿Que qué me has hecho? ¡No dejarme en paz! ¿Te parece poco? No sé qué esperas conseguir, pero me siento impotente de ver que por más que te digo, tú sigues aquí.

—El que la sigue la consigue, y yo no pienso irme hasta que lo haga.

—Joder, Nick, olvídate un rato, ¿quieres? Te lo pido por favor, ¡me estás asfixiando! —gritó la camarera en mitad de la plaza del pueblo.

Varios vecinos se los quedaron mirando; Zoe estaba segura de que esa tarde ya tendrían carne fresca sobre la que hablar, pero poco le importó. Empezaba a cansarse de las habladurías de unos y de otros, había vivido muchos años en una ciudad en donde la gente iba a su aire y donde lo extraño era que alguien se preocupara por uno, como para no notar la diferencia; y aunque al principio le recordó a su infancia y en cierto modo le gustó, empezaba a asquearle no poder hacer su vida sin que fuera cuestionada.

—Está bien, te dejaré hoy para que hagas lo que sea que tengas que hacer. Desde luego, has salido del trabajo de muy mal humor. Mañana nos vemos —anunció Nick despidiéndose de ella.

—No, Nick, tú eres lo que me ha puesto de mala hostia —susurró ella mientras veía a su marido caminar hacia el hostal.

Zoe corrió cuesta abajo y llegó a la esquina de la casa de Gabriel acalorada. Se recompuso caminando despacio los cuatro metros que le quedaban hasta llegar a su ventana, y una vez allí, tocó con las llaves sobre el cristal.

Gabriel estaba sentado en su escritorio, repasando unas melodías, cuando la escuchó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó tras abrir la ventana.

—He venido por eso que me has dicho antes, en el bar, ya sabes.

—Hablas de cuando te he dicho que te quiero —confirmó él, con la misma naturalidad que si estuviese hablando del tiempo, pues en ese momento no lo estaba asociando con sentimientos.

—Sí.

—Ah, bien.

Los dos se quedaron callados, Zoe mirándolo a los ojos y él con la vista perdida, sin entender de qué más quería hablar la camarera.

—¿Podrías repetirlo, por favor? —pidió ella, viendo que él no pensaba decir nada más.

—¿Para qué?

—Porque necesito escucharlo con más calma. Ya sabes, ahora que no estoy más preocupada en hacer bien mi trabajo que en escuchar a mi amor de juventud, necesito saber qué sientes por mí.

—Yo... —Gabriel intentó hablar, que las palabras acudiesen a su boca fácilmente, como cuando hablaba de Mozart o Beethoven, pero no lo consiguió. En el bar había ido todo el camino pensando en lo que iba a decir; ahora le pillaba de improviso, y no sabía cómo decirle a aquella mujer todo lo que sentía por ella.

De pronto ambos oyeron sonar el timbre de su casa, y cada uno se giró en la dirección hacia donde estaba: ella hacia la esquina de la calle y él hacia dentro de la vivienda; intrigados por saber quién acababa de llegar. A Zoe le sorprendió no haber visto a ninguna vecina pasar de la acera de su casa a la de Gabriel; quienquiera que fuese, habría llegado desde la plaza, como ella hacía escasos minutos.

—¿Quién eres tú? —se escuchó vociferar a Rosario.

—¿Qué pasa ahí adentro? —preguntó Zoe, intrigada.

—No lo sé. Me resulta familiar la voz, pero... —respondió el músico, tratando de escuchar.

Entonces, dos mujeres entraron en su habitación, ante la mirada atónita de la

vecina en la calle y del músico junto a su ventana.

—Esta señora dice que te conoce y que ha venido a verte. ¿Es eso cierto, hijo? ¡No sabía que hubieses invitado a nadie! —bramaba Rosario hecha una furia porque no le gustaban las sorpresas, y menos de ese tipo.

—Electra, ¿qué haces aquí? —preguntó Gabriel.

—¿Electra? —Zoe abrió mucho los ojos, sin entender qué hacía aquella mujer en la casa de Gabriel, ¡en su pueblo! Sabía, porque Gabriel nunca le había ocultado nada, quién era ella, y su presencia allí no le hacía ninguna gracia; casi tanta o menos que a Rosario.

—Gabriel, me he tomado la libertad de venir a verte porque quería hablar contigo de algo —explicó la recién llegada.

—¿Tiene que ver con el concierto del próximo mes? Porque si es por eso, podías haberme llamado por teléfono. Además, eso es problema de tu hermano, no tuyo. Una cosa es que asistas a todo y otra que te creas miembro de la orquesta.

—No, no. Me refería a nosotros.

—¿A nosotros? —preguntó Gabriel, sorprendido.

—Bueno, yo... Pensé que después de lo que pasó entre nosotros el mes pasado algo habría que hablar. He estado esperando a saber que habías vuelto a España y bueno, ¡aquí estoy! ¿Podríamos hablar en la intimidad?

—¡¡De eso nada!! —exclamaron Rosario y Zoe a la vez.

Entonces, Zoe recapacitó sobre lo que acababa de escuchar, algo que en principio había pasado por alto pero que, segundos después, le retumbaba en la cabeza como un saco de boxeo.

—Un momento, ¿qué pasó entre vosotros el mes pasado? —preguntó.

—Zoe, largo a tu casa, que aquí ya tenemos bastante lío los que estamos dentro de la habitación —la instó Rosario, queriéndose quitar dolores de cabeza.

—¿Gabriel? —reiteró la vecina.

—Gabriel, ¿quién es esta mujer? —preguntó Electra, pues nunca le había escuchado hablar de ella.

—Es mi vecina, Zoe —explicó él. Y dirigiéndose a la camarera, añadió—: Electra solo es una mujer con la que me acuesto de vez en cuando, eso ya lo sabías. No sé de qué quiere hablar, si lo único que hemos hecho ha sido acostarnos una vez más.

—Ya, y yo solo soy una vecina. Bien..., que os aproveche —musitó Zoe

antes de salir corriendo hacia su casa.



*Si supiera que el mundo se acaba mañana,  
yo, hoy todavía, plantaría un árbol.*  
Martin Luther King

*Manhattan, junio de 2017*

Zoe tardó casi dos años en conseguir el dinero que, como tantas veces había soñado, le devolvería la libertad. No tenía claro qué le estaría esperando en su pueblo, no sabía ni siquiera si su abuela seguiría viva, pero tenía que intentarlo. Volver a casa era lo que más deseaba en el mundo. Volver a sentirse en su sitio, no como había pasado los últimos dieciséis años de su vida, perdida en la Gran Manzana, hablando un idioma que no era el suyo, y compartiendo la cama con un hombre a quien no amaba.

Iba a ser duro, eso lo sabía. Sobre todo para Helena. En cierto modo, todo lo estaba haciendo por ella. Aunque la joven era feliz en la ciudad de los rascacielos, sabía que la mayor parte del tiempo se sentía una incomprendida, y deseaba con toda su alma que Gabriel siguiera viviendo en el pueblo y lo pudiese conocer, no solo porque era su padre, sino además porque era igual que ella. La idea de que juntos se entenderían y se harían felices el uno al otro había empezado a rondarle la cabeza de tal modo que los últimos meses se le hicieron eternos.

Había tenido que esconder el dinero que ganaba de algún que otro anuncio que le salía para que Nick no supiese que seguía con la idea de marcharse de Nueva York.

Desde aquella noche fatídica en la que su esposo no quiso asumir que aquello se había terminado, había compartido su hogar con el único propósito de conseguir el dinero que necesitaba para los billetes de avión y algo en metálico. En Chulilla no sabía el tiempo que tardaría en encontrar un trabajo, y debía ir con los bolsillos llenos por lo que pudiera pasar. Aun así, no consiguió ahorrar demasiado, pero le pareció suficiente el día que en la agencia de viajes le pudieron dar fecha para viajar con su hija.

Esa tarde, cuando Nick llegó de trabajar, su mujer lo esperaba sentada en el sofá para hablar con él con calma.

—Nick, no sé cómo decirte esto, pero... —Se puso en pie, dándose cuenta de que sentarse no había sido buena idea, pues los nervios la hacían estar en continuo movimiento—. Helena y yo nos vamos a España en dos semanas.

Nick la miró con el ceño fruncido, apretó la mandíbula y empezó a encolerizarse, pues creía que ese tema había quedado en el olvido. Por un momento, Zoe sintió miedo. Jamás lo había visto así y temió no haber hecho las cosas correctamente y que aquello tuviera consecuencias nefastas. Su marido jamás le había puesto la mano encima, ni siquiera se había enfadado con ella nunca tanto como para que temiera que llegase a hacerlo; pero en ese momento, pensó que podría ser capaz de todo.

—No, no os vais. Ya te lo dije hace dos años, no sabes lo que dices.

—Claro que lo sé, y estoy harta de que no atiendas a razones.

—¿Qué razones? ¡No me has dado ninguna razón!

—Necesito volver a mi casa, encontrarme a mí misma. Aquí..., aquí me siento vacía, no soy nada.

—Claro que lo eres, como tu nombre indica, eres Zoe, mi vida. —La mujer no pudo evitar sonreír al escuchar aquello. Nick fue quien se encargó de averiguar y de hacerle saber que el significado de Zoe era vida, y así le dijo que la llamaría siempre: «Mi vida».

—No, Nick, no sigas por ahí.

—Porque sabes que tengo razón, por eso no quieres que continúe.

—No, estás muy equivocado, y nos vamos a ir quieras tú o no.

—A ver, mi vida, sentémonos —la instó, mostrando el sofá con la palma de la mano. Zoe, al ver que su marido intentaba tranquilizarse, hizo caso y se sentó a su lado—. Está bien. Si quieres ir a España, no te lo voy a impedir. Ve unos meses, encuéntrate a ti misma, y vuelve.

—No pienso volver —negó ella.

—Eso no lo sabes. Cuando estés allí y veas que tu pueblo no tiene nada en comparación con la ciudad en la que vives, me llamarás para que te saque los billetes de vuelta, y yo os estaré esperando. Tienes idealizada tu juventud, por eso crees que estarás mejor allí, pero te aseguro que en cuanto llesves dos días fuera echarás de menos esto.

—No voy solo por mí, también lo hago por Helena.

—Ya, seguro que a ella le hace mucha gracia eso de irse de Nueva York —ironizó el empresario.

—No, la verdad es que no, pero es por su bien. Ya me lo agradecerá.

—Si no quiere irse, déjala conmigo. Ve tú a hacer lo que sea que quieras hacer allí, y no le arruines la vida a Helena.

—¿Se puede saber qué coño dices? Es mi hija y solo tiene quince años,

donde vaya yo irá ella.

—¡Pero si tú al fin y al cabo vas a volver! —insistió Nick.

—Que no, que me voy para siempre, acéptalo. Acepta que lo nuestro terminó hace mucho, que no quiero seguir viviendo en esta enorme ciudad, que necesito pasar los días que le queden a mi abuela, si es que sigue viva, junto a ella.

—¿Ves? ¡Ni siquiera lo sabes! No te has molestado en llamar a nadie, en ponerte en contacto aunque fuera por las redes sociales con tus amigas de la infancia. ¿Qué crees que te está esperando allí?, ¿cómo crees que te recibirá la gente? Si no volviste hace dieciséis años por miedo a lo que dirían de ti, ahora va a ser peor, ¿es que no lo ves?

—Hace dieciséis años era una cría asustada que había viajado en busca de un sueño y acabó trabajando de camarera en un bar de mala muerte; ahora soy una mujer adulta a quien no le importan los comentarios de los demás y que no tiene nada que perder.

—¿Cómo que no? Me perderás a mí con esta actitud —amenazó Nick, apuntándola con el dedo.

—No se pierde lo que no se tiene, y nosotros hace años que no nos tenemos el uno al otro.

Zoe se levantó del sofá y se dirigió a su habitación, preocupada porque no le apetecía dormir con su marido como hasta entonces. Hacía meses que no hacían el amor, ella siempre ponía cualquier excusa para evitarlo, pero compartían un lecho que, esa noche, prefería encontrar vacío.

Se metió en la cama y se tapó con la sábana hasta la cabeza, pese al calor que hacía, para sentirse escondida en una casa que ya no consideraba suya. La había comprado con Nick, pero fue él quien se encargó siempre de pagarla y ella tenía suficiente con que le hubiese dejado ahorrar para su viaje de vuelta. Las cosas materiales se las podía quedar él en compensación por el dolor que estaba segura de que le estaba causando.

Pensar en eso le hizo sentirse egoísta y mezquina. Se levantó de la cama y volvió al comedor, donde Nick seguía sentado, con la mirada ausente y una copa de *whisky* en la mano.

—Perdóname, por favor —rogó Zoe, sentándose sobre sus rodillas—. Nunca quise hacerte daño. Has sido bueno conmigo, siempre he tenido cuanto he deseado a tu lado, me has tratado como a una princesa...

—¿Pero? —susurró, con la voz entrecortada.

—Pero se acabó, cariño, y aunque no lo creas, lo siento muchísimo.

—Mi vida, vamos a hacer una cosa, ¿vale? —Antes de que Zoe le pudiera interrumpir, él chistó poniéndole un dedo sobre sus labios, un gesto que ella siempre hacía cuando pensaba en algo y que a él tanto le gustaba—. Dejaré que te marches. Que os marchéis —rectificó—. Yo os esperaré aquí, y si pasados unos meses no habéis vuelto, entenderé que no lo pensáis hacer y seguiré con mi vida. Si por el contrario, dentro de unos meses ves que aquello no es lo que imaginabas y deseas volver a mi lado, te estaré esperando.

—Me parece justo —admitió Zoe, dándole un beso en la mejilla.

Los días siguientes fueron un no parar de un sitio a otro. Helena no es que fuera una niña a quien le gustase la ropa de marca como a la mayoría de su edad, pero sí era muy selectiva en cuanto a telas que su piel no soportaba, o colores: sobre todo solía vestir de rojo porque le recordaba al tomate, comida que le gustaba mucho; y odiaba vestir de verde, porque detestaba la verdura. Zoe no podía arriesgarse a ir con lo justo y que una vez en el pueblo no tuviera donde comprarle a su hija lo necesario, sobre todo si seguía estando el mismo autobús que ella recordaba, pues solo iba a Valencia por las mañanas muy temprano, y regresaba al pueblo por la noche. Todo un día de compras con Helena en la ciudad podía ser una locura. A veces Zoe pensaba que sabía ya casi tanto de peces como su hija, que era quien dedicaba su vida a su investigación, pues pasaba las horas a su lado hablando de lo mismo una y otra vez, una tortura si las horas eran excesivas. Por eso, en Manhattan, con visitar un par de tiendas tendría suficiente.

Además, aprovechó para quedar con su mejor amiga, Kelly; una de las cosas que más le iban a doler de irse de allí era dejar de ver a esa chica que había sido toda una jovencísima madre para ella. Cuando la conoció, la vio tan desamparada que convenció al jefe para que la contratase, pese al estado en el que se hallaba. Ella misma pagó su seguro médico y le dio de su bolsillo durante los meses que Zoe estuvo de baja, pero de eso no se enteró hasta años después y porque se vio descubierta. Nick nunca acabó de entender por qué su jefe la había contratado estando embarazada; incluso llegó a pensar que su chica le gustaba y que deseaba algo más de ella, o quizás ya lo hubiese habido antes de que ellos se conociesen. Tanto insistió una tarde en la que estaban con Kelly y su marido, que la camarera no tuvo más opción que decir la verdad; habían pasado muchos años y no pensó que importase ya. Pero Zoe le estaría eternamente agradecida por ello. Si no llega a ser por ella, no sabía dónde

habría terminado.

—*Baby*, no puedo creer que te vayas para siempre —sollozaba la amiga la mañana en la que por fin saldrían ella y su hija, aunque a regañadientes, hacia España.

—¡Nunca es para siempre, exagerada! Vendré de viaje, y tú también has de hacerlo. Quiero que conozcas mi pueblo. ¿Vendrás?

—Por supuesto, ¿acaso lo dudabas? Iremos toda la familia, así que ve diciéndole a tu abuela que vaya preparando habitaciones.

Zoe agachó la cabeza, melancólica.

—Ojalá siga viva —suspiró.

—Claro que sí, *baby*. ¿No decías que era una mujer de hierro? Seguro que sigue en su vieja casa esperándote.

—Estoy aterrada, *mommy* —afirmó, llamándola con el mote cariñoso con el que siempre se mencionaban.

—Pues no lo estés, todo va a salir bien, hazme caso. ¿Cuándo me he equivocado yo, eh? Venga, id entrando ya al control de seguridad o perderéis el avión; están llamando a los pasajeros de vuestro vuelo.

Zoe giró la cabeza y cruzó los ojos con Nick. Ese simple gesto la avergonzó porque no podía evitar sentirse como si estuviese haciendo algo malo. Por eso, bajó la mirada mientras se dirigía hacia él para despedirse.

—Adiós, Nick.

—No es un adiós, mi vida. Es un hasta pronto.

Helena estaba cogida del brazo de Nick y se resistía a soltarse. Tuvo que ser su madre quien liberase el agarre; tras conseguir separarlos, le cogió la mano para que no se escapase de su lado. Sabía que estaba muy enfadada, que para ella era lo peor que le podía hacer, pero no derramó ni una lágrima. A Zoe alguna vez le habría gustado que su hija le demostrase sus sentimientos, pero ella era así y sabía que no podía hacer nada por evitarlo. Esperaba de corazón que cuando conociese a Gabriel, la conexión entre ellos hiciese que todo ese malestar desapareciese, porque de no ser así, lo pasarían muy mal las dos.

—Lo que tú digas —aceptó Zoe, levantándole las cejas en señal de despedida.

Nick hizo intención se acercarse para darle un beso en los labios, pero cuando fue a hacerlo, Zoe ya estaba corriendo con su hija de la mano.

*El más difícil no es el primer beso,  
sino el último.*  
Paul Géraldy

*Chulilla, marzo de 2018*

Cuando Gabriel consideró solucionado el problema de Electra, salió de su casa dejando a su madre con la palabra en la boca, pues la mujer habría querido opinar sobre la relación de su hijo con aquellas dos mujeres y no pudo hacerlo, y se dirigió a la casa de Zoe.

La camarera, cuando escuchó el timbre sonar, abrió enojada, pensando que se trataría de Nick de nuevo.

—Te he pedido, por favor, que me dejes en... —Pero calló al encontrar frente a ella a su músico favorito.

Estaba enfadada, se acababa de enterar de que Gabriel se había acostado recientemente con Electra y no conseguía entender por qué. ¿Lo habría hecho por despecho, tras enterarse de que estaba casada? Estaba segura de que él no conocía el significado de esa palabra, la gente como él no actuaba siguiendo ese tipo de impulsos. Ellos no eran tan complejos y no se movían por pensamientos mezquinos como el resto de los mortales.

—Perdona, creía que eras Nick —se excusó—. ¿Qué quieres?

—He venido a decirte que ya he resuelto el problema de Electra, ya no está en mi casa.

—¿Qué bien! —habló con sarcasmo Zoe.

—Sí, qué bien —afirmó él, sin entender que Zoe en realidad no se alegraba tanto como él—. ¿Nick continúa en el pueblo?

—Sí —afirmó ella, seca—. ¿Te acostaste con Electra en Florencia?

—Sí, ya te lo he dicho. ¿Puedo pasar?

Zoe, viendo que no era un tema de conversación para tener en la puerta de la casa, lo hizo entrar, con miles de preguntas en la cabeza.

—¿Por qué lo hiciste?, ¿es que no me amabas a mí entonces? ¿Lo que pasó entre nosotros no significó nada para ti? ¿Lo hiciste porque estabas enfadado conmigo?

—Porque tenía ganas de sexo, sí, sí y no —respondió él a cada una de sus preguntas.

—Gabriel, no espero que entiendas lo doloroso que es para mí saber que has

estado con otra mujer después de que yo te dijera cuánto te amaba, pero ¿podrías hacer un esfuerzo, por favor?

—Tú estás casada, para tu marido también debe de ser igual de doloroso saber que te has acosado con otro hombre, y sin embargo, lo hiciste. ¿Cuál es la diferencia?

—Que yo me voy a divorciar de él, que Nick sabe desde hace dos años que ya no le amo, que mi corazón es a ti a quien ha pertenecido siempre. Esa es la puta diferencia.

—Si es así, ¿por qué sigue aquí?

—Porque no se da por vencido, pero tarde o temprano se irá. ¿Y Electra? ¿Qué has hecho con ella?

—La he mandado al hostal.

—¿Al hostal? ¿Hasta cuándo?, ¿sigue queriendo hablar contigo?

—No lo sé. No puedo saber cuáles son las intenciones de las personas, ni siquiera sé por qué está aquí.

—Porque te acostaste con ella y cree que puede obtener algo más de ti, es obvio.

—Para mí no lo es —negó el pianista.

—Has debido de hacer algo para que piense así, aunque tal vez no te hayas dado cuenta. El caso es que te acostaste con ella después de haber estado conmigo, no es algo fácil de digerir.

—No estamos hablando de comida, no entiendo qué quieres decir.

—Pues que no puedo pensar en ti y en lo que me has dicho antes sin que me duela el corazón al imaginarte en los brazos de esa mujer. Pensé que entre nosotros había algo especial, que siempre lo hubo. Me hice ilusiones cuando me confesaste que no habías tenido ninguna relación seria, fui tan ilusa de creer que había sido así porque nunca me olvidaste. Pero veo que estaba equivocada, porque no te importa acostarte con cualquier mujer a sabiendas de que yo te amo. Dime, ¿es verdad lo que me dijiste antes, en el bar?

—Sí —respondió él, sabiendo de lo que Zoe hablaba—. ¿Qué... Qué podría hacer para demostrártelo?

—Podrías darme un beso —sugirió ella, más por las ganas que tenía, a pesar de todo, de volver a besar a aquel hombre, que porque sintiera que las cosas estaban bien.

El pianista se acercó, cogió su barbilla y le dio un tierno beso en los labios. Allí no podían hacer más que eso, pese a que ese beso había despertado en

ambos la necesidad de estar juntos; su abuela había salido a comprar y Helena no tardaría en llegar del instituto. En breve estarían acompañados.

—Gabriel, como sé que si no te lo digo, después de este beso tú no lo vas a poder entender, quiero que sepas que sigo muy enfadada. No puedes acostarte con alguien solo porque te apetezca —señaló Zoe—. Me apetecía besarte, me encantaría hacerte el amor aquí mismo, pero eso no va a pasar más. No al menos hasta que consiga aceptar lo que hiciste.

—Te equivocas, sí puedo acostarme con alguien solo porque me apetezca, pero no lo haré nunca más. Me he dado cuenta de que no me gusta el sexo sin amor —confirmó él mirándola a los ojos, como pocas veces hacía.

—Oh, Gabriel, eso es lo más bonito que me has dicho nunca... —musitó Zoe, sintiendo que no era el mejor momento para escuchar aquello. Necesitaba estar enfadada. No podía evitar decirse a sí misma que porque su vecino fuera diferente no podía perdonarle todo lo que hiciera; sin embargo, aquello le había llegado muy hondo.

—¿El qué? —preguntó el músico sin entender nada.

—Acabas de confesar que estás enamorado de mí, y lo peor de todo es que ahora mismo no puedo estar contigo.

—Pero ¿por qué no? Lo primero que he hecho cuando he llegado ha sido buscarte para decírtelo. ¡Joder, no entiendo nada!

—¡Porque te has acostado con Electra! Yo hace más de un año que no me acuesto con Nick. Solo pensar que iba a venir, solo con imaginar volver a verte, hacía que no pudiera ser de ningún otro hombre. No solo mi corazón te pertenece, también lo ha hecho mi cuerpo siempre.

—Entonces, ¿por qué no volviste antes? ¿Por qué te casaste con él?

—Por miedo, porque Nick me ofreció una estabilidad que un día creí que nunca merecería, porque me sentía sola...

—Sigo pensando que deberías haber vuelto, sigo sin entender por qué no lo hiciste. Además, tanto que dices que solo has estado con Nick, ¿qué me dices del padre de Helena?

—¡¡El padre de Helena eres tú!! ¿Es que no te das cuenta?, ¿no eres capaz de ver que es igualita a ti?

—¿Qué? —Gabriel se quedó inmóvil, intentando mirar a Zoe a los ojos, aunque el estado de excitación en el que se hallaba hiciese que su cabeza se moviera a un lado y a otro y le resultase difícil.

—Me fui de aquí embarazada de ti, por eso no llegué a rodar la película.



Peter Coleman se enfadó tanto cuando se enteró que me despidió.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Ella lo sabe?

—No. Estaba esperando a que os conocieseis más para contároslo a los dos.

—Bien. Díselo y dile que mañana por la mañana la llevaré al Oceanogràfic. A las diez en punto la recogeré.

—¿A ella sola? —preguntó Zoe con una mezcla de enfado y frustración.

—Sí. Creía que ya no podías decepcionarme más, pero veo que contigo eso es imposible. No sabes hacer otra cosa que mentir.

—No, Gabriel, yo nunca te he mentido a conciencia. Omitir no es mentir, y cuando te dije que volvería en unos meses, yo no sabía lo que iba a pasar; técnicamente eso no fue mentirte.

—Da igual la manera en que lo hicieras. Mi madre tenía razón, siempre la ha tenido. No eres buena para mí.

—No, Gabriel, no te vayas, por favor... —Trató de cogerle del brazo antes de que saliese del comedor, pero él se lo impidió.

—A las diez de la mañana me llevaré a Helena, si no te importa.

Gabriel cerró la puerta tras de sí y Zoe cayó al suelo, derrotada, y ahí mismo se agarró las piernas con los brazos y rompió a llorar, sin importarle si en ese momento llegaba su abuela y la encontraba allí tirada.

Cuando llegó Candela y halló a su nieta en el suelo se temió lo peor, y arrodillándose como buenamente pudo, pues sus piernas flaqueaban a su edad, se colocó a su lado.

—Hija mía, ¿Helena está bien?

—Sí, yaya, no ha llegado aún del instituto, hoy tenía teatro después de las clases —explicó, sollozando.

—Entonces, ¿qué es lo que te pasa? ¿Ha ocurrido algo con Gabriel?, ¿es por culpa de Nick?

—Me pasa que lo hice mal, yaya. No debí ocultarle a Gabriel que Helena era hija suya, o al menos no desde que llegué de Nueva York. Debí decírselo en cuanto tuve ocasión, pero como siempre, como todo lo que hago, lo hice mal, porque soy así, porque no sé hacer una puta cosa bien. No sirvo para nada, soy una mierda, yaya. —Zoe rompió a llorar desgarradoramente. Se sentía miserable y, sobre todo, tremendamente triste porque Gabriel nunca le había hablado como esa tarde. Sentía que había perdido al único hombre que había amado en su vida, a la razón por la que estaba allí. Sin él en su vida no

sería feliz jamás, sobre todo ahora que se habían reencontrado, y no imaginaba una forma de que la perdonara, pues tenía razón en todo. Ella le había mentido, sin querer, pero lo había hecho, y eso él no lo soportaba.

—No, cariño. Ni se te ocurra volver a decir que eres algo así o te juro que con los ochenta y cinco años que tengo, todavía te doy un sopapo que te cruzo la cara. ¿Por qué te crees que tienes tu nombre? Porque tú das vida a esta casa, mi amor. Yo fui quien lo eligió cuando naciste porque con la vida que llevaba tu madre, temí durante todo el embarazo que no llegaras a nacer. Para mí fue un milagro, la vida llegó a mí en forma de un bebé que me necesitaba, y desde entonces supe que sin ti no podría vivir.

—Oh, yaya, nunca me habías contado eso... No sabes lo mal que me siento por lo que hice, sé que debiste pasarlo muy mal.

—Ya te dije que el pasado había que dejarlo atrás. Lo importante es que estás aquí, que voy a pasar mis últimos días a tu lado. Y cariño, no te lo dije nunca porque no quería que te sintieses mal por lo que hizo tu madre; ella se juntó con malas compañías y le vino grande tenerte tan joven, pero tú has demostrado mucha madurez y estoy muy orgullosa de ti. Te quiero, pequeña, y sea lo que sea que te haya pasado con Gabriel, estoy segura de que él también te quiere y de que se arreglará.

—No lo sé, yaya, es complicado... Él se acostó con otra en Florencia solo porque le apeteció, no esperaba algo así de él.

—¿Por qué no, cielo? Es un hombre, ¿qué esperabas?

—Le dije que le amaba, que siempre había sido él y solo él... Y luego se enteró de que estaba casada... Supongo que debió de pensar que le había mentido, como cree que le he mentido en todo. Le acabo de decir que Helena es suya; no pensaba decírselo aún, pero no he tenido más remedio.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—No lo sé. Por la parte que le toca a mi hija, mejor de lo que esperaba. Mañana se la va a llevar a Valencia. En cuanto a mí... No creo que me perdone jamás habérselo ocultado.

—Lo hará, tarde o temprano lo hará; ya lo verás.

—Ya, pero... ¿y yo? ¿Le perdonaré que se haya acostado con Electra? Me pregunto si no debí quedarme en Manhattan. Desde que tomé la decisión de volver, no he hecho más que hacerle daño a todo el mundo: a Nick, a Helena, a Gabriel...

—¿Y qué me dices de mí? ¿Pensabas dejar que muriera sin volverte a ver?

—preguntó Candela acariciando el pelo de su nieta.

—No, yaya. Me sentía muy mal por ti. No me arrepiento de haber vuelto, pero...

—Anda, ve a lavarte la cara. Helena está a punto de llegar y tenemos que hablar con ella, ¿verdad? Será mejor que no te vea decaída.

Zoe se levantó del suelo y ayudó a su abuela a hacer lo mismo. Entró en el cuarto de baño, se lavó la cara y se miró al espejo pensando qué debía hacer. Gabriel y ella estaban enfadados pero no por eso dejaba de amarle, quería estar con él por encima de todo, y ahora que sabía que Helena era su hija, tenía un motivo por el que luchar. Hablaría con Nick para que se fuera de una vez por todas, le diría que Gabriel ya sabía lo de su hija y que de una manera u otra arreglarían sus problemas para poder estar juntos, como nunca debieron dejar de estar.

*Los celos nacen del amor  
pero no mueren con este.*  
André Maurois

*Chulilla, marzo de 2018*

Gabriel sintió que la cabeza le iba a estallar cuando salió de casa de Zoe. Se acababa de enterar de que era padre, y no solo eso, sino que, además, había tenido una hija con la mujer que había amado siempre, con el amor de su vida. Sin embargo, se sentía enfadado. Quería cumplir como padre con su hija, acercarse más de lo que lo había hecho desde que habían llegado al pueblo para conocerla mejor, darle el amor que su padre le había enseñado a dar, aunque a él le costase más que a las personas que no eran Asperger demostrar sus sentimientos.

Lo curioso era que al ser su hija igual que él, tal vez no tendría que esforzarse demasiado, tal vez lo entendiera mejor que el resto de la gente que le rodeaba. Eso le hizo feliz. Con Helena no tendría que desvivirse en ser como los demás esperaban que fuese, con su hija podría ser él mismo, porque ella también era *aspie* y se entenderían sin necesidad de cuestionarse las cosas.

Entró en su casa y buscó a su madre. La encontró en la cocina, preparando la cena. Se quedó apoyado sobre el marco de la puerta, sin dejar de pensar en Helena.

—Hijo, estabas ahí, ¡qué susto me has dado! —exclamó Rosario cuando se dio la vuelta y lo vio.

—Mamá, Helena es hija mía —soltó sin pensarlo dos veces.

—¿Qué Helena?, ¿qué tonterías estás diciendo? —preguntó Rosario, haciéndose la ingenua.

—La hija de Zoe. Bueno, también es mi hija.

—Eso no puede ser. Seguramente sea de ese director de cine americano con el que se fue y quiere endosarte la niña a ti. ¿Qué se supone que quiere?, ¿dinero?

—No, no hemos hablado de nada de eso. Es mi hija. Es Asperger como yo, y aunque hasta ahora no me había fijado, se parece mucho a mí.

—Que sea Asperger no significa que tenga que ser tuya.

—Mamá, solo quería informarte y ya lo he hecho. No digas nada más, por

favor.

—Pero es que...

—Ssshh. Basta. Si dices una palabra más al respecto que directa o indirectamente sugiera que Helena no es hija mía, me iré de esta casa y no volveré a vivir aquí jamás. ¿Me has entendido?

—No puedes...

—Sí puedo, mamá. Puedo hacer lo que me dé la gana, y tú ya no me lo vas a impedir más. ¿Lo entiendes?

—Sí, perfectamente —asintió la madre dándose la vuelta para continuar con la cena, sin entender por qué su hijo actuaba así. Desde luego, la víbora de su vecina tenía que haberle lavado el cerebro, porque él nunca se había comportado así con ella. Aunque en ese momento hubiera aceptado su silencio, aquello no iba a quedar así.

Gabriel salió de la cocina y llamó a Electra. La italiana estaba cenando en el restaurante del hostel, enojada porque había viajado a España para nada. Al ver la llamada del compositor descolgó rápidamente, esperanzada.

—Electra, tenemos que hablar —informó el músico.

—Sí, claro. ¿Podemos hacerlo ahora?

—Sí, dime dónde estás y voy.

Diez minutos después, tras discutir nuevamente con Rosario porque se marchaba dejándola con la cena hecha, estaban sentados el uno frente al otro, Electra terminando de cenar y Gabriel pensando si pedirle un café al camarero. A pesar de no haber cenado, tenía el estómago cerrado y no le apetecía comer nada.

—Tú dirás —lo instó la joven.

—No, di tú. ¿No has venido a hablar conmigo? Pues habla.

Electra nuevamente quedó decepcionada. Las palabras de Gabriel le habían hecho pensar que era él quien deseaba decirle algo, y su actitud fría y distante la desconcertó.

—Como te dije antes en tu casa, he venido a hablar sobre nosotros —empezó a explicar la joven.

—Electra, ¿he hecho o dicho algo que te haya hecho pensar que hay un «nosotros»? —preguntó él, pues sabía que a menudo no sabía entender entre líneas y su forma de comportarse podía dar lugar a dudas.

—Como nos acostamos después de tanto tiempo sin hacerlo, pensé que te habías dado cuenta de que sentías algo por mí. Gabriel, yo estoy enamorada de

ti. ¿No podríamos intentar dar un paso adelante?

—¿Un paso adelante?

—Sí, quiero decir, que seamos algo más que dos personas que se acuestan de vez en cuando.

—Yo no te amo a ti, no creo que quiera. Además, me acabo de enterar de que soy padre.

—¿Padre? ¿Cómo que te acabas de enterar?, ¿qué me he perdido?

—Tengo una hija con la mujer a la que amo.

—Oh, no sabía que hubiera una mujer en tu vida... He sido una estúpida.

—Sí lo has sido. No deberías haber venido. Pero no podías saber que estaba enamorado de otra mujer porque nunca te he hablado de ella, no te sientas mal por eso.

—Si hay otra, ¿por qué te acostaste conmigo?

—Porque me apeteció.

—No puedes acostarte con alguien solo porque te apetezca, ¿eso es de ser un cabrón!

—Electra, a ti también te apetecía. Nunca hemos hablado de sentimientos ni de ser pareja ni nada parecido.

—Pero amabas a otra mujer y te acostaste conmigo.

—Lo sé. No pensé que hiciese mal, pero por lo visto sí lo hice; me lo habéis dicho las dos. Aun así, con Zoe nunca voy a tener nada porque es una mentirosa.

—Entonces... —Electra, al escuchar aquello, sintió de nuevo un mínimo de esperanza—. ¿Podrías darme una oportunidad a mí? Aunque ahora no me ames, yo podría hacer que lo hicieses.

—Tengo una hija. ¿No te importa?

—No. Me importas tú.

—En ese caso... —Gabriel se quedó observándola. Era incapaz de mirarla a los ojos, pero con ella nunca se había sentido tan intimidado como cuando estaba con Zoe. Tal vez sería porque ella no le hacía sentir las mismas cosas. Recordó las veces que se había acostado con ella y tuvo que reconocer que el sexo había sido bueno; sin amor, pero pasable al fin y al cabo—. Creo que podríamos intentarlo, pero no te prometo nada —afirmó finalmente.

—Oh, Gabriel, ¡no sabes lo feliz que me hace escuchar eso! —Electra se reclinó sobre su asiento para llegar hasta él y le cogió la cara para besarle en los labios.

En ese momento, Zoe entraba al restaurante porque había quedado allí con Nick. Cuando Helena llegó a casa esa tarde no tuvo valor para contarle quién era su padre, cenaron en silencio y se despidió de su hija porque necesitaba hablar con su marido. Sabía que cuando al día siguiente Gabriel acudiera a por ella, Helena no entendería por qué se iba con él sin su madre, pero fue débil y dejó para la mañana siguiente lo que no se había atrevido a hacer ese día.

—¿Gabriel? —lo llamó con un hilo de voz al verlo besar a Electra.

El músico soltó las manos de la italiana y la miró preocupado. Nunca había visto el rostro de Zoe en ese estado, y aunque le costaba entender las palabras de las personas o la forma de comportarse, las expresiones las comprendía y sabía que Zoe no estaba bien.

Se levantó de su silla y se dirigió hacia ella, dejando a Electra mordiéndose la lengua, pues intuyó que aquella mujer era a quien él realmente amaba.

—¿Qué te pasa?, ¿estás bien? —le preguntó.

—Te ha faltado tiempo para correr a los brazos de Electra, ¿eh? No, no lo estoy, Gabriel, pero lo estaré. —Miró por el restaurante por si veía a Nick. Pensó que de estar allí, habría visto a Gabriel y tal vez él sabía de su presencia. En lugar de preguntárselo, lo buscó por el recinto hasta que lo vio entrar—. Te dejo con tu novia, yo tengo que hablar con mi marido —espetó acongojada, pues aquello era lo último que esperaba ver allí.

—No es mi novia. Bueno, tal vez sí. Me acaba de pedir una oportunidad. ¿Le has dicho ya a Helena lo de mañana y que soy su padre?

—No, no he tenido valor. Lo siento.

Zoe se dirigió a la barra, donde Nick la esperaba. El americano, al verla hablando con el músico, había decidido darle espacio y dejar que ella acudiese cuando terminase la conversación. Había sido ella quien le había llamado, así que no tardaría en acudir a su lado.

Gabriel volvió a su sitio sin dejar de observar los movimientos de la madre de su hija mientras caminaba.

—La quieres mucho, ¿verdad? —preguntó Electra, alicaída.

—Sí.

Zoe se sentó junto a Nick y le cogió la mano, algo que hacía mucho que había dejado de hacer y que sorprendió al americano porque no se lo esperaba, menos después de haber estado hablando con Gabriel. Estaba confundido. Ver al pianista sentado con otra era algo que no entendía. Sabía lo que su mujer

sentía por él, creía que era correspondida, y sin embargo, allí estaban, cada uno por su lado, como si no hubiera nada entre ellos.

—Nick, quería contarte que Gabriel ya sabe que Helena es su hija. Creo que mereces saberlo.

—¿Y bien? Me sorprende que no estés con él. Es más, ¿quién es esa mujer y por qué están los dos en el hostel?

—Ella está hospedada aquí porque ha venido desde Florencia por sorpresa y Rosario no la quiere en su casa. Se han acostado algunas veces, la última después de enterarse de que estaba casada contigo, y están juntos porque entre nosotros no va a haber nada nunca más. Ha sido todo tan precipitado que no sé ni cómo contarte lo que ha pasado: de pronto le he dicho lo de Helena, él ha sumado mentiras, yo he descubierto que no me ama como pensaba... —Zoe se puso un dedo en el labio—. No sé qué va a pasar con Helena. Mañana se van a ir juntos al Oceanogràfic y ni siquiera me he atrevido a decirle que es su padre. No sé cómo hacerlo. —Se echó las manos a la cabeza, agobiada por la situación.

No pudo evitar mirar de reojo la mesa en la que se hallaba Gabriel. Electra le tenía cogida una mano, pero él parecía incómodo. La italiana, al ver el mismo gesto en Zoe, se atrevió a hacerlo, pensando que su chico no la rechazaría. No sabía quién era el tipo con el que estaba la mujer que había conocido tras la ventana de la habitación de Gabriel, no imaginaba lo que había pasado entre ellos, pero en ese momento solo le importaba que el músico le estaba dando una oportunidad, y no pensaba desaprovecharla.

—No te agobies, yo te ayudaré a decírselo —la consoló Nick, pasando una mano por su mejilla.

Cuando Gabriel vio ese gesto, sintió algo que hasta ese momento jamás había sentido. Una rabia se apoderó de su ser, y no supo qué hacer con aquello. Electra, al darse cuenta del cambio en el rostro Gabriel, acercó la silla en la que estaba sentada hasta él e hizo que la mirase. A él le costaba sostenerle la mirada, eso ella lo sabía, pero no iba a consentir que siguiese torturándose con la mujer de la barra; tenía que hacer algo cuanto antes, así que lo besó.

Zoe se sintió morir al ver los labios de Gabriel sobre los de otra mujer; en ese momento habría querido salir de allí corriendo, llegar a su casa y romper a llorar. Se sentía desgraciada, pero sacó coraje de donde no había, miró a Nick, y trató de sonreír.



—¿Qué va a pasar con nosotros? —preguntó el americano—. Sabes que te quiero. No me importa que ahora mismo tu corazón pertenezca a otro, sé que puedo hacer que vuelvas a amarme.

Zoe le habría dicho que no solo pertenecía a otro su corazón en ese momento, sino que había pertenecido a él siempre, pero sabía que le habría hecho mucho daño y Nick no se merecía algo así. En lugar de eso, lo miró a los ojos, y al ver el amor que le profesaba se dejó llevar.

—Hazlo, Nick, haz que vuelva a amarte como cuando nos conocimos. Y perdóname.

—Oh, mi vida, ¡no sabes cuánto he esperado que me dijese algo así! No estoy enfadado, te dije que te daría tiempo y así hice. Solo he querido que te dices cuenta de que era conmigo con quien debías estar, no tengo que perdonarte nada, mi amor.

A pesar de que Zoe se sentía morir en su interior, se acercó a su marido y le dio un beso en los labios. No sabía si estaba actuando movida por la rabia, los celos o el despecho, pero no había vuelta atrás. Volvería con Nick y dejaría que Gabriel siguiese con su vida, aunque le doliese verlo y no poderlo tener. En cuanto a su hija, debían hablar de cómo iban a actuar al respecto, algo que le resultaba muy complicado, pues en ese momento no sabía si seguir viviendo en el pueblo o si volver con Nick a Manhattan. Al fin y al cabo, en Chulilla no tenía nada que la atase, había vuelto para ver a su abuela y por Gabriel, y ya había cumplido su objetivo. Si con su vecino jamás podría tener nada porque él no perdonaría sus «mentiras», ni ella que se hubiese echado a los brazos de otra después de declararle su amor, no hacía nada allí, y Helena siempre había querido volver a Nueva York.

—Estoy hecha un lío —afirmó, mirando a Nick en busca de respuestas que sabía que él no podría darle.

—Amor, mañana, cuando Helena se levante, le contaremos quién es su padre, dejaremos que se vaya a pasar el día con él, y cuando la traiga de vuelta hablaremos todos. ¿Qué te parece?

—Supongo que bien. ¿Qué otra opción tenemos?

Gabriel se levantó de su silla, incómodo por la situación. Todavía no estaba convencido de la oportunidad que le estaba dando a Electra; aquella mujer trataba de comprender cómo era él, pero a menudo sentía que estaban a miles de kilómetros el uno del otro cuando tan solo estaban a escasos centímetros. Ella le había asegurado que haría que la amara, pero ¿cómo podría hacerlo si

su corazón ya estaba ocupado? Ver a Zoe con su marido estaba haciendo que se enfadase demasiado, de pronto pensó que no hacía nada allí, y así se lo hizo saber a Electra.

—¿Te apetece subir a mi habitación? —sugirió la italiana.

—No. Ahora estoy muy enfadado. Mejor nos vemos mañana.

—¿Por qué estás enfadado? ¿He hecho algo mal?

—No, tú lo único que has hecho mal ha sido presentarte en mi casa sin avisar. Es que no soporto ver a Zoe con su marido.

—¿La mujer que amas está casada? Caray, Gabriel, eres una caja de sorpresas...

—No sé qué significa eso. Solo soy un hombre enamorado y confuso. Electra, ¿estás segura de lo que quieres? Porque yo no.

—Si sigues pensando en darme la oportunidad que te he pedido, haré que te olvides de ella. Créeme.

Gabriel afirmó con la cabeza, creyendo las palabras de aquella mujer aunque no supiera cómo pretendía hacerlo. Había estado con otras mujeres y ninguna había conseguido que se olvidase de su vecina, ¿qué podría hacer ella que no hubiesen hecho antes las demás?

Antes de salir del restaurante, el pianista se acercó a la barra y se encaró a la mujer a la que en ese momento le latía con fuerza el corazón, excitada porque no había imaginado que se atrevería a hacer aquello.

—No te olvides de que mañana me llevaré a mi hija. Quiero ser su padre de ahora en adelante.

—Gabriel, tenemos que hablar de cómo lo vamos a hacer. Es complicado.

—Los neurotípicos todo lo veis complicado. —Zoe se sorprendió al escucharlo hablar así. Jamás se había referido a quienes no eran como él con ese calificativo, y menos sabiendo que ella estaba dentro de ese grupo—. Soy su padre y actuaré como creo que debe hacer un padre, es sencillo.

—No lo es si no estamos juntos. Tenemos que hablar de cómo la vamos a educar por separado. —De pronto la camarera se preguntó si había hecho bien en decirle a Gabriel la verdad. Seguramente, de no haberlo hecho solo sería ella quien estuviese enfadada, y pronto se le pasaría. Ahora no solo sabía que él no la perdonaría jamás, sino que de repente tenía que compartir a su hija. Helena había sido siempre suya, aunque estuviera Nick en sus vidas tenía claro que era ella quien mandaba respecto a la niña, quien decidía las cosas importantes. A pesar de que dejó que su marido la criase y educase, que no

fuese su propia hija le daba un derecho respecto a la pequeña que con Gabriel sentía que había perdido: el derecho a irse con ella donde quisiera, sin que pudiera hacer nada por impedirlo. De ahora en adelante, para cualquier decisión que quisiera tomar respecto a Helena, tendría que consultarlo con Gabriel, y sabía que no sería fácil.

Pensar en ello la hizo sentir confusa. Por un lado, la hacía feliz saber que tenía un vínculo tan fuerte con Gabriel, que por más que pasase entre ellos haría que jamás perdiesen el contacto. Por nada del mundo deseaba dejar de verlo, aunque supiese que no volvería a besarle, aunque no volviera a estar entre sus brazos. Por otro, aquello le dolía. Imaginar que tendría que verlo con aquella rubia extranjera la enfurecía, hacía que se le crease un pellizco en el estómago que dolía más de lo que jamás le había dolido nada.

—Bien, hablemos —señaló.

Electra y Nick, que habían permanecido expectantes, se miraron con los ojos muy abiertos, incómodos, pues a ninguno le apetecía mantener esa conversación en ese momento. Lo que la italiana habría querido habría sido llevarse a su chico a la cama, pero ya le había dicho que no lo iba a hacer, así que pensó que lo mejor sería retirarse, por más ganas que tuviera de enterarse de lo que pasaba entre aquellos dos.

—Ahora no —negó Zoe—. Es tarde y estoy cansada. Mañana cuando vengas de pasar el día con Helena hablaremos en mi casa tranquilamente.

—Bien. Adiós.

Gabriel salió del restaurante con Electra cogida de su brazo, ante la mirada atenta de su vecina. Imaginó que pasarían la noche juntos, y eso la enfureció. Por eso, cuando Nick le propuso lo mismo, pese a que sentía que tenía el corazón roto, aceptó la invitación. Un poco de sexo con su marido después de todo no estaría mal, necesitaba relajarse y empezar a olvidar al que había sido el amor de su vida.

*Entre un hombre y una mujer  
la amistad es solo una pasarela  
que conduce al amor.*  
Jules Renard

*Chulilla, abril de 2018*

Desde que Helena se enteró de que Gabriel era su padre, no se había separado de él ni un momento, excepto cuando el músico estaba de viaje. Para Zoe, saber que viajaba a Florencia era una tortura. Lo imaginaba con Electra, y aunque ella hubiese decidido darle una oportunidad a Nick, no lo hacía de corazón y no podía evitar estar decaída todo el tiempo.

Solo el trabajo hacía que desconectara de todo. Por suerte, Los Picapiedra era un bar con mucha clientela, y desde que entraba cada mañana hasta que salía después de comer no paraba de atender, limpiar, cocinar, preparar cafés, etc.

Respecto a la educación de Helena, en un principio acordaron que como vivían tan cerca, no establecerían un régimen de visitas. La adolescente viviría en la casa de Candela, pero podría ver a su padre cada vez que quisiera, y lo mismo él. Rosario no había vuelto a hacer comentarios en contra, y como su hijo le advirtió de que si no la dejaba entrar en su casa se iría para poder estar con ella siempre que quisiera, poco a poco empezó a cogerle cariño a la niña. Sobre todo porque ahora que la veía bien, realmente se daba cuenta de que se parecía muchísimo a su hijo, y por ser *aspie* como él, le recordaba muchas cosas que vivió cuando este tenía la misma edad de la joven. Sentir cariño por la adolescente hizo que empezara a ver con otros ojos a Zoe, sobre todo desde que su hijo le contó que Electra era su novia y que vivía en Florencia. Una cosa era que su hijo viajase para dirigir la orquesta de vez en cuando, y otra que tuviera una pareja allí. El miedo de que pudiera acabar yéndose a vivir a Italia hizo que la italiana se convirtiese en su peor enemiga, y que volviera a sentir por su vecina la simpatía que no sentía desde que había dejado de ser una inocente niña.

Helena se lo tomó mejor de lo que su madre habría esperado. Al contrario de lo que podría haber hecho cualquier adolescente que no ha sabido en toda su vida quién era su padre, ella se sintió feliz de poder ponerle cara, por fin entendía por qué estaban allí y se alegraba de que su madre hubiese querido

que lo conociese. Por ese motivo, además de que desde que tenía una amiga había dejado de quejarse por no estar en Nueva York, dejó de ver en su madre a la persona que le había arruinado la existencia llevándosela de su país natal. Gabriel siempre le había caído muy bien, saber que era como ella era un punto a su favor, pues se entendían y con él podía ser ella misma. Normalmente la gente no entendía su pasión por los peces, que se pasara el día investigando y hablando de la fauna marina, o que simplemente cuando le preguntaban alguna duda para algún examen, ella respondiera como si le fuera la vida en ello. Y es que la gente que no era como ella se preocupaba de cosas que no entendía.

Para Zoe, ver cómo su hija y Gabriel habían congeniado hacía que se sintiese cada vez más confusa. Cuando Nick le pidió volver a vivir en casa de su abuela se negó, porque quería ir despacio con él; sabía que para su marido estaba siendo muy duro saber que el hombre al que ella amaba estaba tan cerca de ella. Pero lo que él no sabía era que Zoe cada día lo sentía más lejos, y eso la mataba.

Una mañana en la que se sentía libre porque Nick había viajado a Nueva York, pues llevaba demasiado tiempo sin atender su empresa, estaba preparando unos cafés en el restaurante cuando escuchó una voz que le resultó familiar. Se giró con la bandeja llena de tazas y sintió cómo le temblaron las manos. Gabriel estaba sentado en una mesa con el director de la Banda Municipal de Chulilla. Zoe se preguntó por qué no habrían ido a otro bar, tenerlo cerca la ponía nerviosa y a veces prefería no verlo, pues su cercanía le recordaba que nunca volvería a estar con él, y eso era algo que no soportaba.

El director la llamó con la mano una vez hubo depositado las tazas de café en la mesa en la que se las habían pedido, y ella no tuvo más remedio que acercarse.

—Hola, ¿qué os pongo? —preguntó, como si fuesen unos extraños.

—Yo tomaré un café con leche y unas tostadas con aceite —pidió el director.

—Yo un café solo —añadió Gabriel, observándola de arriba abajo con su uniforme de camarera.

El compositor no lo estaba llevando mejor que nadie. Desde que decidió darle una oportunidad a Electra ni siquiera se había acostado con ella. Le pidió que volviera a Italia, le explicó que de momento tendrían una relación a distancia y le pidió tiempo. Ella le aseguró que haría que la quisiera, pero él no lo tenía claro. Su corazón estaba cerrado, o más bien ocupado, y si no ponía de su parte, cosa que no sabía hacer, eso jamás ocurriría.

Zoe dejó que los músicos hablasen del próximo concierto que se iba a dar ese domingo en la plaza para ir a preparar el pedido. Gabriel dirigiría en esa ocasión a la Banda Municipal de Chulilla, había sido anunciado en las redes sociales y se esperaba mucho turismo ese fin de semana, tal y como habían previsto que pasaría cuando el gran Gabriel Belmonte llevase la batuta.

Pero el compositor tenía la cabeza en otro lado. Observaba a su vecina en la barra, desenvuelta mientras lo preparaba todo, y se preguntaba dónde habían quedado los sueños de aquella chica que un día quiso ser actriz.

Sin pensarlo dos veces, dejó al director con la palabra en la boca y se dirigió a la barra.

—Zoe, no soporto verte trabajando aquí —soltó sin más.

—¿Cómo dices? —Ella se giró sorprendida al escucharlo—. Siento si te incomoda, pero necesito trabajar y tú no eres quién para hacer que cambie mi vida.

—Claro que me incomoda. ¿Qué ha sido de tus sueños?, ¿ya no quieres ser actriz?

—Ya te dije en una ocasión que los sueños son solo eso. Tengo que ser realista, necesito trabajar y esto es lo que hay.

—No puedes rendirte, no te lo consiento.

—¿Tú me dices a mí que no me consientes? No me has dado la oportunidad de explicarte por qué hice lo que hice, no tienes derecho a nada conmigo, ¿me oyes? No somos nada —espetó, malhumorada.

—Soy el padre de tu hija, y si me dejaras, me gustaría ser tu amigo.

—No podemos ser amigos, ¿no te das cuenta? Hay demasiado rencor entre nosotros para serlo.

—Yo no te guardo rencor por nada. Me mentiste y por eso no puedo ser tu novio, pero sí podemos ser amigos.

—Pues lo siento, pero yo no puedo ser tu amiga. Me importas demasiado como para ser solo eso. No puedo estar contigo sin tocarte, sin besarte... Es demasiado duro para mí.

—A mí también me cuesta no poder besarte —afirmó mirando hacia otro lado, pues nuevamente, le costaba demasiado mantenerle la mirada.

—Entonces, ya tenemos algo en común —indicó ella, dándose la vuelta para seguir con su trabajo.

—Y, además, tenemos a Helena —reiteró él—. Somos sus padres, deberíamos ser amigos.

—No, Gabriel —negó Zoe tras encararse a él de nuevo—. Deberíamos estar juntos, vine con esa esperanza, pero si no puede ser, deberíamos aceptarlo y dejarlo correr.

—¿Correr? —preguntó, confuso.

—Sí, pasar un tupido velo, a otra cosa mariposa, ¡tú por tu lado y yo por el mío, leches! —gritó, harta de que no la entendiese.

El jefe de Zoe escuchó a su empleada hablar más alto de lo normal y la miró con el morro apretado. La camarera, al darse cuenta de que había metido la pata, se dirigió a una mesa en la que acababa de sentarse una pareja para tomarles el pedido.

Gabriel volvió a su mesa y siguió hablando del concierto con el director de la banda de Chulilla, sin quitarse de la cabeza a la mujer a la que no podía dejar de amar, por muchas mentiras que le hubiese dicho.

Antes de irse, cuando se acercó a la barra a pagar los cafés, volvió a sacar el tema de la amistad que deseaba que hubiese entre ellos. Zoe, dándose por vencida, acabó aceptando. Desde la conversación mantenida hacía unos minutos había estado muy nerviosa, había meditado si había hecho bien, y cuando él le insistió, se dio cuenta de que prefería tenerlo en su vida aunque fuese de ese modo, a no tenerlo de ninguno.

—¿Te gustaría que esta tarde llevásemos a Helena al cine? —preguntó el músico.

—No lo sé, Gabriel, así de pronto...

—Intentémoslo, por favor.

—De acuerdo, recógenos a las siete.

Desde que Zoe salió del restaurante no paró de hacer cosas en la casa. Estaba nerviosa, miró el armario decidiendo qué ropa se iba a poner, lo limpió todo de arriba abajo, se tomó una tila y volvió a mirar su vestuario. Por suerte, como Nick no estaba, no tendría que darle explicaciones de por qué quedaba con el padre de su hija; su marido sabía lo que él significaba para ella y estaba segura de que no le haría gracia saber que iban a estar juntos, aunque solo fuese como amigos.

A las siete en punto, Helena y ella estaban listas y Gabriel tocaba puntual a la puerta.

—Estáis muy guapas —señaló el músico en cuanto las vio.

«Eso no ayuda nada, maldita sea», pensó Zoe. Pero en lugar de decirlo en voz alta, le dio las gracias y, tras despedirse de su abuela, se dirigió con el

pianista al garaje de su casa.

Cuando Zoe vio a Rosario se le formó un nudo en el estómago. Temía que le soltase una de las suyas y no tenía ganas de discutir con la abuela de su hija. Sin embargo, la mujer la saludó amablemente y les deseó que lo pasasen bien en el cine.

—¿Qué mosca le ha picado a tu madre? —le preguntó a Gabriel una vez en el coche.

—Las moscas no pican, mamá —la corrigió Helena al escucharla.

Gabriel sonrió, pues la niña le había quitado las palabras de la boca. Sentía cierto orgullo de que Helena fuese como él, con ella todo era sencillo, las cosas eran blancas o negras, tal y como él las veía.

—Hacía siglos que Rosario no me trataba así, pero me alegro. No era fácil tener que enfrentarme a ella cada vez que la veía —señaló la camarera.

—No tienes mil años, mamá —volvió a corregirla su hija.

—Ya, ya... —Zoe puso los ojos en blanco y se reclinó sobre su asiento, más cómoda de lo que le hubiese gustado dadas las circunstancias.

Siguieron el trayecto hasta Valencia en silencio. Una vez en el cine, dejó que padre e hija decidiesen la película que querían ver y compraron palomitas. Durante la película tuvo que explicarles en más de una ocasión metáforas o frases hechas que decían los protagonistas y que ellos, por ser tan literales en todo, no entendían. Eso la hizo sentirse a gusto. Ella era el punto de unión entre su universo y el de los neurotípicos; gracias a ella su familia entendía las cosas, y eso la hacía feliz.

Una felicidad que se esfumó cuando salieron del cine y Gabriel recibió la llamada de Electra.

—Hola, Electra... No te he cogido el teléfono antes porque estaba en el cine... He ido con Zoe y Helena... Somos amigos... Claro que podemos serlo... Ella me mintió, sabes que entre nosotros no habrá más que eso...

Como llegó un momento en el que a Zoe empezó a dolerle más de lo que deseaba lo que estaba escuchando, se apartó de él para darle espacio.

—Mamá, ¿por qué Gabriel y tú no podéis vivir juntos como los padres de Marta? —le preguntó Helena.

—Cariño, creía que te gustaba Nick, que eras feliz viviendo con él —señaló su madre, preocupada.

—Sí, pero tampoco vives con él. ¿Es que no puedo tener a ninguno de mis padres conmigo?



—Los tienes a los dos, cielo. Los dos te quieren, y con Nick volveremos a vivir tarde o temprano. Es solo que no estoy preparada todavía.

—Sí, pero si vinimos aquí por Gabriel, ¿por qué no es con él con quien quieres vivir?

—No soy yo quien no quiere. Gabriel está enfadado conmigo, por ese motivo hizo algo que me enfadó a mí, y por eso él ahora tiene otra novia y yo he vuelto con Nick.

—A mí Electra no me gusta, yo quiero que esté contigo.

—Electra no es mala, cielo. Debes entender que los adultos a veces tomamos decisiones difíciles, pero que se hacen por el bien de todos.

—Ya, pero... ¿y si Gabriel se va a vivir a Italia con ella? Yo no quiero que se vaya, quiero que viva aquí con nosotras.

—¿Te ha comentado él algo de eso? —preguntó Zoe, alarmada.

—No, pero si ella vive allí, podría pasar, ¿no?

—No lo sé, cielo. Tu padre te quiere mucho, no creo que te dejase por ella.

—¿Estás segura? —preguntó la adolescente, intranquila.

—Claro que sí —le mintió su madre, pues era algo que no se había planteado y de lo que no podía opinar. Con Gabriel nunca se sabía lo que podía pasar.

Cuando Gabriel se acercó a ellas, Helena no pudo evitar preguntarle lo que tanto le atormentaba:

—¿Te vas a ir a vivir con Electra a Florencia?

—¿Qué? ¿Por qué dices eso? —preguntó el padre, confuso.

—Porque ella vive allí, y si prefieres que sea ella tu novia a que lo sea mi madre, por lógica tendrías que irte a vivir a Florencia, ¿no?

—No he pensado en eso, Helena. Y no es que prefiera a Electra, simplemente ella quiere ser mi novia y le he dicho que sí, pero yo no la quiero. No te preocupes, ¿vale?

Zoe, aunque no dijo nada, sintió un regocijo en su interior al escuchar aquellas palabras. Sin embargo, acto seguido se dio cuenta de lo egoísta que estaba siendo; ella estaba con Nick y no podía exigirle nada a Gabriel.

*Cuando llega la desgracia  
nunca viene sola,  
sino a batallones.*  
William Shakespeare

*Chulilla, mayo de 2018*

Una semana después de la salida al cine, Nick regresó de su viaje a Nueva York. A Gabriel de repente le había dado por ir todas las mañanas a desayunar a Los Picapiedra, y Zoe se sentía desconcertada. No podía evitar pensar que iba allí para verla a ella; se sentaba en la barra, le pedía un café con leche y hojeaba el periódico mientras se lo tomaba. O eso es lo que creía ella. Él, al contrario, utilizaba la excusa del periódico para observarla sin que se diese cuenta. No podía evitar la fuerza de atracción que aquella mujer ejercía sobre él; pese a que siguiese molesto por las mentiras que le había dicho, no podía resistir la tentación de acudir a donde sabía que estaba ella. Después de desayunar, se volvía a su casa a por su coche y bajaba a Valencia a dar sus clases en el conservatorio.

—Échale un vistazo a Helena si la ves de camino al autobús —le decía Zoe cada mañana, pues ella entraba tan temprano a trabajar que ya no podía ni despedirse de su hija antes de que esta se fuera a clase.

—De acuerdo —contestaba él cada día mientras se marchaba casi sin mirarla.

Ella se quedaba pensativa, nerviosa, alterada más bien. Su presencia allí la excitaba. Por eso, cuando a media mañana llegaba Nick, no podía evitar sentirse mal. No estaba jugando limpio, y lo sabía. Seguía enamorada de otro hombre y estaba siendo muy egoísta dándole esperanzas a uno por el que hacía mucho que no sentía nada. Pero el norteamericano había sido siempre tan bueno con ella que puesto que con Gabriel no podía tener nada, pensaba que le debía una oportunidad. Y el empresario se esforzaba lo suyo por reconquistarla. Aun así, cada vez que le proponía que fueran juntos a su habitación del hostel, ella ponía alguna excusa; cada vez que le preguntaba si podía volver a vivir con ella, lo rechazaba; incluso cuando se acercaba para besarla a veces no podía evitar hacerle un respingo.

Una mañana estaba Zoe pelando patatas en el bar cuando su móvil vibró en su bolsillo, y al sacarlo y ver que se trataba de un número muy largo, se

asustó.

—¿Zoe Abascal? —preguntó una mujer al otro lado de la línea telefónica.

—Sí, soy yo —respondió ella, preocupada.

—La llamo del instituto de su hija. Ha tenido una crisis y creo que debería venir a por ella.

—¿Qué? —Se quedó petrificada; desde que estaban allí no había tenido crisis, o al menos no fuera de casa, y en ese momento se agobió porque estaba trabajando y no tenía modo de llegar al pueblo de al lado sin coche.

Inmediatamente pensó en Nick, y le dijo a la jefa de estudios que no tardaría en llegar. Colgó y antes de hablar con su jefe, llamó a su marido para pedirle que fuera a por ella. Después le contó al dueño del bar lo que había pasado, y a regañadientes, pues era la hora del almuerzo y por tanto cuando más clientes tenían, accedió a que se marchase.

Nick tardó tan solo cinco minutos en llegar; por suerte el hostel estaba al lado y él ya se había vestido para ir a almorzar al bar cuando recibió la llamada.

Temerosos, subieron al coche y llegaron al instituto.

Una vez allí, Zoe se identificó como la madre de Helena Abascal y la condujeron hasta el despacho en el que se hallaba su hija.

A Zoe se le cayó el mundo a los pies cuando la vio con la cara desencajada, roja y sudorosa. Además, no dejaba de gritar, moviéndose descompasadamente, de manera que ejercía una fuerza contra la que ninguno de los que estaban en la sala podían; parecía como si ni siquiera la reconociera. Enseguida se acercó y le cogió la mano, empezando a acariciarla mientras le decía palabras de apoyo para tranquilizarla.

—Ya pasó, cariño, ya está, mamá está aquí —susurró al verla en aquel estado.

—Mamá, ¡quiero irme de aquí! ¡No quiero venir a este instituto! ¡La gente me odia! ¡Quiero volver a Manhattan! —gritaba la joven.

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado? —preguntó Zoe, más hacia la jefa de estudios y el director del instituto que a su propia hija.

—Al parecer ha tenido una discusión con Marta Rodríguez. No sé exactamente lo que ha pasado, pero su hija ha empezado a gritar y no hemos podido hacer nada por tranquilizarla —explicó el director.

—Cariño, ¿qué te ha pasado con tu amiga?

—No es mi amiga, me odia. ¡Quiero irme de este pueblo! Me da ascoooo —

siguió gritando la estudiante.

—Sí que es tu amiga, seguramente haya sido algo sin importancia, cielo. ¿Quieres que intente hablar con ella y que me explique qué os ha pasado?

—Nooo, no quiero verla nunca más, llévame a Nueva York, odio vivir aquí. ¡¡Lo odioooooo!! —respondió, todavía hecha una furia.

Zoe siguió acariciando la mano de su hija, hasta que consiguió calmarla. Una vez Helena se hubo tranquilizado, firmó la autorización para llevársela del centro fuera del horario habitual, y junto con Nick volvieron a casa.

Cuando Candela las vio entrar se sorprendió, pues una debía estar trabajando, y la otra en el instituto.

—Yaya, Helena ha tenido una crisis, ¿puedes quedarte con ella mientras voy a prepararle una tita? —le preguntó Zoe a su abuela.

—No, cariño, quédate tú con ella y yo se la preparo. ¿Quieres una tú también? Creo que la necesitas —respondió la anciana.

—Sí, yaya, por favor.

Zoe y Nick se sentaron en el sofá del comedor, cada uno a un lado de la adolescente, y sin soltar la mano de la joven su madre la arrimó hasta ella para que depositase la cabeza sobre su pecho.

—Cariño, si quieres volver a Manhattan, hoy mismo voy a una agencia de viajes y compro los billetes —informó Nick, en cierto modo contento porque eso era lo que él también deseaba.

—Nick, no creo que esa sea la solución —negó Zoe—. Ahora está muy nerviosa, pero cuando se le pase se dará cuenta de que aquí es donde mejor estamos.

—¿Aquí?, ¿en un pueblo? De eso nada, Zoe, aunque te niegues a verlo. —Su mujer se quedó extrañada al ver que la llamaba por su nombre, en lugar de «mi vida» como solía hacer siempre—. En Manhattan cada uno iba a la suya y Helena podía pasar más desapercibida con su problema, había tanta gente que le era fácil tener un grupo de amigas. Aquí, sin embargo, tan solo ha hecho una amiga y mira lo que ha pasado.

—¿«Su problema»? ¿Así es como lo ves? —preguntó, asqueada. Intentó no enfadarse con él, pese a lo que le dolía que viera a su hija de ese modo, y continuó—: No sabemos lo que ha pasado, posiblemente no haya sido nada grave. Ya sabes que Helena no se toma bien algunas cosas que para los demás pueden ser normales.

Ninguno de los dos se daba cuenta de que estaban hablando delante de la

niña, pero a ella, que no era sorda, escuchar aquello la estaba poniendo cada vez más nerviosa. Tanto, que llegó un momento en que no pudo aguantar más y volvió a estallar:

—Nooooo, ¡¡dejadme tranquila!! —gritó—. ¡¡Te odio!! —bramó, mirando a su madre—. Nunca debiste traerme aquí, odio mi vida y todo lo que rodea este pueblo.

El timbre sonó cuando Candela estaba entrando en el comedor con las tilas, y como le quedaba de paso la puerta, abrió y se encontró con un Gabriel encolerizado. Acababa de llegar de sus clases en Valencia y desde su casa había escuchado los gritos de su hija.

—¿Qué pasa? —gritó al verla así.

—Le ha dado un ataque —explicó Zoe—. Al parecer ha discutido con su amiga Marta.

—¿Por qué no me habéis avisado? ¡Soy su padre!

—Porque no sabía que estabas, pensé que estarías trabajando —se excusó Zoe, sabiendo que en realidad, con tanto jaleo, no se había acordado de él. No estaba acostumbrada a tenerlo en su vida de ese modo, como alguien a quien también pertenecía Helena, y no había caído en llamarle para informarle de lo ocurrido.

Gabriel corrió hasta su hija, la levantó del sofá y la pegó a su cuerpo.

—Helena, ¿qué sueles hacer para tranquilizarte? —le preguntó mientras su hija luchaba por escapar de sus brazos.

—Nada, suéltame, quiero irme de aquí, quiero volver a mi casa —bramaba ella, intentando zafarse.

—Tranquila, hija. Mira, cuando yo tengo una crisis, me tranquiliza enumerar a mis compositores favoritos por orden de nacimiento. ¿Quieres que probemos qué método te funciona a ti? Piensa en tus peces favoritos. Vamos.

—¿A ti también te pasa? —preguntó Helena, algo más calmada al escuchar aquello.

—Sí, bastante a menudo. ¿Me vas a contar por qué ha sido? ¿Ruido?, ¿Incomprensión?

—De todo un poco. Yo... estaba contándole a Marta que el pez pulmonado puede vivir fuera del agua durante tres años en un estado de animación suspendida, y ha empezado a decirme que era una mentirosa, que es imposible que los peces puedan vivir fuera del agua. Entonces me ha dicho que tanto que creo que sé de peces y que si no sé algo así es que soy idiota, que le aburre

que siempre hable de lo mismo y que encima de que me aguanta siempre, le haya mentido. Yo le he explicado que no, que es una forma diferente de vida, que sí puede pasar, pero ella insistía en que era una mentirosa, y el resto de la clase al escucharla han empezado a gritar llamándome mentirosa y me he puesto muy nerviosa.

—Lo que yo decía, una tontería, ¿ves? —señaló Zoe dirigiéndose a Nick. Escuchar a su hija explicando lo ocurrido gracias a Gabriel hizo que se sintiese orgullosa de haber vuelto al pueblo. Verdaderamente padre e hija se entendían, y lo que no pudiera conseguir ella, lo haría él, de eso estaba segura.

—A mí no me lo parece —opinó Gabriel, enojado—. Nosotros no mentimos nunca, si no sabemos que algo es cierto, preferimos no decir nada. Que nos llamen mentirosos es una ofensa muy grave, y tú mejor que nadie deberías saber lo que nos molesta el ruido.

Zoe se sintió avergonzada al darse cuenta de que tenía razón. Su hija lo había pasado muy mal y ella estaba quitándole importancia al asunto solo porque le dolía que Helena quisiera volver a Manhattan.

De pronto, todos escucharon un ruido fortuito y se giraron hacia donde provenía. Candela estaba tirada en el suelo, con los ojos abiertos y el cuerpo rígido.

Zoe corrió hasta ella, aterrorizada. La zarandeó, y al ver que no reaccionaba gritó que llamasen a una ambulancia. Nick sacó el móvil de su bolsillo para llamar, mientras Gabriel se quedaba inmóvil, con Helena entre sus brazos, sin saber qué hacer.

—Yaya, dime algo, por favor... Yaya, háblame... —le gritaba su nieta.

Una vez Nick hubo pedido la ambulancia, se acercó hasta ella, se arrodilló y tocó el cuello de Candela.

—Mi vida..., creo que tu abuela ha fallecido... —la informó, apesadumbrado.

—No, no puede ser... Hace un minuto estaba bien, le ha abierto ella la puerta a Gabriel, me ha traído ella la tila, no puede estar muerta. —Y mirando a su abuela, a quien Nick había cerrado los ojos, gritó—: ¡¡Despierta, joder, no puedes dejarme ahora!!

—Mi vida, tranquilízate, por favor. Seguramente tu abuela todavía pueda escucharte, y no querrás que se vaya al otro mundo sabiendo cómo te quedas tú aquí, ¿verdad?

—Pero, mi abuela... —Zoe lo miró a los ojos con los suyos envueltos en

lágrimas, intentando contener las ganas que tenía de seguir gritando.

Se giró hacia donde estaban Gabriel y su hija y los miró sin entenderlos. ¿Cómo podían estar ahí plantados? ¿Cómo podían dar la impresión de que no les importaba lo que estaba ocurriendo?

—Mamá, ¿la abuela ha muerto? —fueron las primeras palabras de Helena.

—No lo sé... —Zoe se abrazó a su abuela y no se movió de allí hasta que sonó el timbre de la puerta. Nick corrió a abrir, y en unos segundos el comedor se llenó de médicos y enfermeros.

—Señorita, necesitamos que se aparte para poder reconocer a su ¿abuela? —informó una joven que no debía de tener más de veinticinco años.

—Sí... —Zoe se levantó con las piernas temblorosas, y se hizo a un lado mientras veía cómo los auxiliares tomaban el pulso a su abuela, le descargaban el desfibrilador sin éxito y la levantaban para colocarla en una camilla. Estaba impaciente por que le dijese algo, pero al mismo tiempo no quería escuchar lo que tenían que comunicarle.

—Lo siento mucho —dijo la joven que acababa de atender a Candela.

—¿Quiere decir que...? —Zoe no podía ni pronunciar lo que verdaderamente había sucedido.

—Su abuela ha fallecido. ¿Me podría contar qué es lo que ha pasado? En el hospital hallarán la causa de la muerte, pero necesitamos un informe exhausto para llevárselo al forense.

—No lo sé... Estaba ahí de pie... —Zoe señaló con la palma de la mano el último sitio en el que la había visto con vida—. Nosotros estábamos preocupados porque mi hija hoy no ha tenido un buen día, y de repente la hemos escuchado caer al suelo.

—¿Había notado algo raro en ella anteriormente?

—No, qué va. Mi abuela siempre ha sido una mujer muy enérgica. Estaba bien.

—Supongo que habrá sido por la edad —opinó la doctora.

—¿Puedo ir con ella? —preguntó, viendo que la sacaban de la casa.

—Lo siento, pero no puede, la llevamos directa al mortuario. Lo que sí puede es preparar el entierro, porque imagino que en unas horas ya se sabrá la causa de la muerte y podrán enterrarla donde gusten.

—Donde guste... —susurró Zoe, todavía sin creer lo que había pasado—. Como si fuese un plato de buen gusto.

—Ya me entiende. En fin, lo siento, de veras —afirmó la doctora antes de

salir de la casa con el resto de enfermeros.

Zoe cayó abatida sobre el sofá. Estaba en estado de *shock*, y no reaccionó hasta que escuchó gritar a su hija.

—¡Me lo prometió!, ¡me prometió que no me dejaría nunca! ¡Me mintió! ¡La abuela era una mentirosa!

—Helena, ven a mi lado, por favor —pidió su madre.

—Noooo, os odio. ¡Os odio a todos, sois unos mentirosos, y mi bisabuela la primera de todas!

Zoe rompió a llorar abrazada a su marido, que no se había despegado de ella en ningún momento. Helena corrió a su habitación, y Gabriel fue tras ella.

Cuando entró en su cuarto y la halló tumbada en la cama, se sentó a su lado y sacó su teléfono móvil. Buscó en internet lo que necesitaba, y se lo mostró a su hija.

—Mira, *poecilia reticulata*, ¿te gusta? —preguntó, mostrándole la foto del pez.

Helena se incorporó un poco para verlo mejor.

—Sí, es bonito —asintió su hija, intentando calmarse.

—¿Y este? *Microgeophagus ramirezi*, ¿a que es bonito?

—Sí, lo es.

—Helena, mi madre me dijo hace unos días que a veces las personas mienten por no hacer daño a otras.

—Nosotros no mentimos —negó la adolescente.

—Lo sé, pero porque no sabemos comportarnos de otro modo. No sabemos cuándo es mejor decir una mentira o simplemente permanecer callado. ¿Quieres que te cuente lo que me pasó con Electra cuando estuve en Florencia la última vez?

—Sí —aceptó la joven, intrigada.

—Habíamos salido a comer a su restaurante favorito, era nuestra primera cita formal, aunque creo que va a ser también la última —admitió—. El caso es que estábamos comiendo cuando se acercó una pareja con un bebé. El bebé era horroroso, el niño más feo que jamás he visto en mi vida. —La chiquilla no pudo evitar reír al escuchar aquello—. Electra se levantó a saludarlos y me los presentó. Eran sus primos, acababan de tener a su hijo, y ella no dejaba de repetir lo precioso que era. «¿Precioso?», pregunté yo. «¡Pero si es horroroso!» Los tres se me quedaron mirando con los ojos muy abiertos, estaban alucinados; y te lo digo porque me lo dijo Electra después, no porque



en ese momento yo me hubiese dado cuenta. Yo no pensé que estuviese haciendo nada malo por ser sincero, pero ahora, después de que Electra me explicara que eso les hizo daño a sus primos, sé que no debí decirlo.

—Ya, pero ¿qué tiene eso que ver con que mi bisabuela me mintiera?

—Candela no quería que sufrieras pensando en que algún día se moriría. Seguramente pensó que era algo tan obvio que no ibas a creer lo que te estaba diciendo. ¿Cómo pudiste creer algo así?

—Porque me dijo que había tomado un elixir.

—Ay, cariño, con lo listos que somos y lo ingenuos que llegamos a ser a veces. Ven, dame un abrazo.

Helena se acercó a su padre y lo abrazó con fuerza durante minutos.

Mientras, Zoe y Nick seguían en el sofá, sin atreverse a hablar con la funeraria para preparar el entierro de Candela. Una hora después, llamaron del hospital para comunicarle que ya tenían el informe de la muerte; a la anciana le había dado un infarto cerebral a causa de la edad. Tenían que tramitar su salida del hospital cuanto antes, y en ese momento fue cuando Zoe se dio cuenta de cuál era la cruda realidad: jamás volvería a ver a su abuela. El único consuelo que le quedaba era saber que Candela había muerto feliz porque había cumplido el último deseo que le quedaba en la vida: ver a su nieta, y, sin saberlo, conocer a su biznieta, una niña que la había adorado desde el primer momento.

*En la vida, lo más triste  
no es ser del todo desgraciado,  
es que nos falte muy poco para ser felices  
y no podamos conseguirlo.*

Jacinto Benavente

*Chulilla, junio de 2018*

Al entierro de Candela acudió el pueblo casi al completo. Todo el mundo la adoraba, era de las más veteranas y siempre se había desvivido por ayudar a los demás.

Al día siguiente de su muerte, Rosario se ofreció a cuidar de Helena y a ayudar a Zoe en cuanto necesitase; sentía mucho lo que había pasado, sabía cuánto significaba aquella mujer para la chica y había olvidado el rencor que le había tenido los últimos años. Después de todo, Zoe quería a su hijo, lo veía en sus ojos aunque siguiera con su marido, y si al final una mujer se lo iba a llevar de su lado, prefería que fuera alguien a quien conocía y que vivía cerca, en lugar de cualquier otra mujer que se lo pudiese llevar lejos. Sabía que era un sentimiento egoísta, pero siempre había sido así respecto a Gabriel, y a esas alturas era muy difícil cambiar.

Zoe sentía la casa vacía sin su abuela, y de pronto empezó a plantearse que allí no hacía nada sin ella. Había vuelto al pueblo por su abuela y por Gabriel, a ella ya no la tenía y con el músico tampoco estaría nunca como deseaba. Por eso, cuando Nick le insinuó que pusiera en venta la casa, no le pareció tan mala idea. Al fin y al cabo, Helena tampoco era feliz allí.

Al día siguiente de la gran desdicha, se presentó en su casa la madre de Marta con su hija, hizo que la niña pidiera perdón a Helena, y desde entonces todo había vuelto a la normalidad, pero las palabras de la adolescente el día que le dio el ataque le llegaron al alma, y empezaba a sentirse culpable por haberla sacado de Nueva York sin su consentimiento.

Gabriel era otro cantar. No le había contado lo que le rondaba por la cabeza, y tal y como era él, no podía imaginar cómo reaccionaría cuando le dijera que se iban. Estaba claro que por ella no le importaría, pero sabía que quería a Helena, que en poco tiempo se había ganado su cariño y que se entendían muy bien, por lo que le dolía tener que separarlos.

Por eso decidió no decirle nada a ninguno, y que se enterasen cuando vieran

el cartel de la inmobiliaria.

—¿Vas a vender la casa? —Rosario fue la primera que tocó a su puerta el día que pusieron el letrero de «Se vende». La mujer había estado esperando a que su vecina llegase de trabajar para acercarse a su casa, y en cuanto la vio pasar por su ventana no tardó en cruzar a su patio.

—Sí. En cuanto la venda volveremos a Nueva York, ya no tendrás que preocuparte más por mí —contestó Zoe, apesadumbrada.

—Cariño, te pido perdón por cómo te he tratado desde que llegaste. Ahora mismo te puedo asegurar que me preocupa más que te vayas que el hecho de que estés aquí.

—¿Cómo? No te entiendo.

—Si te vas, mi hijo caerá en una depresión, estoy segura. Sin ti y sin Helena no podrá vivir, os quiere demasiado.

—Rosario, sé que quiere a Helena, pero Gabriel viaja constantemente, y en uno de sus viajes a Miami no le costará nada pasar a ver a su hija cuando quiera.

—No, hija, también te quiere a ti. Sé que está enamorado, lo veo en sus ojos cuando te mira.

—Él no me va a perdonar nunca lo que le hice, lo mejor es que estemos separados. Nos haremos menos daño, créeme.

—Yo no opino igual. Por favor, habla con él. No tomes una decisión precipitada. ¿Qué opina Helena al respecto? Los he visto juntos y sé que adora a su padre.

—Helena lo quiere mucho, pero nunca le ha gustado vivir aquí. Seguramente se alegrará de que volvamos a nuestra casa en Manhattan.

—Yo no estaría tan segura... Sé lo del ataque que le dio, pero ¿es que eso nunca le ha pasado en Nueva York? Sabes que mejor que con su padre no va a estar en ningún sitio.

—Rosario, lo siento, pero...

—Zoe, piénsalo, por favor. Sé que siempre he sido una egoísta con mi hijo, y porque sigo siéndolo y en eso nadie me va a hacer que cambie, necesito que os quedéis. Nunca había visto a mi hijo tan feliz como desde que sabe que es padre. Por favor.

—Está bien, lo pensaré. Pero no prometo nada.

—Gracias. Y ya sabes, si necesitas algo, estoy a un paso.

—Gracias, Rosario.

Zoe cerró la puerta y se quedó apoyada en ella sin entender nada. Aquella mujer la había tratado mal desde que vio en ella a la persona que un día podría llevarse a su hijo de su lado. Ahora, sin embargo, la trataba como si su vida dependiera de ella, y no conseguía comprender el porqué de ese cambio. De todos modos, le gustaba no tener que estar siempre a la defensiva o de gresca con ella. Llevarse bien era lo que siempre había deseado, aunque le hubiese gustado más que fuera siendo la mujer de Gabriel.

Nick había vuelto a viajar a Manhattan. Había pasado demasiado tiempo fuera y no podía estar más de un mes sin pasar por la empresa; la distancia estaba haciendo que los empleados no cumplieran con sus obligaciones y se había visto obligado a cambiar a algunos miembros de la plantilla, que pensaban que como el jefe no estaba podían hacer lo que quisieran.

Cuando Helena llegó por la tarde, ni siquiera se percató del cartel que había pegado en la ventana que había junto a la puerta. Entró en casa, triste porque no conseguía asumir la muerte de su bisabuela, y sin saludar a su madre subió a su habitación y se puso a hacer sus tareas escolares. Era viernes, pero a ella no le gustaba dejar las obligaciones para después, prefería hacerlas cuanto antes y así poder pasar el fin de semana libre.

Zoe subió y se sentó en la cama, observando cómo su hija hacía los deberes.

—Helena, ¿sigues queriendo que volvamos a casa? —le preguntó.

La joven giró el cuerpo y miró a su madre, extrañada.

—Esta es mi casa —contestó.

La madre quedó confusa ante tal respuesta. Como no supo por dónde seguir, le preguntó cómo le iba con Marta.

—Bien, ya somos amigas.

—Me alegro, cielo. Entonces, ¿ya no quieres volver a Manhattan? Creía que no te gustaba el pueblo.

—Ya me he acostumbrado. Gabriel es mi padre, y si nos vamos no estaré con él.

—Pero, ¿y si él al final se va a vivir a Florencia con Electra? —le preguntó, pensando que tal vez así la joven cambiaría de opinión.

—Gabriel ya no está con esa mujer. Hizo una cosa mal con ella y se dio cuenta de que no le entendía como lo has hecho siempre tú.

—¿Te ha contado él eso?

—Sí, el día que... —Helena se mordió la lengua. Le dolía demasiado mencionar lo que había pasado.

—Cariño, ¿tú cómo estás? No me cuentas nada, y no te he visto llorar por la abuela.

—Estoy bien —respondió la adolescente sin mirarla a los ojos—. Pero duele demasiado.

—La querías, ¿verdad?

—Sí.

—Nunca me lo dijiste.

—Porque me cuesta mucho expresar mis sentimientos, no me salen las palabras, no sé cómo decirlo, mamá. Gabriel también lo está pasando mal.

—Tampoco me lo ha parecido —advirtió su madre, pues seguía viendo en el músico la misma actitud de siempre—. Ni me ha dicho que ya no esté con Electra.

—Tú estás con Nick.

—¿Qué me dices de él? ¿Le quieres?, ¿no te gustaría volver a vivir con él?

—Le quiquiero, pero con quien quiero vivir es con mi papadre de verdad —respondió Helena atropelladamente.

A Zoe se le cayó el mundo a los pies al escuchar aquello. Pensaba que lo iba a tener más fácil, pero la conversación con su hija no estaba saliendo como esperaba.

—Esa no es una decisión que puedas tomar tú.

—¿Por qué no? Si tú te quieres ir a vivir a Manhattan con Nick, yo podría quedarme aquí con Gabriel.

—De eso nada. Donde vaya yo, tú vendrás conmigo.

—Pero no es justooo —protestó Helena.

—¿Y es justo que yo me quede sin ti?, ¿acaso no me quieres?

—Me sacaste de mi casa y me trajiste aquí, y ahora que estoy bien con mi padre, me quieres volver a llevar. ¿Por qué eres tan odiosa?

—¿Eso te parezco?, ¿soy odiosa?

—Sí, lo eres. Te odio. Vete de mi habitación.

Zoe salió del cuarto con lágrimas en los ojos. Estaba bajando las escaleras cuando el timbre de la casa sonó, y maldijo al vecino que estaba osando molestarla en ese momento. Últimamente recibía continuas visitas de gente del pueblo que no estaba cuando ocurrió lo de Candela, y que acudían a darle el pésame al enterarse.

Cuando abrió la puerta, se apresuró a quitarse las lágrimas de los ojos cuando encontró allí a Gabriel.

—Hola —la saludó el músico—. ¿Puedo pasar?

—Sí, enseguida llamo a Helena.

—No, espera. He venido por ti.

—¿Por mí? —preguntó extrañada.

—¿Por qué vas a vender la casa?

—Porque aquí ya no hacemos nada. Sin mi abuela no tiene sentido que sigamos en el pueblo.

—Entonces, ¿piensas volver a Nueva York?

—Sí.

—¿Y yo qué?

—¿Cómo que tú qué? Mira, si lo dices por Helena, tienes suficiente dinero y estás demasiado acostumbrado a viajar como para que puedas ir a verla cuando quieras.

—No lo digo por eso. Yo... —Gabriel se maldijo interiormente porque no sabía cómo afrontar aquello, de dónde sacar las palabras que necesitaba para explicarle a su vecina lo que sentía al ver que pronto dejaría de verla todos los días—. Os necesito aquí. Solo tú me comprendes.

—Si es por eso, no te preocupes, seguro que tarde o temprano encontrarás a alguien que te entienda como yo.

—Eso no va a pasar, yo necesito que seas tú.

—Pues lo siento, pero yo no puedo quedarme solo porque me necesites para entender el mundo un poco mejor.

—No es solo eso. Me gustaría saber explicarlo. ¡A veces desearía tanto ser normal!

—No eres ningún bicho raro, no debes martirizarte por ello.

—Sí debo, porque si no fuera así, no tendría tantos problemas para decirte lo que siento.

—¿Y qué es lo que sientes?

—¿No te acabo de decir que no sé cómo explicarlo?

—Joder, pues no es tan difícil. Para llamarme mentirosa sin dejar que te explicase por qué no te dije que Helena era tu hija sí que supiste, ¿eh? Pues aunque no me lo preguntases cuando tuviste ocasión, te lo voy a explicar ahora: cuando me enteré de que estaba embarazada pensé que era lo más bonito que me podía pasar en el mundo. Tener un hijo contigo era lo más maravilloso. Creí que rodaría la película, ganaría dinero y volvería al pueblo con la cabeza bien alta. Que te diría que estaba embarazada, que podrías

verme crecer la barriga por fotos, que hablaríamos todos los días por email.

»Sin embargo, cuando Peter me despidió me sentí tan fracasada que lo primero que pensé fue que si volvía al pueblo no siendo nadie y embarazada, todo el mundo pensaría que Peter me había dejado preñada y que me había despreciado después. Por eso decidí no decirte nada para no preocuparte, y que cuando las cosas me fueran bien, te lo contaría e incluso conseguiría dinero para que fueras a verme. Luché por conseguir un papel en alguna película, pero todo el mundo me rechazaba y al final acabé viviendo en uno de los peores barrios de Nueva York, y trabajando de camarera. Tuve a Helena y las cosas no cambiaron, y a mí cada vez me daba más miedo volver. Me aterraban los comentarios de la gente, que me comparasen con mi madre, que despreciasen a mi abuela porque su nieta había salido igual que su hija.

»Quise luchar para demostrar que no era como ella, y sin darme cuenta pasaron los años y conocí a Nick. A esas alturas estaba tan confusa acerca de lo que me tenía deparada la vida, que el pueblo lo veía como algo lejano. Jamás dejé de amarte, me casé con él sin estar enamorada, solo porque me ofrecía una vida fácil, el padre que mi hija no tenía. Hasta que la tristeza pudo conmigo y decidí volver porque estaba cansada de ser infeliz. Siempre pensé en ti, te eché de menos cada día, y conforme fue creciendo Helena y fui viendo vuestro parecido, todavía más. ¿Por qué no te lo dije en cuanto llegué? ¿Cómo te habrías tomado algo así? Tú ni siquiera me habías dicho nunca que me amases si no era porque te lo hubiese preguntado yo, hasta el día de la cafetería; siempre he querido creer que me querías pero nunca he podido estar segura al cien por cien, porque eres incapaz de demostrar lo que sientes. ¡Pero si ni siquiera te vi afectado cuando murió mi abuela! ¿Cómo se puede ser tan frío?

—Yo... —Gabriel cayó el suelo, derrumbado al sentirse impotente porque era incapaz de soltar una parrafada como la que le acababa de narrar la madre de su hija.

Sin darse cuenta, las lágrimas salieron de sus ojos, y eso que él nunca lloraba. Tenía miedo, una experiencia nueva para él; por primera vez sintió pavor al pensar en la posibilidad de perder lo único que le había importado en toda su vida. Se armó de valor, imaginó la cantidad de películas románticas que había visto con Zoe cuando eran críos, y consiguió que las palabras llegasen a su boca:

—Te quiero, te amo, te quiero, te amo. Siempre te he amado. No solo te

necesito. Es que te necesito porque te amo tanto que sin ti no podría vivir.

Zoe se arrodilló junto a él y lo abrazó con fuerza. Las lágrimas salieron de sus ojos a borbotones. Era la primera vez que escuchaba aquello de su boca y no podía reprimir la emoción.

—Yo también te amo.

Cogió el rostro de su pianista favorito, lo miró con los ojos hinchados y le preguntó:

—¿Puedo darte un beso?

—Sí —contestó él, tomando la iniciativa y dándole el beso más apasionado que nunca antes se habían dado.

Estuvieron besándose durante minutos, allí, tirados en el suelo, sin importarles nada más que no fuera mantener sus labios pegados. Y así estuvieron hasta que escucharon pasos bajando por la escalera y, como quien está haciendo algo malo, se separaron, recomponiéndose para ponerse de pie.

—Hola, Gabriel —lo saludó su hija, sin mirar a su madre porque todavía seguía enfadada con ella—. Va a venir Andrés a buscarme para bajar al río, ¿me dejas ir?

Zoe se quedó de piedra al ver que su hija le pedía permiso a Gabriel en lugar de a ella. Además, ¿quién era ese Andrés?

—¿A qué hora volveréis? —le preguntó su padre.

—Para cenar. Han quedado todos para dar una vuelta, ¿puedo ir?

—¿Quiénes son todos? —preguntó Zoe, sin saber qué se había perdido.

—Mis amigos.

—Creía que tu amiga era Marta —señaló su madre.

—Sí, pero hemos hecho una pandilla —le explicó a regañadientes.

—¿Y Andrés?, ¿quién es?

—Mi novio.

—¿Tu novio? ¿Desde cuándo?

—Desde ayer. Soy mayor y casi todas las chicas tienen novio, no es nada malo.

—Lo sé, cariño, pero me habría gustado que me lo contases —replicó su madre.

—Lo hago ahora. Además, tú no puedes decir nada cuando has puesto la casa en venta sin contármelo. Os he escuchado hablar.

—No es lo mismo, yo soy la adulta y tomo mis decisiones. En cambio, tú eres mi hija y yo he de saber lo que haces.



Helena frunció el morro, volvió a mirar a su padre y siguió hablando, cambiando de tema:

—Si mi madre se va a Nueva York, ¿podría quedarme yo a vivir contigo?

—Tu madre no se va a ir a ninguna parte —afirmó él.

La camarera lo miró y frunció el ceño.

—Gabriel, lo que ha pasado no cambia nada. Estoy con Nick y creo que lo mejor es que todo siga como hasta ahora.

—¿Por qué? —preguntó él, confundido. Después de declararle su amor, aquello era lo último que esperaba.

—Le prometí que le daría una oportunidad, y no quiero vivir aquí con él. Esta casa significa demasiado como para vivir con un hombre al que no amo.

—No entiendo nada. Si no lo amas, ¿por qué sigues con él?

—Porque él nunca ha cuestionado nada de lo que he hecho. Le hice daño viniendo aquí, y aun así lo aceptó y me esperó. Vino a por mí, me quiere y se lo debo.

—No le debes nada, y si es así, dime lo que es, que yo se lo pagaré —indicó el pianista, como siempre pensando de la única forma que sabía.

—Le debo los años que me dio, durante los que no fue correspondido. Le debo mi vida. Lo siento, pero lo nuestro va a ser como la historia de Tristán e Isolda. Las cosas a veces son demasiado complicadas y se ha de aceptar que no tienen solución.

—No, no me lo creo. Y esto no va a quedar así. Helena, puedes ir con Andrés y tus amigos, si tu madre está conforme. —Le dio un beso a su hija y salió de la casa, enfadado porque no podía creer que después de aquel beso y de las palabras que se habían dicho, Zoe todavía pensase en irse y en seguir con su marido.

Ella se sentó en el sofá, agotada, ignorando a la adolescente que la miraba esperando una respuesta.

—Mamá, ¿puedo salir con la pandilla o no?

—Sí, pero quiero conocer a ese Andrés antes de irte.

*El destino es el que baraja las cartas,  
pero nosotros los que jugamos.*  
William Shakespeare

*Chulilla, agosto de 2018*

El verano estaba en pleno auge. Las chicas bajaban al río todos los días, aprovechando los últimos momentos que les quedaba de estar en el pueblo, pues ya tenían apalabrada la venta de la casa de Candela, y Zoe había dejado de trabajar en el bar por insistencia de Nick; veía absurdo que si se iban a marchar en cuestión de poco, tuviera que seguir trabajando, cuando según él no tenía necesidad.

Zoe, aunque no le gustaba perder la independencia que tener solvencia económica le hacía sentir, entendió que parte de razón llevaba, y le apetecía disfrutar el verano en el pueblo; sabía que cuando se fuera echaría de menos su querido río, los paseos, los baños...

Helena era la que peor lo estaba llevando. Desde que tenía novio estaba más antipática con su madre. Le echaba la culpa de su desdicha, pues su relación se terminaría en el momento en el que subiera al avión, con la intención de no volver jamás. Sabía que sin su bisabuela, su madre ya no tenía motivos para volver, no hacía falta ser muy lista para darse cuenta de eso.

Mientras las chicas bajaban al río, Nick se quedaba trabajando desde internet. Por fin había dejado el hostel, y prefería quedarse en casa y no encontrarse con Gabriel. Confiaba en su mujer, sabía que si estaba con él no haría nada con su vecino, aunque fuera de quien estaba enamorada realmente, y menos delante de su hija. Si a él se le ocurría preguntarle a Helena lo que habían hecho, la joven se lo contaría todo con detalle, sin saber dónde debía mentir para proteger a su madre o qué debía callar.

Algunas mañanas se encontraban con Gabriel por el camino hacia el río. El músico estaba de vacaciones y solo tenía que viajar de vez en cuando a Florencia, pues el conservatorio estaba cerrado, y como los tres cantantes a los que les componía acababan de sacar nuevo CD, no tenían prisa en empezar a preparar uno nuevo.

Zoe sabía que no era casualidad, su vecino estaba al tanto de la hora a la que solían salir madre e hija, incluso a veces las esperaba desde su casa y cuando las veía pasar, salía y las alcanzaba a paso rápido.

Aunque no lo demostrase, el pianista se sentía cada día más triste. Sabía que pronto se irían, la casa estaba apalabrada y Helena le había contado incluso que los próximos dueños ya habían pagado la fianza. Solo quedaban los últimos papeleos bancarios: confirmación del préstamo, firma, notario, etc. En cuanto todo quedase atado, su familia, pues así era como él las veía, se marcharía lejos de él y tan solo podría verlas en alguno de sus viajes a Estados Unidos. Por suerte, su condición Asperger le hacía no pensar demasiado en las cosas, vivir el día a día y no torturarse por asuntos que podían tener solución. Y es que Gabriel estaba buscando una forma de que no se fueran.

Había movido hilos, sabía que no era fácil, pero tenía influencias y se había marcado como objetivo que Zoe consiguiera cumplir su sueño.

Una mañana, las chicas estaban bañándose en el río cuando vieron aparecer a Gabriel. Zoe ya pensaba que ese día no acudiría, no había bajado con ellas y eso le hizo pensar que habría tenido que ir a Valencia por algún motivo.

—Hola —las saludó con la mano antes de quitarse la camiseta—. ¿Está muy fría?

—Sí, papá. Como siempre —respondió su hija.

Zoe sintió vergüenza, como cada vez que lo veía en bañador. No podía evitar babear al ver su enorme cuerpo musculoso, el ligero pelo sobre su pecho la volvía loca. Ella no era de las que les gustaban los hombres depilados, pensaba que el pelo era signo de masculinidad, sin exceso, en su justa medida. Y así era Gabriel. Su metro noventa, su melena rubia y sus ojos verdes hacían de él un hombre que la dejaba sin habla, y eso que para ella era algo difícil estar callada. Por eso, cuando estaba en su presencia, no podía evitar hacer alguna tontería o locura, porque se ponía tan nerviosa que salía lo peor de sí misma.

—Sí que lo está —afirmó, entrando en el agua.

Zoe caminó para salir. Se sentía mal compartiendo su tiempo con alguien que no era su pareja. Imaginaba que si en ese momento aparecía Nick y la veía bañándose con él se molestaría, y eso la hacía sentir culpable.

—¿Por qué te vas? —le preguntó el músico al verla.

—Tengo frío, quédate tú con Helena.

—Quiero bañarme contigo. Quédate, por favor.

—¿Por qué?

—Porque dentro de poco te vas a ir y esto no lo podremos hacer nunca más.

¿A ti no te apetece aprovechar los últimos momentos que nos quedan de estar juntos?

Zoe se quedó sin saber qué contestar. Tenía toda la razón, y no solo en eso. A ella le habría gustado estar a su lado todos los momentos de su vida, pero le había prometido una oportunidad a su marido y no podía volver a decepcionarle.

—No sé de qué serviría. Además, puedes ir a ver a Helena a Manhattan siempre que quieras.

—Lo sé, pero me refería a ti. Sé que cuando ya no estés aquí, cuando ya no esté este río que tantos buenos momentos nos ha hecho pasar, todo será diferente. Tal vez incluso cuando estés lejos olvides que una vez me amaste.

—Si no lo hice en dieciséis años, ¿crees que lo haría ahora?

—Entonces... —Gabriel se acercó hasta donde estaba la madre de su hija, mientras Helena presenciaba la escena sin entender qué estaba pasando allí. ¿Su madre quería a su padre pero se iba con Nick?—. ¿Por qué te vas? Si me amas, deja a tu marido. Quédate.

—Ya te dije que no puedo. Tú me rechazaste porque creíste que te había mentido, y él ha sido la única persona que nunca me ha cuestionado. Me conoció teniendo a Helena y ni siquiera le importó que no le dijese quién era su padre. Cuando te conoció a ti, lo entendió. Incluso asume que no le amo, con tal de estar conmigo.

—Mamá, si no quieres a Nick, ¿él por qué quiere estar contigo? —preguntó la adolescente, pues cada vez entendía menos.

—Porque me quiere y nos necesita.

—Yo también os necesito —reiteró Gabriel.

—Por favor, basta ya —suplicó Zoe, corriendo hacia el sendero para coger la toalla y secarse.

Dos días después, Zoe todavía no había conseguido quitarse esa conversación de la cabeza cuando la llamó la chica de la inmobiliaria. La pareja que iba a comprar su casa se había echado atrás, habían encontrado una casa más nueva y más barata porque era mucho más pequeña, pero como solo la querían para pasar el verano, les sobraba. La agente la informó de que por echarse atrás el dinero que les había dado la pareja lo perderían, pero eso a Zoe fue lo que menos le importó.

En ese momento, solo sentía contradicción. Por un lado, aquello significaba tener que buscar un nuevo comprador, algo que no era fácil, y en las fechas en

las que estaban, si no lo encontraban pronto Helena tendría que empezar el instituto en Villar del Arzobispo. Por suerte, no la había dado de baja. Solía ser precavida y como eso era algo que podía hacer en cualquier momento, había preferido dejarlo solucionado cuando ya tuviera claro que se iban.

Por otro lado, se sintió aliviada. Aquella casa significaba para ella más de lo que creía, más de lo que hasta ese momento había pensado. Se había criado allí con su abuela, había sido el hogar donde había recibido su amor, y deshacerse de ella le producía tal congoja que a veces se preguntaba si estaba haciendo lo correcto. Eso, sumado a que Helena no quería irse, que le echaba la culpa de arruinarle la vida, de dejarla sin su padre, y de que Gabriel tampoco se lo estuviera poniendo fácil, hizo que su cabeza no dejase de dar vueltas.

Nick estaba sentado en el comedor, trabajando con el portátil, cuando la escuchó hablar con la chica de la inmobiliaria.

—¿Qué pasa? —le preguntó cuando colgó la llamada.

—Que no tenemos comprador para la casa, han encontrado otra que les va mejor.

—Pero, ¿y la fianza que dieron?

—Prefieren perderla.

—No te preocupes, encontraremos otro comprador, ya verás —la animó, pensando que su estado alicaído se debía a eso—. Si quieres podemos irnos a Nueva York y llevar desde allí la gestión de la venta. Solo tendrías que volver cuando hubiera que firmar.

—Nick, yo... No sé si quiero venderla.

Su marido la miró extrañado. Aun así, la entendió y le brindó palabras de apoyo, como solía hacer siempre.

—Mi vida, si no la quieres vender, no pasa nada. No la vendas. Pagaremos a alguien para que se haga cargo de cuidarla, porque las casas si no se vive en ellas se estropean. Así conservarás el recuerdo de tu abuela en estas paredes. Te entiendo, mi amor.

—No es solo eso, Nick.

—¿No?, ¿a qué te refieres entonces?

—No sé si es buena idea volver a Nueva York. Vine por Helena, para que conociese a su abuela y a su padre. Si me voy, siento que me estoy contradiciendo. Quería que mi hija se llevase bien con Gabriel porque sabía que él la entendería mejor que nadie, y así ha sido. ¿En qué me convierto si

ahora me la llevo? Estoy muy confusa.

—Entonces, ¿estás queriendo decir que dejarías a Helena con su padre?

—No, estoy diciendo que creo que deberíamos quedarnos las dos. No debería haber dejado mi trabajo en Los Picapiedra —lamentó.

—Zoe, yo no puedo seguir viviendo aquí. Intento trabajar a distancia, pero es difícil. Vine por ti y habría hecho lo que fuera por estar contigo, pero me he dado cuenta de que si quiero conservar mi empresa, he de estar en casa; desde aquí no puedo.

—Y no te voy a pedir que lo hagas. Nick, yo te quiero, y me sabe fatal no haberte correspondido como merecías..., pero no te amo como debería. Amo a Gabriel y creo que te hago más mal si te miento, diciéndote o haciéndote creer lo contrario.

—Pero, ¿por qué? Nunca he podido entender qué es lo que ves en ese hombre...

—Su honestidad. Él no me mentiría jamás intencionadamente. Es puro, sencillo. Si me dice algo bonito, sé que no lo dice por cumplir, sino que le sale del corazón. Es noble... Lo amo, Nick. Perdóname, pero es así, y por más que he luchado contra ello, no he podido vencer lo que siento.

—En ese caso, creo que debería irme yo cuanto antes. Aquí ya no hago nada —espetó su marido, más triste que enfadado—. Te enviaré los papeles del divorcio.

Cerró el portátil y subió a la habitación a hacer las maletas. Zoe fue tras él sintiéndose culpable porque sabía que le estaba haciendo mucho daño, pero al mismo tiempo aliviada. Al final había salido mejor de lo que esperaba, aunque sintiera que a su corazón le faltaba un trocito, ese que Nick siempre había llenado y que en cuanto cogiera el avión, dejaría de hacerlo para siempre.

—No hace falta que te vayas aún —indicó.

—Yo creo que sí hace falta, Zoe. He estado aquí engañado, pero no por ti. No te echo la culpa. Me he engañado a mí mismo porque nunca he querido ver la realidad: que nunca me amarás como a ese amor de juventud que nunca conseguiste olvidar y que, además, es el padre de tu hija. Una vez me vaya yo, las cosas estarán donde deben estar. Solo yo soy quien está trastocándolo todo.

—Nick, lo lamento tanto... —Zoe se tiró sobre su marido y lo abrazó fuertemente, como ella solía hacer, como le había enseñado su abuela.

Abrazada a él rompió a llorar. Aquel hombre había sido tan bueno con ella, le debía tanto...

—Sssshhh, no llores, mi vida. Estoy bien. He gastado mi último cartucho y he perdido, pero seré feliz. No te preocupes por mí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Esa misma tarde, Nick compró por internet el billete de avión que le llevaría de vuelta a su hogar. Tuvo suerte y encontró plaza para esa misma noche, y aunque Zoe insistió en que descansara y cogiera otro vuelo más tarde, a él de pronto aquella casa había empezado a agobiarle y prefería volver a su país cuanto antes.

Helena estaba en la plaza del pueblo con su nueva pandilla, aprovechando los últimos momentos que creía que le quedaban con ellos, cuando vio a su madre llegar, acalorada.

—Helena, ven conmigo. Tenemos que irnos al aeropuerto ya. Vamos, rápido —la instó.

—¿Qué?, ¿al aeropuerto? No quiero, no quiero irme.

Rosario estaba tomando café en una terraza con una amiga cuando vio llegar a su vecina y escuchó lo que decían. Se levantó para acercarse a ellas, y no a despedirse, sino a intentar una vez más que no se marchasen; Gabriel cada día estaba más deprimido por su partida y a ella le partía el corazón verlo así. Cuando quiso llegar, Zoe ya había cogido de la mano a su hija y se la estaba llevando a rastras, cuesta abajo.

—¿Zoe! —le gritó. No quería abandonar del todo la terraza, pues no le había dado ninguna explicación a su amiga sobre su comportamiento.

Su vecina no le hizo caso. En ese momento solo pensaba en llegar a su casa cuanto antes para acompañar a Nick al aeropuerto.

—Mamá, no puedes hacerme esto —gritaba la niña.

—Helena, no grites, por favor. No nos vamos nosotras —trató de explicar por el camino—. Es Nick quien se va.

—Entonces, ¿para qué vamos al aeropuerto?

—Vamos a despedirnos de él. Después de todo lo que ha hecho por nosotras, no dejarás que se vaya sin despedirnos, ¿verdad?

—No, mamá. Pero ¿no iremos nosotras cuando vendamos la casa?

—Ya no está en venta. Nos quedamos.

—Bieeeeeen —gritó la adolescente corriendo hacia la vivienda, feliz.

Cuando llegaron, Nick ya estaba subido en su coche de alquiler. Entraron en el vehículo y se marcharon.

*Cuanto más fuerte es el obstáculo,  
más grande es la gloria  
que podremos alcanzar al vencerlo.*  
Molière

*Manises, agosto de 2018*

Cuando llegaron al aeropuerto, Nick facturó las maletas, y a continuación se dirigió, junto con su todavía mujer y la hija de esta, a la agencia que le había alquilado el coche y pagó la cuenta. No tenían mucho tiempo; madre e hija tendrían que volver a Chulilla con el autobús de La Chelvana, pero Zoe prefería eso a aceptar el dinero que Nick insistía en darle para que cogiesen un taxi.

Gabriel terminó de hablar con el director cinematográfico Germán de la Rosa y, feliz, salió de su casa para ir a darle a Zoe lo que sabía que sería una muy buena noticia. Le había costado mucho llegar hasta el director, pero su influencia en el mundo de la música había llegado a tanto que en unos días consiguió lo que se proponía.

Al salir a la calle casi se chocó con su madre, que bajaba la cuesta a paso rápido, sofocada.

—Ay, hijo. Ay, hijo mío... —se lamentaba Rosario.

—¿Qué pasa?

—Zoe se ha ido al aeropuerto. Se han ido sin despedirse. Jamás pensé que nos tendría tan poca consideración.

—¿Qué? ¡No! —gritó Gabriel, empezando a ponerse nervioso.

—Además, la he llamado y ni siquiera me ha hecho caso. Yo sé que me porté mal con ella, pero de ahí a no despedirse...

—¿No está en casa? —Al tiempo que hablaba, tocó al timbre, deseando que su madre estuviese equivocada y Zoe le abriese la puerta.

—Los he visto salir con el coche de ese Nick, no me ha dado tiempo a nada. Estaba tomando café con Paquita y tenía que pagar antes de salir... —Mientras hablaba, Gabriel se estaba encaminando al garaje de su casa para sacar su coche y dirigirse al aeropuerto—. Por eso estoy así, mira lo que he tenido que correr, y no me ha servido de nada. Se ha ido, Gabriel. Se ha llevado a Helena. Nos ha dejado.

—¡Basta ya, mamá! —gritó—. Si se acaba de ir, todavía no habrá subido al



avión.

—Tienes razón. Voy contigo.

—No. Tú te quedas aquí.

—¿Por qué? —Rosario estaba confusa, no entendía por qué su hijo no la quería llevar con él.

—Porque tú me alteras demasiado. Esto es cosa mía, así que déjame ser adulto por una vez, ¿de acuerdo?

—Está bien, cariño. Tráelas de vuelta —se despidió su madre con lágrimas en los ojos al comprender cuánto había frenado a su hijo a lo largo de su vida. La culpa de lo que estaba pasando la tenía ella; tal vez si nunca hubiese echado de su casa a aquella joven, no se habría ido a Manhattan, habría visto a su nieta nacer y su hijo ahora sería feliz.

Gabriel arrancó el coche y salió del pueblo a más velocidad de la permitida. Por la carretera buscó en el cajón de su memoria y fue recordando todas las películas románticas que había visto a lo largo de su vida. Hablar de amor para él era una misión imposible, pero tenía muy buena memoria y se sabía el final de la mayoría de las películas favoritas de Zoe. Aunque él no supiera expresarse, esperaba que por lo menos valorase el esfuerzo y viera en sus ojos que no había un hombre en el mundo que la quisiese más de lo que la amaba él.

Aparcó el coche y corrió en busca de los amores de su vida. Entró en el aeropuerto y lo recorrió de una punta a la otra. Por suerte, el aeropuerto de Manises no era muy grande; no tardó en encontrarlas tomando café con Nick en la única cafetería que había frente al control.

—Zoe, no te puedes ir. —Fue lo primero que dijo, con el corazón latiendo tan fuerte que si de normal le costaba expresarse, en ese momento todavía más —. Lo nuestro no es ni como la historia de Tristán e Isolda ni como Romeo y Julieta ni como ninguna tragedia del romanticismo. Lo nuestro puede acabar bien si no te vas.

Helena estaba a punto de decir que ellas no se iban a ninguna parte, cuando Zoe la agarró del brazo y movió la cabeza a un lado y a otro esperando que su hija la entendiese y no dijese nada. La joven fue a abrir la boca, pero entonces fue Nick quien con un «Sssshhh» hizo que callase, y dejó que Gabriel siguiese hablando.

—¿Cómo has sabido que estábamos aquí? —preguntó Zoe, intrigada.

—Mi madre te ha escuchado decir que veníais al aeropuerto. Yo... mientras

venía he recordado que un día, cuando teníamos trece años, me dijiste que te enamorarías del hombre que te hiciera vivir como en una película romántica. Me habría gustado haber podido llegar con un ramo de tus flores preferidas y haber escalado un balcón como en *Pretty Woman*, pero he venido con el coche a más velocidad de la permitida arriesgándome a que me multasen y no he tenido tiempo de buscar una floristería. También podría haber llegado con carteles en los que te escribiera lo que siento por ti, como en *Love Actually*, porque además es la mejor manera que tengo de decir lo que siento, pero escribir y conducir al mismo tiempo es imposible. Lo que sí puedo es decirte como en *Nothing Hill*, que «solo soy un chico parado frente a una chica, pidiéndole que le ame». O podría decirte como en *Casablanca*, que «Siempre nos quedará Chulilla», algo que me muero si lo pienso, y por eso prefiero decirte que si nos quedará Chulilla, será porque vivamos allí, juntos. Y si no, en Nueva York, en China o en Alemania, me da igual, siempre que estemos juntos, sea donde sea. Si aceptas quedarte, el director Germán de la Rosa está esperándote para una audición para su próxima película, una audición que es un puro trámite, porque el papel ya lo tienes, porque no puedo vivir viendo que no cumples tus sueños, pero, sobre todo, sin vértelos cumplir a mi lado.

Zoe intentó ponerse en pie, pero las piernas le flaquearon. Nick se levantó de su sitio e instó a Gabriel a que ocupase su lugar.

—Chicas, gracias por acompañarme. Yo me tengo que ir ya —les dijo, acercándose a cada una para darles un beso en la mejilla—. Os querré siempre.

—Y nosotras a ti —respondió Zoe con un hilillo de voz, pues todavía estaba exhausta ante todo lo que le acababa de decir Gabriel—. Jamás olvidaré todo lo que has hecho por nosotras, me gustaría seguir sabiendo de ti de algún modo, por email, por teléfono..., como prefieras. Necesito saber que estarás bien.

—Claro, mi vida. No te preocupes por eso —le aseguró Nick.

Helena se levantó de su silla y abrazó al que había sido su padre durante once años. Sentía mucho no volverlo a ver, pero sabía que su sitio estaba allí y que ahora tenía a su verdadero padre. Por mucho que lo quisiese, debía dejarlo marchar.

—Cuídamelas —le pidió a Gabriel tras separarse de la joven. Acto seguido, el norteamericano los dejó solos y se dirigió a la entrada en donde tenía que pasar el control .

—¿Cómo?, ¿no os vais? —preguntó Gabriel, confundido.

—No. Tu madre ha escuchado que veníamos al aeropuerto, y yo la he oído cuando me ha llamado, pero como iba a volver, pensaba darle una explicación más tarde. Si hubiese parado, a Nick no le habría dado tiempo a facturar las maletas, y quería acompañarlo y despedirme de él aquí, ya que lo más probable es que no lo vuelva a ver.

—Entonces, ¿no os vais? ¿De verdad? —reiteró su pregunta el músico porque no se lo acababa de creer.

—No, no nos vamos.

—Papá, ha sido precioso —opinó Helena, sentándose de nuevo en su silla.

—¿El qué?

—Todo lo que le has dicho a mi madre. He visto con ella todas esas películas, y aunque a mí las películas románticas no me gustan, creo que por primera vez he entendido que estabas haciendo una declaración de amor. ¡Eres mi ídolo!

—Pues parece que a ella no le haya afectado mucho —señaló, viendo a la mujer que todavía estaba en *shock*. Dirigiéndose a ella, añadió—: ¿Qué podría hacer para que reaccionases?

—Podrías darme un beso —sugirió ella sonriendo, feliz porque como le había dicho Nick esa misma tarde, las cosas empezaban a estar en su sitio.

Gabriel se acercó un poco más y le dio un beso tierno en los labios. Helena, al ver aquello, se levantó de nuevo de su silla y se fue a ver una tienda de *souvenirs* que había al lado de la cafetería. El beso fue aumentando cada vez la intensidad, pues ambos habían olvidado que estaban en un sitio público, que su hija rondaba por allí, y que seguramente estaban dando un espectáculo. Cuando sus labios se separaron, Zoe vio cómo la gente los miraba avergonzados. Seguramente pensarían que eran demasiado mayores como para hacer aquello, pero a ella poco le importó.

—¡¡Me quiereeeeeee!! —gritó, haciendo que más de uno girase el rostro, con más vergüenza de que hubiesen sido descubiertos mirando que la que podrían haber sentido ellos antes.

Gabriel la cogió de la mano para que se acercase y le susurró:

—¿Tú me quieres a mí?

—Por supuesto, mi Gabi bobo, te quiero con locura, y ya sabes, ¡la locura no tiene cura!

Entonces, Gabriel levantó la mano que le tenía agarrada, y por si quedaba

algún curioso cotilleando lo que pasaba entre ellos, gritó:

—¡¡Me quiereeeee!!

Entre risas dejaron el aeropuerto, volvieron los tres al pueblo y quitaron el cartel de «Se vende» de la ventana de la casa de Candela.

—¿Te gustaría vivir aquí con nosotras? —le preguntó Zoe a su ya oficialmente novio mientras rompía el cartel, pues ya no servía para nada.

—Esta casa es muy especial, quiero vivir aquí con vosotras, pero no sin antes haberte hecho pasar por el altar.

—No puedo casarme contigo todavía, primero he de divorciarme —advirtió ella.

—No tengo prisa. Después de haber esperado diecisiete años, ¿no crees que puedo esperar unos meses más?

Entonces, Zoe recordó algo que le había pasado desapercibido en el aeropuerto. Como solo le interesaba lo que Gabriel sentía por ella, casi había ignorado lo que le había contado sobre Germán de la Rosa, y una vez más tranquila, le vino a la cabeza como si lo hubiese soñado.

—Gabriel, ¿qué es eso que me has dicho antes sobre el director De la Rosa?

—Que tiene un papel para ti. Bueno, más bien para los dos. He accedido a actuar en su próxima película. Haré de músico y tú serás mi chica. ¿Qué te parece?

—Que no me lo creo. ¡Pero si ni siquiera me ha visto!

—Sí lo ha hecho. Le mandé fotos tuyas y sabe cómo eres. Vas a tener ese papel que siempre has deseado, vas a ser actriz y vas a triunfar en la gran pantalla, aunque no sea en Hollywood.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Alguna vez te he mentado yo? —preguntó el pianista guiñándole el ojo.

—Ay, Gabi, te amo tanto... Siempre has sido tú, el amor de mi vida, desde que tenía seis años y me echabas de tu habitación. Siempre te he amado y te amaré, todos los días, horas, minutos y segundos de mi vida.

—Y yo... Y yo a ti —respondió él, mirándola a los ojos para después cerrarlos mientras se fundían en un intenso beso.

*El tiempo es el mejor autor;  
siempre encuentra un final perfecto.*  
Charles Chaplin

*Chulilla, junio de 2019*

Estaban en el Remanso Las Mulas, dándose un baño en esa agua fría de río que tanto le gustaba a Zoe desde que era una niña. Estaba en casa, había encontrado su hogar, su familia perfecta, y no había nada en el mundo que enturbiase la felicidad que antaño creyó no ser capaz de merecer.

—Vamos, métete entera —la instó Andrés, el novio de su hija—. No seas cobarde.

—Me meteré cuando me contéis eso que andáis tramando. Ya está bien de cuchicheos —afirmó Zoe. Helena y él llevaban días hablando a escondidas mal disimuladamente, y a ella no le gustaba nada no saber qué tramaba su hija.

—Es una sorpresa. Vamos, al agua, patos.

—No somos patos, somos personas —lo corrigió Helena.

—Es una manera de hablar —le enseñó su padre, quien, gracias a su mujer, empezaba a entender ciertas expresiones que para ellos, siempre tan literales, a menudo se les escapaban, y les producía ansiedad no estar a la altura del resto del mundo.

—Cuando lleguemos a casa lo verás —indicó Helena.

—Vale, si es así... Pero me lo has prometido ¿eh? —advirtió Zoe, antes de sumergir la cabeza en la gélida agua del río.

—Técnicamente no he prometido nada, pero ya estás mojada, así que...

—¿En serio? —Zoe se abalanzó sobre su hija y la metió en el agua, haciendo que la joven gritase, pues no esperaba que su madre reaccionase así.

Pasaron la mañana entre risas, Zoe impaciente porque deseaba volver a su casa y averiguar qué era eso que se traían entre manos.

Cuando entraron en la vieja casa de Candela, encontró el comedor lleno de globos, con un cartel enorme que llegaba de una pared a otra en el que decía: «Felicidades por el bebé». Sobre la mesa había chupetes, biberones, ropa de bebé y toda clase de útiles necesarios para la criatura en camino; pero lo más sorprendente es que Zoe no le había dicho nada a nadie, y no entendía cómo habían podido saberlo.

—Mamá, vi el test de embarazo en la basura, y si mío no era...

—Pero..., ¿por qué no me has dicho que lo sabías?

—Porque se lo conté a Andrés y a Marta, y ellos me sugirieron que en lugar de que tú me dieras la sorpresa a mí cuando me lo contases, fuese yo quien te la diese a ti. ¿Te he sorprendido?

—Claro que sí, cariño. Muchísimo.

Gabriel abrazó a su mujer y la besó en el cuello. Ella, inquieta porque todavía no se lo había contado ni siquiera a él, ya que estaba de muy poco y tenía miedo de que pasase algo malo y haberle creado la ilusión para nada, temió que se hubiese vuelto a enfadar por entender una omisión como una mentira. Entonces vio salir a Rosario de la cocina y dedujo quién se había encargado de organizar todo aquello mientras ellos estaban en el río.

—Cariño, ¿no estás enfadado?

—¿Enfadado? Soy el hombre más feliz del mundo. Cuando Helena me lo contó pensé que me habría gustado que fueras tú quien me lo dijese, pero me pareció tan buena idea sorprenderte que preferí no decir nada. No sabes lo que me ha costado estar callado. Mi madre me ha tenido que frenar en más de una ocasión, pero quería conseguir ese final de película que siempre has deseado, y luché contra mis instintos, ganando la batalla cada día.

—Oh, mi amor... Jamás he dudado de lo que sentía por ti, pero ahora más que nunca sé que eres lo más especial que me ha pasado en la vida. Tú, mi hija, tu madre, mi abuela, el hijo que viene en camino... Sois mi familia, lo más importante del mundo, y no pienso volver a separarme de vosotros nunca más.

—¿Y yo qué? A ver si me vas a olvidar y no me vas a invitar al estreno de *Mi música y tú* —protestó Andrés.

Hacía unos meses que había terminado el rodaje de la película que habían protagonizado Gabriel y Zoe, y todos estaban impacientes por que llegase el estreno.

—Claro que no, Andi. Siempre que trates bien a mi niña, serás uno más de esta familia de locos —afirmó la actriz, orgullosa.

—Eso está hecho, mami —aceptó el chico.

—Como dijo William Shakespeare, si no recuerdas la más ligera locura que el amor te hizo hacer, es que no has amado —recitó Gabriel.

—Pues si puede considerarse locura saltar por la ventana de la habitación del hombre de quien estás enamorada, yo he amado muchísimo —señaló Zoe.

—O sentarse en su piano —rio Gabriel—. Por cierto, puedes darme un beso.

—Gracias cielo, pero creo que a partir de ahora te besaré siempre que quiera.

Y se fundieron en ese beso de amor que para ellos significaba tanto, pues no había sido una relación fácil, pero sí la más hermosa que nadie podría vivir jamás.

*Gracias a mis lectoras cero: Rocío, Isabel y Fátima; por animarme mientras voy escribiendo, pues sin su apoyo mis novelas no estarían en vuestras manos.*

*Gracias a mi vecina Begoña por pasarme documentación sobre el Asperger, películas y enlaces donde he podido informarme sobre el síndrome del espectro autista y plasmar a mis personajes Gabriel y Helena.*

*Gracias a mi amiga Marisa por hablarme de su pueblo, Chulilla, y aclarar cualquier duda que me iba surgiendo durante la escritura. Me apetecía ambientar la historia en un pueblo con encanto, y después de visitarlo hace unos años, quedé enamorada del río y me pareció la mejor opción. Aunque los lugares que nombro (los bares y las casas de los protagonistas) son ficticios, he intentado captar la esencia del pueblo, y espero que os hayan dado ganas de visitarlo, pues es precioso.*

*Gracias a mi marido y a mis hijos por quererme tanto, pues sin su amor, mi cabeza no podría imaginar estas bellas historias y no podría dedicarme a lo que tanto me gusta.*

*Gracias a todas mis lectoras, porque en cada comentario que dejan en las redes sociales me hacen sentir tan a gusto con lo que escribo, que me motivan a seguir haciéndolo. Para mí no hay nada más importante que saber que has tocado el corazoncito de las lectoras, que las has hecho olvidar su vida cotidiana, que las has transportado a un mundo imaginario en el que se han sentido felices. Es una experiencia preciosa, y os estoy tremendamente agradecida por ello.*

*Gracias a todas mis bailarinas de Facebook, pero sobre todo a las de WhatsApp: Isabel, Fátima, Rocío, Anahí, Beatriz, Paula, Ester, Carmen, Estefanía, Inma, Judith, María, Nines, Yaniuska, Minny y Silvia; porque están a mi lado cada día, apoyándose y haciéndome feliz solo por estar ahí, porque son mis chicas y las quiero con locura.*

*Y por último, gracias a mi madre, dondequiera que esté, por darme la fuerza para salir adelante, para no rendirme y seguir cumpliendo mis sueños, pues sé que ella, desde donde esté, se sentirá feliz.*







EDICIONES **BABYLON**

